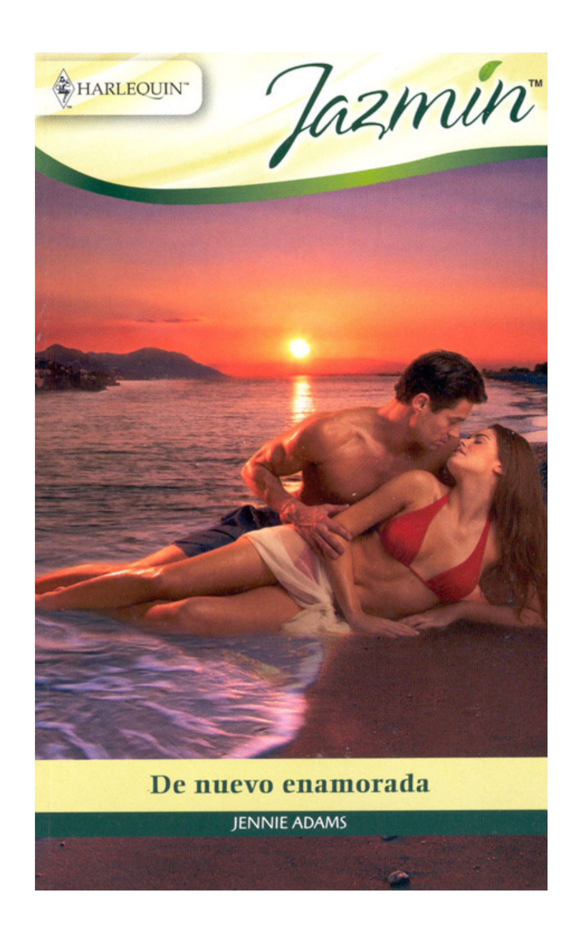


Jazmín

De nuevo enamorada

JENNIE ADAMS

De nuevo enamorada
Jennie Adams



De nuevo enamorada (2010)
Pertenece a la Temática Sueños rotos
Título Original: What's a housekeeper to do? (2010)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2363
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Cameron Travers y Lally Douglas

Argumento:

¿Qué debía hacer cuando se encontraba con el primer hombre capaz de hacerla sentir algo después de mucho

tiempo?

Después de un duro desengaño amoroso, Lally Douglas no quería volver a arriesgarse; prefería pasar inadvertida, por eso durante años solo había trabajado para su familia. Pero entonces se vio obligada a salir al mundo y encontrar trabajo, y así acabó siendo el ama de llaves de Cameron Travers. Para su sorpresa, muy pronto empezó a desear que su nuevo jefe se fijara en ella y la viera como algo más que una empleada.

Capítulo 1

—Soy consciente de que no es habitual hacer estas cosas en medio de un lago —Cameron Travers esbozó una ligera sonrisa antes de encogerse de hombros en mitad de la brumosa mañana de Adelaide —. Cuando empecé a pensar la idea de esta escena y me di cuenta de que iba a necesitar ayuda para comprobar si era posible, decidí aprovechar esta entrevista para investigar un poco. Espero que no le importe.

—Es un buen lugar para hacer una entrevista de trabajo, señor Travers, aunque es cierto que no es muy habitual. Es un placer estar aquí.

Si él necesitaba remar un poco por el lago para investigar para la novela de misterio que estaba escribiendo, Lally Douglas podría vivir con ello. Le ofreció una sonrisa que esperaba la ayudara a parecer relajada porque lo cierto era que sí estaba un poco nerviosa. Después de todo, aquélla era la primera entrevista de trabajo de verdad que tenía en su vida, y desde luego la primera que le hacía un millonario promotor inmobiliario y autor de novelas de misterio famoso en el mundo entero.

—Te lo agradezco —respondió Cameron con una nueva sonrisa —. Me vendría muy bien tener a alguien que se hiciera cargo de las cosas más básicas del día a día y así yo poder concentrarme en el proyecto inmobiliario que he puesto en marcha aquí, en Adelaide, además de hacer frente a los problemas que estoy teniendo con el libro que estoy escribiendo.

Las palabras la atraparon, pero más aún lo hizo su sonrisa. ¿Cómo era posible que una simple sonrisa la dejara sin respiración? Lally buscó la respuesta en unos profundos ojos verdes, en un rostro que, bajo la primera luz de la mañana, era todo ángulos. En ese aire de aceptación y amabilidad que parecía irradiar.

Ya había tenido la sensación de que era un buen hombre cuando había hablado por teléfono con él para fijar la hora y el lugar de la entrevista. Ambos habían acudido a una agencia de trabajo que, casi de manera automática, los había puesto en contacto al uno con el otro. Lally había tenido la misma sensación al verlo allí, en aquel arbolado parque de Adelaide para celebrar la entrevista de trabajo y que él realizara su investigación.

Era un hombre tranquilo, pensativo, y, por la profundidad de su mirada, Lally pensaba que era de aquéllos que se guardaba muchas cosas para sí. Tenía la habilidad de hacer que los demás se sintieran bien a su lado.

—Estaría encantada de ayudarlo para que usted pudiera dedicar toda su energía al trabajo.

—Podría hacerlo solo si alguien se hiciera cargo de las cosas de la casa y de lo más básico del trabajo de oficina —explicó Cameron Travers mientras seguía remando el pequeño bote hacia el centro del lago.

«No te fijes en esos brazos musculados con los que rema, Lally. Estás concentrada únicamente en la entrevista».

Lo que ofrecía el empleo era un trabajo temporal como ama de llaves y hacer ciertos trabajos administrativos cuando fuera necesario. Aquel periodo de tiempo pasaría en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Le explicaron en la agencia lo que necesito? —le preguntó Cameron—. Les di una lista.

—Sé que podría elegir entre estar interna o seguir viviendo en mi casa e ir cada mañana. Tendría que cocinar, limpiar, responder al teléfono, hacer ciertos trabajos administrativos y, en general, encargarme de que todo estuviese en orden.

Lally no tuvo el menor problema en repetir las condiciones laborales, lo cual era una buena manera de empezar.

—Preferiría estar interna. Sería más barato que seguir en casa de mis padres y tener que cruzar toda la ciudad cada día para ir a trabajar —si tenía que aceptar un trabajo al margen de la familia, lo mejor que podía hacer era buscar algo que le resultase interesante y donde fuese a sentirse cómoda.

—Veo que lo recuerda todo. Yo siempre me he encargado de todo sin ayuda —dijo, frunciendo el ceño—. Pero se me está acabando el tiempo y mi agente está un poco nervioso. Necesito concentrarme en el libro y en el proyecto inmobiliario, y nada más. Estoy seguro de que así podré superar el bloqueo mental que estoy atravesando.

Lally no sabía cuánto tiempo se tardaba en escribir una novela de misterio de éxito, pero imaginaba que debía de ser muy estresante no poder avanzar y ver cómo se acercaba la fecha de entrega.

En cuanto a ella, necesitaba ganar un poco de dinero. Una vez acabado el trabajo, volvería a ocupar su lugar en la familia, a cuidar de sus parientes desempeñando todo tipo de funciones retribuidas. Lo haría por ellos. Pero no había nada malo en haber tenido que buscar un empleo fuera de la familia, puesto que nadie parecía necesitarla en aquellos momentos.

Lally levantó la cara, respiró hondo y miró a su alrededor; el sur de Australia en pleno noviembre. Aquella mañana había una ligera neblina y hacía fresco en el lago, pero se debía tan solo a que era temprano y estaban rodeados de agua y vegetación. La temperatura no tardaría en subir.

—Desde luego el clima resulta muy inspirador —comentó Lally —. Para su investigación, quiero decir.

—Sí, la tormenta de anoche ha dejado una estupenda neblina —respondió él, mirando también a su alrededor.

A Lally lo que le interesaba era él, no el paisaje. Tuvo que admitirlo al tiempo que lamentaba haberse fijado tanto en él. Normalmente se esforzaba mucho para no fijarse en los hombres; ya había pasado por eso y había sido un desastre. De hecho seguía sintiéndose culpable de dicho desastre. Lo que le había ocurrido había sido tan horrible…

Apartó aquellos pensamientos de su mente y clavó la mirada en el movimiento de los remos. Rozó el agua con la punta de los dedos antes de volver a prestar atención a Cameron Travers, que era a lo que tenía que prestar atención. Pero no como hombre, sino como futuro jefe.

—Ayer por teléfono me dijo que tenía experiencia como ama de llaves —Cameron estuvo a punto de esbozar una sonrisa mientras la observaba.

Lally asintió.

—Sí, he hecho ese trabajo más de una vez. Cocino bien y soy muy eficiente. Aprendo rápido y estoy acostumbrada a esforzarme para cumplir distintas tareas. Para mí los retos son algo divertido y emocionante.

—Es exactamente lo que necesito.

En su voz había un tono de aprobación que, por algún estúpido motivo, hizo que a Lally se le acelerara el corazón.

—Eso espero —Lally apartó la mirada de él y dijo lo primero que se le vino a la cabeza—. Estaremos en noviembre, pero la temperatura del agua demuestra que sigue haciendo bastante fresco. No me gustaría nada caerme al lago.

—Ni meter la mano en un lago en el que podría haber escondido algún cocodrilo —respondió Cameron—. No es la mejor zona de Australia para darse un chapuzón.

—Suelo ir al norte y a las islas Torres Strait, donde viven algunos familiares por parte de mi madre, pero nunca he visto un cocodrilo de cerca —Lally sintió un escalofrío al pensarlo—. Ni quiero hacerlo.

Tampoco quería mirar demasiado a su futuro jefe… pero eso no quería decir que estuviera comparándolo con un peligroso cocodrilo.

Una vez en el centro del lago, Cameron dejó de remar.

—Aquí parece estar muy profundo, seguro que el agua está fría incluso en pleno verano.

Llevaba un suéter color crema y unos vaqueros azules, un atuendo informal que acentuaba su musculatura y el color verde de sus ojos.

Lally miró la ropa que ella misma llevaba: pantalones marrones y

suéter de cuello alto negro. Debía mantener la sensatez que había tenido al elegir el vestuario para la entrevista y no dejarse distraer por el entrevistador. Respiró hondo y miró al paquete que había en el suelo del bote.

—¿Ha dicho que va a tirar eso al agua?

—Sí. Solo es un poco de arena envuelta en material biodegradable. Para lo demás tendré que utilizar mi imaginación. Tengo que hacerme a la idea del equilibrio entre el paisaje y la acción. ¿Cuánto salpicará al caer? ¿Qué ruido hará? Tiene que servir para crear tensión sin que el lector sepa de qué se trata, así que necesito crear el ambiente.

—Comprendo. ¿De qué se trata en la historia? ¿Un cuerpo? —se paró a pensar—. No, la arena no pesa tanto. ¿Un arma quizá? ¿O parte de un cuerpo?

—Veo que tiene una imaginación un tanto sangrienta —dijo y se echó a reír, quizá al ver la sorpresa que sin duda se reflejó en el rostro de Lally.

—No, no. Bueno… puede que lo haya parecido —admitió, sonriendo—. Debe de pasárselo muy bien escribiendo esas historias.

—Normalmente sí —posó la mirada en su boca y por un momento pareció quedarse ensimismado.

—Si me contrata, haré todo lo que pueda para ayudarlo.

Al ponerse a buscar trabajo, Lally solo había tenido dos condiciones en mente: tenía que ser algo temporal y algo que ella sintiera que podía hacer bien, pero empezaba a darse cuenta de que aquello además podría resultar interesante, incluso quizá un poco emocionante. Además le gustaba pensar que podía ayudar a alguien.

No sería más que un ama de llaves, pero trabajaría para un escritor de novelas de misterio que estaba quedándose sin tiempo.

Quizá se le pasó por la cabeza que últimamente a su vida le había faltado un poco de emoción, pero en cualquier caso apartó la idea de su cabeza de inmediato.

—Hace tiempo que no leo una historia de suspense —comentó—. Normalmente esas cosas las dejó para las películas, pero la verdad es que leer una buena novela de misterio, acurrucada en el sofá… —volvió a respirar hondo—. Intentaré no atosigarlo con preguntas mientras idea la historia y la escribe. Si es que decide contratarme, por supuesto.

—No creo que me molestara que me hicieras preguntas —dijo él, sonriendo de nuevo—. Siempre y cuando la pregunta no sea, «¿Cuántas páginas ha escrito hoy?».

—No se preocupe, que eso no se lo preguntaré —sería como preguntarle a su madre cuando pintaba, o a su tía Edie cuando hacía

cerámica cuánto tiempo llevaban trabajando.

Lally volvió a mirar a Cameron Travers. Ambos tenían el pelo oscuro, aunque el de él era corto y no tenía los rizos que le caían a ella por la espalda.

Tenía la piel ligeramente bronceada y unos ojos en los que perderse, unos ojos bajo los cuales vio entonces unas sombras que parecían bastante permanentes.

Así que tenía un defecto, su aspecto no era totalmente perfecto e irresistible. Claro que Lally no sabía si parecer cansado podía considerarse un defecto.

—¿Podré ayudarlo a descansar más? —la pregunta no había sonado como ella pretendía—. No estoy diciendo que vaya a aburrirlo hasta el punto de quedarse dormido a la mesa —además, seguramente tenía una novia que lo mantenía despierto. O quizá una en cada puerto, como Sam.

No, Sam lo que tenía era una esposa.

Además de Lally.

Pero mejor no pensar en eso.

Era un tema que rara vez permitía que aflorara a sus pensamientos y le molestaba que ya le hubiera pasado dos veces.

Así pues, puso la espalda recta y una expresión que esperaba le diera un aspecto formal, de negocios.

—Lo ayudaré en todo lo que pueda. Se lo he preguntado porque me ha dado la impresión de que parecía un poco cansado.

—Su ayuda servirá para que me concentre en lo que debo —la miró a los ojos—. Eso me será tan útil como descansar. Yo no duermo mucho —hubo una breve pausa—. Bueno, ¿está lista para tirar la arena por la borda? Pesa unos cuantos kilos, necesito que lo haga una mujer, como la «pasajera» del bote, pero no me había parado a pensar que… —observó la delicada fisonomía de Lally.

—Puedo hacerlo sin problema —aseguró ella, echándose el pelo a un lado para que no le molestara.

Era delgada, pero medía más de un metro setenta y tenía mucha fuerza. Si podía levantar en brazos a sus sobrinos y a sus primos, podría perfectamente tirar ese saco de arena.

—¿Me levanto y lo tiro como una bomba… o lo suelto sentada? ¿Quiere que salpique mucho, que el agua llegue hasta el bote?

—Tírelo lo bastante lejos para no acabar empapados —se limitó a decir Cameron y en sus labios parecía ocultarse una sonrisilla—. Creo que prefiero que lo haga de pie, pero tenga cuidado.

Le dio la mano para ayudarla a levantarse sin perder el equilibrio y así fue como Lally se olvidó de su decisión de no prestarle atención como hombre; no pudo evitar sentir el calor de su piel, la fuerza de

sus dedos.

Se cuadró bien sobre el bote y fingió toser.

—Estoy bien, gracias. Ya puede soltarme.

Al hacerlo, Lally trató de no pensar en una sensación que era una mezcla de decepción y alivio. Se convenció de que no era ni lo uno, ni lo otro, que el roce de su mano no le había afectado lo más mínimo. ¿Cómo iba a acelerarle el corazón solo con agarrarle la mano y mirarla fijamente? No tenía ningún sentido que esa simple mirada hubiese hecho que se sintiera atractiva.

«Abre los ojos, Lally, no te necesita para seguir respirando. Solo eres una posible empleada temporal, nada más».

—¿Preparada? —Cameron la miró de nuevo.

—Sí —consiguió decir ella.

Le dio el paquete de arena. Pesaba bastante, pero Lally puso toda su energía en lanzarlo.

Cayó a más de un metro de distancia, momento en el que Cameron analizó el impacto; las gotas de agua que salpicaron alrededor, la neblina que las engulló en solo unos segundos.

De nuevo sentada, Lally observó a Cameron hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo y apartó la mirada bruscamente.

—Gracias. Ahora ya sé que con dos personas en el bote, aunque él esté ocupado, ella podría lanzar el paquete sin llamar demasiado la atención —hizo una pausa y sonrió—. Bueno, una vez hecha la investigación, hábleme de su experiencia laboral —sus palabras hicieron que la mirada de Lally volviera a centrarse en sus ojos.

Y que su mente recuperara la perspectiva. Aquello era una entrevista de trabajo.

—¿No necesita tomar notas? —era evidente que no, de otra forma, ya lo habría hecho. Lally se olvidó de tan estúpida ocurrencia y comenzó a hablar—: Llevo seis años trabajando para mi familia en todo tipo de cosas: ama de llaves, contable, cocinera. He sido camarera en el restaurante de mi padre, Due per. Es un local pequeño, pero siempre está abarrotado de clientes. También he trabajado en la tienda de mi tío y en la tienda de otro pariente que vende aparejos de pesca. Mi madre, varias hermanas suyas y dos de sus hermanos son artistas de un tipo u otro y también suelo ayudarlos. Además cuido a los hijos de mis tres hermanas y de mi hermano.

Tuvo que tomar aire antes de continuar.

—A menudo viajo con mi madre cuando hace algún viaje en busca de inspiración para sus pinturas. Todo lo que necesita mi familia, lo hago —lo único de lo que había huido había sido de la insistencia de su madre y de su tía Edie para que se convirtiera en pintora ella también. Pero eso no venía al caso.

Sacó de su bolso los papeles con las referencias que había llevado.

—En la agencia de empleo tienen tres hojas, pero aquí están todas, por si quiere echarles un vistazo —de pronto sintió que se le sonrojaban las mejillas—. Quizá no debería haberlas traído todas.

—Más vale que sobre que no que falte —dijo él—. ¿Puedo verlas?

Sus manos se rozaron al darle los papeles. Una parte de Lally quiso prolongar el contacto, pero a otra parte le preocupaba que Cameron Travers pudiera darse cuenta del efecto que tenía en ella. Ya le había ocurrido lo mismo cuando la había ayudado a subir al bote por la mañana.

Cameron hojeó los papeles, deteniéndose de vez en cuando. Su tía Judith había escrito: *Latitia necesita explorar el arte a su tiempo antes de que sea demasiado mayor*. Al menos no le había puesto nota. Eso le pasaba por tener una tía que había sido maestra antes de dejarlo todo para dedicarse a la pintura.

Cameron sonrió al leer la nota de Judith.

La referencia de su tío estaba escrita en una hoja de pedido de la frutería, pero bueno, lo que contaba era la intención.

—No sé cómo se las arregla con tantos parientes —comentó Cameron, a quien parecía resultarle algo completamente ajeno.

—¿Usted tiene una familia…? —¿pequeña? ¿No tiene? Lally no terminó la pregunta, no era asunto suyo.

El hecho de que ella necesitara tanto a su familia no significaba que a todo el mundo le ocurriese lo mismo.

—Solo tengo a mi madre —le dijo, observándola con gesto pensativo.

Después se aclaró la garganta y volvió a centrarse en las referencias. Lally se preguntó cómo podía arreglárselas con solo un familiar. No había sabido interpretar la expresión de su rostro al mencionar a su madre, seguramente estaban muy unidos.

—Estas referencias me dejan más que satisfecho —concluyó—. ¿Qué tal se maneja con los ordenadores?

—Mecanografío unas cincuenta palabras por minuto en cualquier programa de texto y estoy acostumbrada a navegar por Internet —estaba dispuesta a esforzarse al máximo, como hacía siempre—. Por teléfono me dijo que están rehabilitando el viejo edificio Keisling. Lo he buscado en Google. Parece un lugar muy grande, así que supongo que es un proyecto importante.

En Adelaide había muchos edificios antiguos, lo que le daba a la ciudad un ambiente muy interesante en el que se mezclaba lo antiguo y lo moderno.

—Originariamente, el edificio Keisling era una única vivienda. Yo voy a convertirlo en apartamentos que después venderé o alquilaré.

—Hay muchos edificios antiguos en Adelaide que aún no he visto —comentó Lally mientras él comenzaba a remar de nuevo hacia la orilla—. Aunque Australia en general la conozco bastante bien. Estoy divagando, ¿verdad?

—Un poco, pero no importa. Tiene usted una voz muy agradable —dijo sin dejar de remar—. Yo también he viajado bastante. En Sydney es donde tengo mi casa, pero me pasa lo mismo que a usted; conozco muy bien Australia y sin embargo hay partes de Sydney que apenas he visitado. A veces tendemos a conocer solo lo más básico de lo que nos rodea, ¿no cree?

—Desde luego —Lally podía añadir ya la empatía a sus características personales. Sus características como jefe—. ¿Viaja mucho, ya sea para escribir o como promotor inmobiliario?

—Sí. Trabajo mucho, siempre busco la manera de mantener la mente despierta y activa —de sus labios salió algo parecido a un suspiro—. Al principio me dedicaba solo a los proyectos inmobiliarios, es lo que empecé haciendo nada más terminar de estudiar; tuve la suerte de ganar bastante dinero y pude ampliar el negocio. Pero llegó un momento en el que necesitaba algo más para estar ocupado, así que se me ocurrió la idea de escribir un libro. Al principio era solo un divertimento porque siempre me ha gustado mucho leer, pero entonces me llevé la sorpresa de encontrar un agente y luego también un editor. Poner en marcha esa segunda carrera como escritor fue completamente inesperado.

Algo con lo que conseguía entretener y fascinar a lectores del mundo entero.

«Yo no, a mí no me fascina», se dijo Lally a sí misma.

Pero la otra parte se preguntaba por qué no podía dejarse fascinar un poco, solo de manera razonable y siempre y cuando esa fascinación se centrara en su trabajo.

—Y se convirtió en un autor famoso.

—Un autor con una fecha de entrega inminente y sumido en un desagradable bloqueo mental —respondió él, quitándole importancia a la fama que había mencionado Lally.

Pero lo cierto era que sí que era famoso. Sus novelas habían adquirido una gran popularidad en los últimos años.

Cameron titubeó unos segundos antes de continuar hablando.

—Normalmente las fechas de entrega me resultan emocionantes, pero últimamente… Tengo que poner en marcha ese proyecto inmobiliario, supervisar el negocio y estoy más cansado de lo

habitual… quizá he forzado demasiado la máquina con la novela.

No era que quisiera una ayudante, más bien la necesitaba.

Lally sintió lo mismo que sentía siempre por los miembros de su familia, lo que la había llevado a entregarse de lleno a ayudarlos y había hecho también que se sintiera un tanto insegura cuando se había dado cuenta de que ya no la necesitaban. Ni siquiera sus hermanas querían ya que cuidara de sus hijos; de pronto los habían apuntado a clases extraescolares. Era inconcebible, siempre había sido la familia la que se había encargado de esas cosas.

Por un momento le había parecido una conspiración, pero eso no tenía ningún sentido.

—Creo que necesita que lo cuiden un poco, que alguien le libere de un poco de trabajo para que pueda concentrarse en lo que tiene que hacer —podría cuidar de él durante unos meses y luego volvería a donde realmente quería estar, ayudando a una familia que había estado a su lado en los buenos y los malos momentos—. Si decide contratarme, señor Travers, seré la mejor ama de llaves y ayudante que pueda.

Cameron acercó el bote al embarcadero.

—Sí, la contrato —dijo y después le propuso un salario bastante generoso—. Tenemos que ver qué días quiere tener libres y todas esas cosas.

—¿Entonces me da el trabajo? ¡Muchas gracias!

Aquella alegría se debía sin duda al alivio que le proporcionaba saber que su situación económica estaba resuelta, al menos durante los próximos dos meses. Sabía que la familia la habría ayudado, por supuesto, todos se lo habían ofrecido, pero Lally no podía aceptar su dinero mientras se quedaba de brazos cruzados.

Así que era muy buena noticia.

—Gracias, señor Travers. Me esforzaré para que no se arrepienta de su decisión.

Por un momento Cameron puso cara de sorpresa.

—¿Cuándo puede empezar? —le preguntó entonces.

—Hoy mismo, o mañana a primera hora. Lo que usted prefiera.

—Mejor mañana por la mañana —salió del bote con una agilidad que hacía que pareciera fácil y luego le tendió la mano a Lally, acompañándola de una sonrisa—. Me vendrá bien que alguien se encargue de todo mientras yo intento…

No terminó la frase, pero Lally se aseguró a sí misma que no fue porque se hubiera distraído al sentir el roce de su mano.

«Lally, concéntrate en poner los pies en tierra firme, ¡no en el tacto de su piel!».

—Gracias —dijo y le soltó la mano en cuanto pudo, pues ya

notaba que volvían a sonrojársele las mejillas—. Iba a decir algo, ¿mientras intenta…?

—Mantener dos partes muy importantes de mi vida bajo control —terminó de decir Cameron y hundió ambas manos en los bolsillos del pantalón.

No sospechaba que aquel gesto había hecho que el suéter se le ajustara al cuerpo, con lo que Lally pudo ver el movimiento de sus músculos bajo el tejido.

¡Pero no se fijó!

—Supongo que se refiere a la novela y al proyecto inmobiliario —dijo, tratando de no pensar en nada más—. Entonces, ¿le parece bien que esté mañana a las siete de la mañana frente al edificio Keisling, con las maletas hechas y dispuesta a ponerme manos a la obra en lo que usted ordene?

Cameron parpadeó y sus ojos se oscurecieron de pronto.

—Sí, muy bien. Podemos desayunar mientras le doy una lista de las cosas que tiene que hacer.

—Perfecto —se le pasó por la cabeza de sellar el trato con un apretón de manos, pero optó por no hacerlo. Mejor mantenerse alejada—. Entonces, hasta mañana, señor Travers.

—Cam —le dijo y la agarró del brazo cuando se disponía a alejarse—. Llámeme Cam, o Cameron si lo prefiere. La acompañaré al coche.

—Yo me llamo Latitia. Bueno, ya lo sabe porque lo vio en mis documentos… pero prefiero que me llamen Lally.

Comenzó a caminar hacia la salida del embarcadero tan rápido como le daban las piernas, donde la esperaba su viejo coche. Tenía que despejarse y recuperar la perspectiva antes de empezar a trabajar al día siguiente; necesitaba una perspectiva fría y completamente profesional.

—Hasta mañana —le dijo él y echó a andar hacia su coche.

Lally lo vio subirse a un descapotable azul y pensó en que le encantaría dar un paseo por el campo en aquel vehículo, con él. Un coche en el que, a diferencia de su viejísima ranchera, solo cabían dos personas, Cameron y ella.

Eso no quería decir que estuviese pensando en ellos dos juntos.

Sería estúpido y peligroso.

¡No llevaba seis años protegiéndose y huyendo de los hombres para volver a meterse en un lío ahora!

Capítulo 2

—Aquí estoy, con maletas y todo —anunció Lally con una alegría que no conseguía ocultar del todo sus nervios—. Tengo más cosas en el coche, pero ya las traeré después. Tengo la costumbre de llevármelo todo cada vez que empiezo un trabajo nuevo con la familia. Me gusta tener mis cosas, así me siento en casa esté donde esté. Estoy segura de que también me sentiré en casa aquí, en cuanto me instale.

Quizá también había adquirido la costumbre de hablar sin parar para ocultar inseguridades.

Cam sintió la extraña necesidad de tranquilizarla y decirle que todo iba a ir bien. Se levantó de la silla en la que estaba sentado y fue hacia ella.

—Yo también suelo llevarme algunas cosas cuando viajo.

La mayoría de esas cosas estaban relacionadas con los dos aspectos de su trabajo: ordenadores, documentos, la máquina de café y material de investigación sobre lo que estuviera escribiendo.

—Deja que te ayude con eso; esa maleta parece pesar diez veces más que tú. Yo también estoy deseando que te instales aquí.

Hacía siglos que no pasaba un tiempo en compañía de una mujer. La última vez había sido un verdadero desastre, pero ahora era distinto; se trataba de una relación profesional. Cam solo quería que su nueva ama de llaves se sintiera cómoda.

La vio tomar aire y volver a soltarlo lentamente, deshaciéndose así de parte de la tensión.

Lally Douglas era una mujer hermosa. Iba a ser una experiencia nueva tener a una mujer así como ama de llaves. Lo cierto era que había imaginado alguien mucho mayor, casi a punto de jubilarse.

Quizá ella lo ayudara a aprender algo sobre las mujeres, así podría plasmar las peculiaridades y las manías del personaje femenino de su libro.

Lo cierto era que se preguntaba por qué Lally mostraba esa reserva que parecía ir en contra de su naturaleza imaginativa y de la chispa que aparecía en sus ojos cuando algo despertaba su interés. Cam achacó dicha curiosidad a su pasión como escritor y observó a Lally detenidamente.

Era una muchacha esbelta, con la piel del color del café con leche y el cabello rizado, casi negro; tenía las pestañas largas, los pómulos marcados y una sonrisa capaz de derretir cualquier corazón. Aquel día llevaba una falda marrón por las rodillas, sandalias de tacón bajo, una sencilla blusa blanca y un suéter beige sobre los hombros.

—No te preocupes, puedo sola —dijo, arrastrando las maletas—. Ruedan muy bien.

—Sí, ya veo —pero de todos modos, le quitó una de las manos.

Sus dedos se rozaron y Cam intentó con todas sus fuerzas no reparar en la suavidad de su piel, ni en sus uñas perfectamente cortadas y sin pintar. Deseó acariciar aquella mano y entrelazar sus dedos con los de ella.

¿Y qué más? ¿Llevarse la mano a los labios y besarle los dedos? «Eso no va a ocurrir, Travers». El día anterior había sentido la misma reacción y había necesitado hacer un verdadero esfuerzo para controlarla. Mezclar el trabajo con ese tipo de sensaciones no era buena idea en absoluto.

Además, en esos momentos no tenía tiempo para sentirse atraído por nadie y mucho menos para tener que preocuparse por ello. Prefería dejarlo para cuando le apetecía salir, momento en el que buscaba acompañantes que no buscaran una relación duradera. Las experiencias que había tenido a lo largo de su vida no lo habían ayudado precisamente a creer que algún día podría mantener una relación más profunda con una mujer. Solo tenía que recordar el modo en que lo había criado su madre y la única vez que había intentado tener algo serio con una mujer a los veintitantos años. Ambas cosas habían sido un rotundo fracaso.

Lally había retirado la mano de manera un tanto extraña, pero le ofreció una ligera sonrisa.

—Gracias.

—De nada —hizo un gesto para dejarle paso hacia el apartamento que estaba a la altura de la calle—. Éste es el apartamento que vamos a compartir. Es el único en todo el edificio que está en condiciones y amueblado porque era el que utilizaban los conserjes del inmueble hasta que yo lo compré. Uno de los dormitorios es mi despacho, pero hay otros dos, además de todas las comodidades básicas.

—Seguro que está muy bien. Mi padre comprobó tus referencias en la agencia de empleo —dijo Lally, y se mordió el labio.

—Es lógico que quisiera asegurarse de que ibas a estar bien.

La llevó hasta la terraza y la invitó a sentarse.

—Gracias por entenderlo —dijo antes de prestar atención a los platos de comida que había sobre la mesa—. Si está todo tan rico como huele, me parece que mi primera mañana de trabajo empieza bien.

Cam se encogió de hombros, aunque le gustó oír aquello.

—No he tardado nada en prepararlo mientras intentaba encontrar más ideas para el libro —la palabra clave era «intentaba».

—A partir de ahora, tendrás el desayuno preparado cuando te levantes —prometió Lally en el momento en que el ruido de la obra se

hizo más intenso. Abrió los ojos de par en par—. ¿No te molesta el ruido para escribir?

—No. Normalmente puedo trabajar por mucho ruido que haya —le habría gustado mucho poder echarle a eso la culpa de su falta de productividad, pero lo cierto era que no sabía a qué se debía ni cómo solucionarlo, excepto no separarse del ordenador hasta dar con una idea para aquel personaje—. En realidad han empezado a trabajar esta mañana. Llevo aquí menos de una semana y la mayoría del tiempo lo he pasado organizando a la cuadrilla y pidiendo el material junto con el jefe de obras.

A Cam solía gustarle esa clase de desafíos, pero esa vez no lo estaba disfrutando demasiado, a causa de los problemas que estaba teniendo con el libro. Siempre había podido manejar ambos aspectos de su vida y no le gustaba la sensación de estar perdiendo el control.

—Es una suerte que el ruido no te suponga un problema —dijo Lally, mirando a su alrededor, a la piscina que en aquellos momentos parecía más bien un estanque de patos—. Bonita piscina —comentó antes de volver a mirarlo a la cara—. Comprendo que te gustara este lugar. Será maravilloso cuando terminen las obras —en sus ojos apareció una mezcla de interés en su nuevo trabajo y de dolor—. Al menos estaré ocupada ahora que mi familia no me necesita.

—¿Tu familia?

—Volveré con ellos después de esto —se apresuró a decir, como si necesitara hacerlo para creérselo del todo—. Y seguiré ayudándolos en todo lo que pueda.

—Es una suerte que vayas a cuidar de mí por un tiempo —y era cierto. Estaba agotado, más de lo que era capaz de tolerar siendo insomne y adicto al trabajo.

Dios sabía que podía permitirse pagar un sueldo para que alguien lo ayudara, lo que ocurría era que nunca antes había buscado a ese alguien. Cocinar y limpiar le servía para matar el tiempo, algo que normalmente tenía de sobra. Seguía teniendo tiempo, pero por culpa de un personaje femenino que se negaba a cobrar vida sobre el papel, ese tiempo no estaba siendo nada productivo.

Le ofreció café con una mirada.

—Sí, gracias —dijo ella, sonriendo—. Necesito mi primera dosis de cafeína del día.

Se mantuvieron en silencio durante unos segundos mientras disfrutaban del café. Cam había probado a eliminar el consumo de café con la esperanza de que eso lo ayudara a dormir mejor, pero no había surtido ningún efecto.

—Este lugar podría convertirse en buen ingrediente para uno de tus libros —comentó ella mirándolo con timidez—. Ayer después de la

entrevista me compré tu primera novela y leí en la contraportada que a veces utilizas tus proyectos inmobiliarios como escenarios de tus historias.

—Espero que te guste el libro —se alegraba de poder entretener a la gente, pero Lally le había dicho que no solía leer novela negra—. No a todo el mundo le gustan mis historias.

Lally respondió con total sinceridad.

—¡Ya lo he terminado! No podía dejar de pasar las páginas. Estoy deseando leer los demás. Lo único que podría haber mejorado la trama habría sido que el protagonista tuviera alguna historia amorosa —nada más decirlo se llevó la mano a la boca—. Lo siento mucho. Yo no tengo la menor idea.

Cam esbozó una especie de sonrisa.

—Mi editor y mi agente están de acuerdo contigo. Estoy intentando introducir ese personaje masculino, pero me está costando caracterizarlo —hizo una breve pausa y decidió cambiar de tema—. Bueno, comamos algo. Espero que haya algo que te guste; si no es así, tengo cereales, fruta y yogur.

—Me gustan muchas cosas. Gracias —se sirvió un huevo, dos tomates a la plancha y una tostada—. Siento mucho haber dicho eso sobre tu libro. No es asunto mío —parecía afligida.

—No te preocupes —le dijo Cam amablemente—. Puedo aceptar una crítica constructiva. ¿Quién sabe? Puede que te cuente las ideas que se me ocurren. Estoy casi seguro de que tendré que pedirte que me ayudes a investigar en Internet, ya que te manejas bien con el ordenador —una ventaja con la que no había contado al pensar en contratar un ama de llaves.

—Estaré encantada —respondió con evidente entusiasmo.

Cam sonrió también.

—Puede que deba estar agradecido de que mi editor y mi agente hayan esperado hasta el sexto libro para decirme que introdujera un personaje nuevo.

—Sí. Hasta ahora te habías librado —la sonrisa de Lally comenzaba ya en la profundidad de sus ojos color chocolate y le iluminaba el rostro como si le diera el sol.

Estaba provocándolo.

Y a Cam le gustaba que lo hiciera. Respondió con otra sonrisa y se miraron el uno al otro. De pronto algo cambió en el ambiente, desapareció el sentido del humor. Cam levantó la mano hacia ella.

Y volvió a dejarla caer de inmediato. Ambos apartaron la mirada al mismo tiempo.

Cam trató de recordar que no era nada bueno sentir ese tipo de cosas hacia ella y, si ella también lo sentía, tampoco estaba nada bien.

Cam llevaba una vida muy ajetreada, llevaba años haciéndolo. Se presionaba para sobrevivir, sobrevivía para seguir presionándose y, al hacerlo, conseguía llenar las interminables horas en las que nunca conseguía dormir y descansar de verdad.

No había manera de romper el círculo. Era algo con lo que tenía que vivir y que desde luego no ayudaba a mantener una relación plena con ninguna mujer. Ya lo había comprobado en el pasado.

«Tienes treinta y dos años. ¿Y si de repente sientes la necesidad biológica de sentar la cabeza y tener hijos?».

Como le había pasado a su madre, que había tenido un hijo y había sentado la cabeza. Bueno, solo había tenido un hijo.

Dejó a un lado la idea, pues sabía que no servía de nada.

Lally tomó otro sorbo de café y lo miró por encima del borde de la taza.

—Está muy rico. Gracias. Tengo que reconocer que me moría de ganas de tomarme el primer café del día —después hizo un gesto hacia el resto del edificio, de donde procedía el ruido—. Parece que saben bien lo que hacen. Si siguen a ese ritmo, las obras terminarán en un abrir y cerrar de ojos.

—Ése es mi objetivo —miró a la zona del jardín—. Pero no sé muy bien qué hacer aquí. Le falta algo —y Cam no sabía qué; no bastaba tan solo con dividir el edificio en apartamentos. En realidad después iba a alquilarlos o a venderlos, así que, ¿qué más daba que el jardín no tuviera alma?—. Quiero climatizar la piscina para que pueda utilizarse todo el año.

—Entonces va a haber mucha actividad durante los próximos meses.

Siguieron comiendo en silencio, mientras Cam observaba los delicados movimientos de Lally. Tenía unos dedos preciosos. Si tenía que crear un personaje con el que el protagonista del libro tuviera una historia de amor, tendría los dedos de Lally. Unos dedos que podrían agarrar una pistola, una copa de champán o el cuello del asesino con la misma elegancia, claro que también podría ser ella la asesina.

Las ideas se le agolpaban en la cabeza, el problema era que no conseguía darles forma de manera coherente.

—En cuanto a la lista de tareas…

—¿Has hecho la lista de tareas por escrito? —preguntó Lally al mismo tiempo.

Los dos se quedaron callados y tomaron otro trago de café. Lally respiró hondo, lo que hizo que Cam se fijara en el movimiento de sus pechos. El pelo le caía por la espalda libremente como el día anterior.

Llevaba una blusa sin mangas. Cam sintió el deseo de pasar los dedos por la suavidad de sus brazos, unos brazos fuertes a pesar de su

delgadez. Y eso que había decidido no fijarse en ella.

Mientras ella comía, Cam se sacó un papel del bolsillo de la camisa.

—Por el momento solo he apuntado unas cuantas cosas.

Le pasó el papel, que ella leyó de inmediato.

Lally sabía que él no estaba mirándola, sin embargo podía sentir su presencia, por lo que tuvo que hacer un gran esfuerzo para concentrarse en lo que estaba leyendo.

La lista incluía hacerse cargo de la colada, limpiar el apartamento, preparar las comidas y cambiar las sábanas. Mientras él escribía, Lally estaría a cargo de su teléfono móvil y tendría que decidir si debía interrumpirlo o no, dependiendo de los mensajes que le dieran sus socios de Sydney.

—Parece todo muy razonable —dijo por fin al volver a mirarlo.

—Puede que con el tiempo te pida que hagas otras cosas. Cuando empiecen a estar acabados los apartamentos, quizá tengas que subir a limpiarlos.

—Muy bien —Lally no tenía ningún inconveniente en trabajar—. Me gusta estar ocupada. No me importa de qué se trate, siempre y cuando me mantenga en movimiento.

¿Acababa de dar una imagen muy aburrida de sí misma?

«¿Qué importa si lo has hecho, Latitia? Eres su ama de llaves, no tienes por qué parecerle interesante, solo eficiente».

—Estoy acostumbrada a recibir muchas llamadas de teléfono y a recoger mensajes —sin embargo su familia prácticamente había dejado de llamarla desde que había decidido que tendría que buscar trabajo por la vía tradicional.

Un hombre con casco se acercó a ellos por el jardín.

—Buenos días, señor Travers. Siento interrumpirlos, solo quería decirle que podemos hablar de los planes para hoy cuando usted quiera. Los chicos empezarán con la piscina hoy mismo; van a tener que vaciarla porque el agua está demasiado sucia para poder limpiarla.

—¿Qué más planes hay? —preguntó Cam.

—Vamos a desmontar todos los apartamentos —el hombre miró un segundo a Lally—. No necesitamos ningún otro hasta que se acaben las obras, así que será más rápido si están todos en el mismo estado.

—Gracias —murmuró Cam frunciendo el ceño—. Dejadme que os presente. Jordán Hayes, ésta es mi ama de llaves, Lally Douglas. Lally, te presento al encargado de la obra.

El hombre le tendió la mano.

—Encantado.

Lally le estrechó la mano y acto seguido se puso en pie.

—Los dejo que sigan hablando y así yo me pongo a trabajar —miró a la mesa—. Retiraré esto cuando haya dejado mis cosas dentro.

Lally se marchó antes de que Cam tuviera tiempo de pensar una respuesta. Entonces el encargado se puso a hablar y tuvo que concentrarse en el trabajo.

Prefería no pensar en la presión que había sentido en el pecho al ver que Lally le estrechaba la mano a Jordán. No tenía el menor derecho a sentir nada al respecto. Apretó los dientes e hizo todo lo posible para relajar el rostro mientras hablaba con el encargado.

—Vamos a hablar a mi despacho. Allí estaremos más tranquilos.

Quizá si se quedaba allí encerrado después de la conversación y se centraba en la obra y luego en el libro, podría dejar de pensar en su nueva empleada.

Debía reconocer que la había visto demasiado guapa al llegar aquella mañana, moviendo las caderas mientras arrastraba aquellas maletas. Cam no había podido evitar fijarse en su aspecto, y se había fijado mucho.

Una cosa era observar la forma de sus dedos y otra muy distinta era observarla a toda ella. Tenía que dejar de hacerlo. Iba a sacarse a Lally Douglas de la cabeza y no volvería a pensar en ella hasta la hora de comer.

Como si no pudiera controlar esa leve atracción que sentía por ella. Eso sería ridículo.

Capítulo 3

—¿Estás segura de que estás bien, tía Edie? —Lally sujetaba el teléfono móvil entre el hombro y la oreja, una postura en la que solía pasar mucho tiempo a lo largo del día mientras trabajaba y atendía las llamadas de su familia.

Aquel día había sido ella la que había tenido que llamar a su tía Edie; en toda la mañana solo había recibido un par de mensajes de texto de sus primas más jóvenes, que hacía poco tenían su propio teléfono móvil.

Por supuesto había estado ocupada atendiendo las llamadas y los mensajes que llegaban al teléfono de Cam. Le resultaba demasiado íntimo responder a sus llamadas y leer sus mensajes. ¿Y si lo llamaba alguna mujer? Claro que quizá aquel teléfono fuera solo para cuestiones de trabajo y tenía otro para su vida social. Mucha gente lo hacía.

Pero, ¿qué le importaba a ella la vida social de Cam? Debía pensar únicamente en el silencio de su familia. Estaba tan unida a ellos que se le hacía raro no saber casi nada de ellos.

—Estás trabajando —se dijo a sí misma en voz alta—. Probablemente no quieran molestarte con sus llamadas.

—¿Qué dices, querida?

—Perdona, tía. Estaba hablando conmigo misma —su tía Edie parecía muy contenta de hablar con ella, así que, ¿por qué preocuparse?

Lally añadió unos huevos a la sartén en la que estaba cocinando una mezcla de verduras.

—Prométeme que estás bien, tía. ¿Estás tomando todas las medicinas? Nova va todas las mañanas a ayudarte a organizarlas, ¿verdad? Porque, si no es así, podría acercarme por las noches cuando termino aquí.

—Estoy bien, Lally. Nova viene todos los días y, aunque no lo hiciera, también podría arreglármelas. Disfruta de ese trabajo, en el mundo real, y quizá conozcas… —cortó la frase con un carraspeo—. Todos creemos que vas a hacer muy buen trabajo, como siempre.

—Gracias —Lally se sentía realmente agradecida.

Era una tonta por sentirse abandonada; al fin y al cabo, solo llevaba medio día en su nuevo trabajo. Seguramente a finales de la semana recibiría tantos mensajes y llamadas que el jefe acabaría enfadándose con ella, si no se daba cuenta de que no dejaba de trabajar durante las llamadas.

Además, siempre daría prioridad a responder los mensajes y llamadas que hubiera para él.

Lally estaba acostumbrada a ocuparse de más de una tarea a la vez y Cameron parecía vivir del mismo modo. Algo que tenían en común.

«Lo que tenéis en común es que él es el jefe y tú su empleada. ¡Que no se te olvide, Lally!».

—¿No deberías concentrarte en tu nuevo trabajo, Lally? —le preguntó su tía, casi como si le hubiese leído la mente.

—Ya lo estoy haciendo —Lally miró a su alrededor.

Cam había dejado la cocina bastante ordenada, así que no había sido difícil limpiarla a fondo. Añadió a la sartén las hierbas aromáticas que había picado y bajó el fuego para que se cocinara lentamente. Solo le quedaba hacer una ensalada ligera y tendría la comida preparada. Ya había limpiado la mayoría de las habitaciones, había colocado sus cosas en el dormitorio que le había asignado Cam, había comprobado el contenido de la despensa y había hecho la lista de lo que necesitaba comprar.

También había tomado todos los mensajes que había habido para Cameron, ninguno de ellos le había parecido urgente, aunque lo que decían los que había recibido de la oficina de Sydney había hecho que Lally se diera cuenta realmente de la enorme cantidad de dinero que manejaba su nuevo jefe.

Hizo la ensalada con una vinagreta acida; otra cosa terminada. A Sam siempre le habían gustado las vinagretas acidas.

La idea pasó por su cabeza de manera involuntaria y no le gustó nada. Apenas pensaba en él, así que esperaba que no empezara a hacerlo ahora por el hecho de haber salido a trabajar fuera con un hombre.

—Hablo y trabajo al mismo tiempo, tía. No te preocupes, puedo hablar sin problema. Diles a los demás que pueden llamarme, aunque sea a primera hora de la mañana o por la noche; no creo que tenga ningún problema para atender algunas llamadas.

Pero su tía ya se había despedido con un «Te quiero» y había colgado.

¡Estupendo!

Lally respiró hondo.

—Habría estado bien que me diera la oportunidad de decir «Yo a ti también te quiero».

—Sea lo que sea, huele de maravilla —aquellas palabras sonaron por encima de las de ella—. Perdona, ¿estabas hablando por teléfono?

—Vaya. No me había dado cuenta de que estabas ahí —y lo había dicho en voz alta, como si estuviese loca—. Eh, no, ya había terminado. Esta vez era mi teléfono, pero tengo un montón de mensajes para ti.

—¿Hablando por teléfono con el novio?

Cam lo había dicho sin inmutarse, pero Lally percibió algo en su tono de voz que hizo que lo mirara a los ojos. Unos ojos ocultos bajo aquellas largas pestañas.

—Debería haberlo mencionado en la entrevista y siento no haberlo hecho, pero lo haré ahora mismo —se sentía culpable, aunque no había ningún motivo para ello—. Me gusta hablar con mi familia siempre que tengo oportunidad. Lo haré discretamente mientras trabajo y nunca te molestaré. Puedo asegurarte que esas llamadas no me harán perder tiempo ni concentración y, por supuesto, siempre las haré con mi teléfono.

—Tu familia —repitió Cameron con una expresión difícil de identificar y luego se pasó la mano por el pelo—. Por supuesto, no hay ningún problema. Puedes hablar con ellos siempre que quieras.

—Gracias —Lally consideró la idea de decirle que no tenía novio, pero seguramente ya se lo habría imaginado. Claro que tampoco era algo importante—. Te agradezco mucho que lo entiendas.

Ahora solo faltaba que su familia también la llamara a ella.

—Veo que has estado muy ocupada —comentó Cameron observando la cocina antes de volver a mirarla a ella—. Gracias por lo que ya has hecho para hacer que esté más cómodo.

—Para eso estoy aquí —dijo, quitándole importancia, pero emocionada con sus elogios.

Siempre había sido importante para Lally sentirse necesitada. Lo sabía e incluso estaría dispuesta a admitir que era una especie de problema para ella. Hasta el momento había creído que era algo relacionado tan solo con su familia.

Y así era. Estaba sintiendo algo parecido porque también estaba ayudando a Cameron, que era lo que hacía para su familia. La felicidad que sentía no tenía nada que ver con la suavidad que veía en sus ojos cuando la miraba. Lally no buscaba ternura; sería completamente ridículo.

Era demasiado cauta como para pensar siquiera en algo así de nuevo. Además, aún era joven, se dijo a sí misma para justificarse. Tenía tiempo de sobra para volver a salir con hombres. Hasta el momento había estado muy ocupada con los compromisos familiares.

¿Tanto como para que su propia familia la impulsaran a salir un poco y retomar su vida social?

Desde luego eran de los que no tenían el menor problema en meterse en los asuntos de los demás. Algo de lo que también era culpable Lally. Quizá fuera inevitable en una gran familia que se quería tanto.

Pero no se atreverían a llegar tan lejos, ¿no? No, claro que no…

—La comida está casi lista, así que si quieres sentarte ya en el comedor —Lally prefería comer a seguir pensando en aquello—. O podemos comer fuera si lo prefieres. He hecho tortilla de verduras, espero que te guste.

—Podemos comer dentro y como de todo —dijo antes de esbozar una sonrisa—. Excepto alcachofa, aparte de eso, no hay nada que no me guste.

—Entonces será un placer cocinar para ti. Yo suelo utilizar productos frescos —estaba segura de que eso lo ayudaría a luchar contra aquello que lo tenía tan agotado, ya fuera la falta de sueño o el estrés del trabajo. Y, aunque no le curara el cansancio, seguro que mejoraba su salud general.

Sí, quizá estuviese comportándose como una madre, pero estaba acostumbrada a hacerlo con todos esos parientes que tanto habían hecho por ella. Eso no significaba que sintiera que tenía que ganarse su amor. Habría sido una tontería pensar algo así, ¿no?

Y tampoco se sentía como una madre, solo era una buena ama de llaves.

Lally sirvió la comida y ocupó su lugar en la mesa.

—Hay algunos mensajes, pero creo que pueden esperar hasta que hayas comido —parecía que le estuviera dando permiso para comer y organizando su plan de trabajo—. ¿Y qué pasa si llama tu editor? —le preguntó de pronto—. ¿O tu agente?

—Averigua si necesitan hablar conmigo urgentemente, si no es así, podrán esperar —añadió con una sonrisa—. No voy a pedirte que los esquives o rechaces sus llamadas; soy demasiado profesional… aunque si las cosas siguen así y quieren saber cómo va el libro, me veré tentado a hacerlo.

—No puedes hacer nada si las musas te están fallando —aseguró Lally—. Esas cosas pasan. Debe de ser increíble ser famoso en el mundo entero. Seguramente hasta tienes admiradores que te persiguen. Habrá muchísimas mujeres…

Aquellas palabras salieron de su boca sin que apenas se diera cuenta, lo que hizo que se sonrojara de inmediato.

—Que yo sepa, no me persiguen mucho —respondió Cam, que estaba encantado de ver que Lally había dicho aquello, lo de las mujeres, con gesto celoso.

Enseguida se dio cuenta de que no era así como debía reaccionar ante su ama de llaves. Cam no quería que le persiguieran las mujeres; prefería buscarlas él cuando sintiera la necesidad.

Probó la tortilla y después la ensalada, como complemento perfecto.

—¿Has hecho tú la vinagreta? ¿Dónde aprendiste a cocinar?

—La he hecho yo y aprendí a cocinar con mis padres. A los dos les encanta y lo hacen muy bien aunque con estilos muy diferentes —los recuerdos que aparecieron en su mente al decir aquello la hicieron sonreír—. Supongo que aprendí observándolos.

No parecía darle ninguna importancia a aquel don que tenía para la cocina.

—Es cierto que tu padre tiene un restaurante, se me había olvidado —se lo había dicho en la entrevista y Cam había hecho un repaso mental de la familia. Madre aborigen, padre italiano… aunque el apellido «Douglas» hacía pensar que su origen no era completamente italiano.

—La madre de mi padre se casó con un escocés, para dar un poco más de color a la familia —le explicó ella con aquella encantadora sonrisa que le iluminaba el rostro.

—Tienes un árbol genealógico muy variado —respondió Cam, sonriendo también, y luego señaló al plato—. La comida está deliciosa, gracias. Me parece que he tenido suerte de encontrarte, Lally, a juzgar por la comida y el trabajo que has hecho ya durante la mañana.

—Gracias.

No se sonrojó, pero en sus ojos apareció un intenso brillo. Cam se preguntó qué aspecto tendría inmersa en la pasión.

Cortó aquella idea de inmediato, pues no era asunto suyo.

—He hecho lo que he podido —dijo, algo aturullada, y sacó la lista de tareas que él le había dado—. Espero que sirva para que estés más relajado y puedas dedicar tu tiempo a lo que sea necesario.

—Te lo agradezco mucho —seguro que en una semana más conseguiría volver a dormir las cuatro horas, o cuatro horas y media a las que estaba acostumbrado.

Eso era algo en lo que Lally no podría ayudarlo, por supuesto. Ni siquiera los mejores expertos habían sabido darle una solución que no consistiera en atiborrarse de pastillas, algo que Cam no quería que se convirtiera en una costumbre.

—No he olvidado lo de la investigación para el libro —dijo ella, señalando uno de los puntos de la lista.

—La verdad es que tengo algo preparado para ti para después de la comida —recordó y comenzó a apuntar los datos que quería que comprobase—. Quiero que averigües cuáles de estas sustancias están prohibidas en este Estado… Después continuaré yo. No quiero que te metas en nada que pudiera resultarte peligroso —hizo una pausa—. Al menos así podré avanzar un poco con las investigaciones del protagonista, aunque haya otros aspectos de la historia que sigan resultándome difíciles.

Lally abrió los ojos de par en par.

—¿Tendrás cuidado con la investigación? ¿No te pondrás en peligro?

Habló con tal sinceridad, con una preocupación tan verdadera.

Cam volvió a notar esa extraña sensación en el pecho.

—Siempre tengo cuidado —pero en aquel momento lo que quería era cuidar de ella.

Entonces sus miradas se encontraron y se quedaron así durante unos segundos.

Los ojos de ambos se llenaron de chispas, algo que Lally no quería sentir. ¿Era por él? ¿O habría sentido lo mismo por cualquier hombre en aquel momento?

En cualquier caso, ¿por qué lo sentía?

Cam no quería saber lo que estaba pasando, al menos eso fue lo que se dijo a sí mismo. Tenía que concentrarse en desarrollar un personaje y no en analizar el rostro de su nueva ama de llaves.

Los dos apartaron la mirada al mismo tiempo.

—¿Estás bien, Cam? Dijiste que no dormías bien y di por hecho que se debía a las tensiones del trabajo, a la presión del libro —aquellas dulces palabras se abrieron paso entre los pensamientos de Cam—. ¿Hay algo más?

—Padezco insomnio crónico. Es molesto, pero no hay nada de lo que preocuparse.

Si bien no le importaba quién lo supiera, no era algo de lo que soliera hablar. Sin embargo, podría no haber respondido a su pregunta viendo la preocupación con que lo miraba.

—No me extraña que necesitaras que te cuidaran un poco. Puede que ahora puedas descansar algo más, aunque no sea durmiendo.

—Puede. Estaba pensando que quizá me venga bien nadar un poco —titubeó un poco antes de añadir—: Así que si oyes ruido en mitad de la noche…

—¿Y en esos momentos te gusta tener compañía, o prefieres estar solo? —la expresión de Lally era tan tierna que casi daba la sensación de que le hubiera dado seguridad encontrar un punto débil en él—. No me importaría sentarme a charlar contigo o calentarte un vaso de leche.

Cam se imaginó sentado junto a ella a medianoche y, por algún motivo, dudó de lo que se le pasara por la cabeza en tal situación fuera charlar o beberse un vaso de leche. Más bien pensaría en besarle el cuello y esos labios carnosos.

La necesidad imperiosa de besarla en aquel mismo momento hizo que se quedara callado unos segundos. Una cosa era imaginar, incluso desearlo, pero aquella necesidad parecía algo más.

«Quizá deberías preguntarle si le gustaría acurrucarse contigo en

el sofá y dejarte que apoyes la cabeza en su regazo para que te acariciara la cara hasta que te quedaras dormido. O podrías admitir que ha despertado en ti algo más que curiosidad y que no consigues aplacar dicho interés».

Era cierto, había despertado su curiosidad, pero no iba a hacer nada al respecto. Lo que había entre ellos era una relación de trabajo y así iba a seguir siendo.

Cam se aclaró la garganta y optó por cambiar de tema.

—Mañana por la mañana te llevaré al mercado para comprar fruta y verdura. Como estaré despierto, creo que lo mejor es que te acompañe al menos la primera vez.

Podría decirle qué comida le gustaba más y llevarle la cesta.

¡O tirar al suelo su capa para que ella cruzara si se encontraban con un charco!

—Ahora si me disculpas —se puso en pie y se aseguró a sí mismo que lo único que quería era volver al trabajo.

No estaba huyendo.

Agarró la lista de mensajes que Lally había dejado sobre la mesa.

—Si te parece bien, antes de ponerme a escribir me encargaré de estos mensajes y te devolveré el teléfono.

—Claro, gracias —respondió ella—. Te llevaré lo que encuentre en Internet en cuanto tenga algo.

No pudo evitar fijarse en el modo en que movía las pestañas al mirar la lista de tareas. Quizá si se alejaba de ella durante unas horas, podría olvidarse de aquellas sensaciones que no comprendía.

Lally se puso en pie y comenzó a retirar los platos de la comida.

—Buena suerte con el libro.

—Gracias.

Cam asintió y salió de allí.

Capítulo 4

—Tenía intención de colocarlo todo en cuanto llegáramos a casa —dijo Lally al día siguiente por la tarde, mientras sacaba las cosas de las bolsas de la compra.

Tenía que levantar un poco la voz para que Cam pudiera oírla a pesar del ruido que hacían las obras, que en aquellos momentos era ensordecedor.

—¿Te molesta el ruido? ¿No te pone nerviosa?

—No —respondió ella de inmediato—. Si hay algo que podría volverme loca, sería el silencio.

Cam lo entendía bien. Quizá él también necesitara un poco de ruido aquel día.

«Eso ya lo has intentado, ¿recuerdas? Lo has intentado todo. Ruido y silencio, luz y oscuridad; sea como sea, tu cuerpo no duerme ni un minuto más de lo que necesita exclusivamente para sobrevivir».

Volvió a mirar a su ama de llaves.

—Has estado muy ocupada desde que hemos llegado —Lally había dicho «volver a casa» y no parecía haberse dado cuenta siquiera.

¿Cuál sería en realidad la casa de Lally Douglas? Le había dicho que tenía una habitación en casa de sus padres, ¿sería eso lo que ella consideraba su casa? Con veinticuatro años, ¿no desearía tener su propio lugar, un poco de libertad?

¿Qué más le daba a él? Cam nunca había tenido un hogar, pues el apartamento sin personalidad en el que se alojaba siempre que iba a Sydney no contaba.

De pronto se preguntó si no sería agradable tener un verdadero hogar, con un ama de llaves permanente como Lally que cuidara de él.

«Qué tontería, Travers». Aquello era algo temporal, nada más. Respiró hondo y trató de no pensar más.

—¿No había nada que pudiera estropearse?

—No. Los productos perecederos los guardé al venir —Lally siguió sacando las cosas y colocándolas en la despensa.

Cam se contuvo de ayudarla. Ya se había excedido al insistir en acompañarla a la compra. Al volver habían desayunado juntos y después, cuando se había puesto a escribir, le había dado tantos rasgos de Lally a la enamorada de su protagonista que había tenido que borrar la mitad de lo que había escrito.

Había seguido peleándose con el libro hasta que se le había ocurrido una excelente idea para una escena, pero tampoco había conseguido darle forma. Sin darse cuenta, soltó un suspiro de frustración.

—¿El libro no va bien?

Cam negó con la cabeza.

—Tengo una escena en mente, pero cuando intento escribirla no consigo visualizarla bien. Soy incapaz de «ver» a la heroína de la historia y no sé bien cómo utilizar el paisaje. Sé que podría salir bien, pero no logro hacer que funcione. Tengo la sensación de que no voy a poder mientras siga viendo tan borrosa a la protagonista femenina.

—¿Qué podrías hacer para que cobrara vida? —le preguntó frunciendo el ceño—. ¿Podrías «entrevistarla», hacerle preguntas para conocerla mejor?

—¿Una entrevista figurada? ¿Como un monólogo interior? Ya lo intenté hace una semana o así, pero no llegué a ninguna parte —Cam intentó no mostrar la irritación que sentía al respecto—. Tengo la impresión de que tengo que ponerla en la escena de alguna manera y, cuando vea cómo reacciona, quizá cobre vida.

Lally guardó silencio durante unos segundos.

—Cuando mi madre se atasca con algún cuadro, le cuenta a mi tía el concepto de lo que pretende pintar. Ella hace una especie de borrador de cómo plasmaría la idea y no falla; mi madre se da cuenta de que no es así como hay que hacerlo. Parece que rechazar una idea le sirve para descubrir cómo quiere ejecutarla ella.

—Es interesante —ahora era Cam el que fruncía el ceño—. Podría intentarlo si supiera que serviría para soltar mi imaginación. Pero no sé cómo.

—Creo que necesitas «un voluntario del público» —dijo ella con una encantadora sonrisa—. Necesitas a alguien, quizá más de una persona, que interprete la escena. No importa si te gusta cómo lo hacen, puede que aun así te ayude a ver cómo quieres que sea.

Cam se rió con sorpresa.

—Puede que tengas razón. Pero tendría que encontrar un grupo de teatro dispuesto a hacerlo.

—O podríamos hacerlo tú y yo —dijo rápidamente y luego se mordió el labio inferior—. Solo si quieres, por supuesto; es para que no tengas que tomarte las molestias de encontrar actores de verdad solo para ver cómo queda. Podríamos hacerlo, ¿no crees?

—Supongo que sí —el entusiasmo de Lally empezaba a ser contagioso—. La idea que tenía era una situación en la que él finge estar interesado por ella, pero tiene la sospecha de que podría ser una agente doble, una espía o una asesina. Cree que si la colma de atenciones, comida y vino, quizá pueda averiguar qué es lo que pretende —le explicó—. Ella también sospecha de él. Decide fingir estar al alcance de su mano durante una noche, para poder entrar a su habitación de hotel con la intención de registrarla antes de desaparecer… pero él la lleva a la azotea del edificio, donde empieza

a darse cuenta de que sus motivos son tan confusos como los de él.

Cam tomó aire antes de continuar.

—Antes de cenar, él le compra un vestido y algunos regalos más.

—Suena muy emocionante —aseguró Lally, entusiasmada—. Podríamos interpretar toda la velada de principio a fin. No tiene por qué ser exacto, pero será divertido.

—Sí —convino él, sonriendo casi tanto como ella—. Tendremos que hacerlo de noche para conseguir el mismo ambiente.

—¿Esta noche?

Cam no conseguía apartar la mirada de aquellos ojos llenos de felicidad.

—Sí, esta noche. Saldremos a las siete. Será mejor que lo prepare todo —se dispuso a marchar—. ¿Te viene bien?

—Claro —respondió ella de inmediato—. Seguiré trabajando hasta que llegue la hora de irnos.

Cam la miró y trató de no pensar en la curva de su cuello, en su mejilla y en esos labios que parecían tan dulces.

—No volveremos hasta pasada la medianoche, así que si quieres, descansa un poco. No quiero que acabes agotada.

—Me echaré un rato e intentaré dormir un poco.

Cam no creía que fuera a resultarle fácil conciliar el sueño estando tan impaciente como parecía estar, pero quizá estaba juzgándola según su propia experiencia.

—Te veré a las siete —la miró de arriba abajo—. Puedes ir vestida así, o con algo parecido; la verdad es que no importa. Elegiremos la ropa para el personaje igual que en la novela. Tengo que encontrar un hotel que tenga *boutiques*. Allí compraremos la ropa, cenaremos y luego subiremos a la azotea.

Lally abrió los ojos de par en par.

—Pero eso va a costar mucho. Yo no pretendía…

—Estaré encantado de gastar lo que sea necesario con tal de salir del atasco en el que llevo semanas, así que ni pienses en ello. Además, gaste lo que gaste, podré desgravarme los impuestos.

—Como quieras —murmuró Lally sin demasiada convicción—. Asegúrate al menos de que podemos alquilar la ropa, o de que sean tiendas muy baratas. Así reduciremos los gastos al máximo.

Cam recibió la propuesta con una sonrisa.

—Tómatelo como si hubieras ganado un premio en el que se te concede ir de compras o algo así. O como si fueras Cenicienta por una noche.

—Está bien.

—Estupendo —dijo y se dio media vuelta—. Te veo a las siete.

* * *

—Aquí está. En las tiendas de este hotel encontraremos todo lo que necesitemos —anunció Cam mientras le daba las llaves del coche al portero.

Lally respiró hondo.

—Entonces estamos preparados para la escena. Espero que sea divertido y que cuando vuelvas a colocarte frente al ordenador, la historia fluya fácilmente después de haberla visualizado.

Parecía tan entregada y tan sincera que Cam no pudo hacer otra cosa que sonreír. Quizá también le resultara divertido ponerse otro tipo de ropa. Vestía muy bien, pero Cam a veces tenía la sensación de que elegía prendas que la ayudaran a no llamar la atención.

—No te he contado todo lo que pasará al final cuando subamos a la azotea; no correrás ningún peligro, pero necesito que reacciones de manera espontánea. Si no te importa.

—Tanto misterio está despertando mi imaginación —admitió Lally con una sonrisa—. No me importa. Puedes sorprenderme.

—Gracias por cooperar. ¿De verdad no te importa cambiar de ropa, de peinado y de maquillaje?

—¿El pelo y el maquillaje también? —preguntó, sorprendida—. Me voy a sentir muy consentida.

Lally respondió y trató de no perder la concentración. Tenía que pensar en lo que le había dicho de ser Cenicienta por una noche.

El problema era ver a su jefe de esmoquin, ésa era una de las razones por las que le costaba no distraerse. Lo cierto era que se sentía como Cenicienta… una cenicienta acompañada por un príncipe algo cansado, pero visiblemente impaciente.

Un príncipe increíblemente guapo, al que parecía mentira que el cansancio le hiciera parecer aún más atractivo.

Al salir de la habitación y verlo esperándola, Lally no había podido evitar que se le acelerara el pulso.

—Muchas gracias por ayudarme en todo esto —le había dicho él antes de agarrarla de la mano brevemente para conducirla hasta el coche.

La conversación que habían mantenido durante el trayecto había contribuido a que se sintieran más relajados y ahora, mientras entraban al hotel, Lally se dio cuenta de que, por algún motivo, Cameron hacía que se sintiera especial.

Una noche mágica fuera de la rutina, eso sería aquella velada para Lally. ¡Una noche en la que pensaba pasárselo lo mejor posible!

Al llegar a la primera *boutique*, Lally observó el escaparate

boquiabierta.

—Eso parece un diseño original —le susurró a Cam.

—Lo es, pero seguro que hay otros más modestos —respondió él antes de entrar sin apenas darle oportunidad de protestar.

—Pero todo parece tan caro. No puedes…

Él se volvió a mirarla con una sonrisa con la que pretendía tranquilizarla.

—Todo esto es una inversión en el libro. Me desgravaré todos los gastos y, de paso, le haré un regalo a mi nueva ama de llaves… si te parece bien. Me dejarás que te lo regale en lugar de tener que tirarlo todo, ¿verdad?

Lally no sabía qué decir.

—No vas a hacerle ningún daño a nadie, Lally —insistió él, en un tono perfectamente profesional—. Necesito hacer todo esto para visualizar la escena, ¿lo entiendes?

Lally se tranquilizó un poco. Aquello no era más que trabajo; quizá algo inusual, pero trabajo al fin y al cabo.

Si el modo en que reaccionaba su cuerpo ante él hacía que lo viera de otro modo, tendría que obviarlo y actuar de manera profesional. Eso sí, iba a asegurarse de que Cam eligiera un vestido que no costara mucho.

La dependienta de la *boutique* acudió de inmediato a atenderles y Cam le explicó lo que querían.

—Necesitamos un vestido. Algo elegante, con un bolso, pendientes y… —miró al cuello de Lally durante unos segundos—. Sí, también un collar. No sé mucho de estas cosas, pero quiero algo que vaya con el color de su piel, que resalte el color de sus ojos y de su pelo.

«Deberías vestirte con más colores, Latitia. Naciste para llevar color, ¡no hay más que ver tu árbol genealógico!».

Eso era lo que le había dicho su madre hacía poco y la había mirado con cierta decepción cuando Lally le había dicho que prefería los tonos discretos, ante lo cual había murmurado algo sobre llevar demasiado tiempo en estado de hibernación.

Una semana después de eso, Lally había terminado su trabajo en la tienda de aparejos de pesca y, tras comprobar que la familia ya no parecía necesitarla, había acabado con Cam.

Ahora estaban de compras y él tenía la mano apoyada en su hombro. ¿Cómo había ocurrido?

Pero lo más peligroso era el brillo que veía en sus ojos cuando la miraba… y el brillo que Lally sentía aparecer también en los suyos al mirarlo a él. Quizá fuera más peligroso aún lo mucho que le gustaba verse en el espejo junto a aquel hombre.

Podía contar con los dedos de una mano las veces que había salido con un hombre desde el desastre de Sam, hacía ya seis años. Aquellas citas no habían estado mal, pero lo cierto era que no había querido repetir con ninguno de aquellos hombres y siempre se había controlado mucho.

Sin embargo en aquel momento no sentía tal control. ¡Y aquello ni siquiera era una cita!

—Nada de diseño —intervino Lally—. ¿Tienen algo de rebajas?

—Dios nos libre —dijo la dependienta con sentido del humor, después desapareció un momento y volvió con una prenda roja—. Puede que esto le guste. No es habitual que alguien me diga que no quiere ver nada de diseño.

—Esto es… precioso —dijo Lally sin siquiera pararse a pensar, pero enseguida trató de recular—. Aunque… no estoy segura. Es muy llamativo… tanto el color como el estilo —se volvió a mirar a Cam—. Supongo que no importa; se trata solo de que te ayude a descubrir qué es lo que quieres.

—Exacto. Este vestido me parece bien —asintió—. Debo reconocer que esto es divertido, seguro que inspira a mis musas. Pruébatelo, por favor.

La mujer la metió en un probador antes de que Lally pudiera hacer nada. Una vez dentro, miró al espejo, a la mujer de ojos brillantes con el vestido de seda roja en las manos.

—No me va a quedar bien —murmuró sin saber bien si eso era lo que deseaba o simplemente trataba de protegerse—. Eres muy predecible, Lally —siguió diciéndose a sí misma—. La primera vez que alguien te pone un vestido así en las manos y te olvidas de todo lo que piensas sobre la moda y los colores que te favorecen.

No, aquello era diferente. Aquel vestido no era para ella en realidad, no era más que parte de la investigación de Cam. Ella no era más que una especie de maniquí.

Aunque lo cierto era que estaba muy emocionada para no ser más que un maniquí.

—¿Estás lista? —preguntó Cam, al otro lado de la puerta del probador—. ¿Puedo ver cómo te queda?

Lally estaba lista, pero se había quedado allí de pie, observando su propia imagen en el espejo. Era toda una transformación. Ahora sí que no se sentía como un maniquí.

—No estoy segura… —murmuró al tiempo que abría la puerta.

—Estás… —fue todo lo que dijo Cam al verla. La miró de arriba abajo y luego de abajo arriba.

—Creo que es mi talla —Lally resistió la tentación de tirar de las costuras del vestido. La prenda le quedaba como un guante y le

marcaba todas las curvas.

—Es perf… Quiero decir que me ayudará a imaginar a la heroína de la historia —Cam parpadeó varias veces y le dijo con voz profunda—: Ponte esto también, por favor.

Le dio un colgante y unos pendientes a juego.

—Me he pasado por la joyería que hay al lado mientras tú te probabas el vestido —le explicó.

Lally sintió que el corazón se le salía del pecho al sentir el roce de sus dedos. Todo aquello no tenía ningún sentido, pero habría jurado que Cam había tardado en retirar la mano, como si no quisiera hacerlo.

—También he elegido un bolso —le dijo con voz ronca y tuvo que aclararse la garganta antes de continuar—. Te lo daré cuando salgas.

Podría haberse puesto el collar y los pendientes delante de él, pero agradeció que la dejara sola un segundo. Tenía que recuperar la compostura.

Los pendientes eran un sencillo colgante de oro con una perla que le rozaba el cuello al mover la cabeza, el mismo diseño del collar, cuya perla descansaba ya entre sus pechos.

Se puso el pelo detrás de las orejas para que se le vieran los pendientes. Aquel vestido y aquellas joyas necesitaban un buen recogido de pelo. Volvió a mirarse al espejo para ver el resultado final.

Era un vestido de un rojo intenso con un diseño sencillo que se le ajustaba a los pechos y a las caderas y caía después con algo de vuelo hasta las rodillas.

Cameron la había vestido como lo habría hecho ella misma seis años antes; como lo habría seguido haciendo aquella muchacha de dieciocho años si no hubiese decidido esconderse tras colores apagados.

No, no se había escondido, simplemente había cambiado de estilo.

«¿De verdad, Lally? Porque estás guapísima con una prenda más viva. Pareces preparada para comerte el mundo en lugar de huir de él escondiéndote tras tu familia».

¡Dios, todo aquello era una locura! Solo estaba ayudando a Cam. Sería mejor seguir adelante y dejar de pensar. Cam la miraría y quizá pensara que le quedaba bien, pero solo serviría para saber cómo quería que vistiera a su personaje.

Así pues, agarró su ropa y salió del probador. Cam estaba pagando en el mostrador.

—Estoy lista para seguir con la investigación.

Porque eso era de lo que se trataba realmente.

Capítulo 5

—Ahora la peluquería —anunció Cam mientras cruzaban el vestíbulo del hotel—. En la escena, el personaje femenino se da cuenta de que el protagonista quiere mimarla al máximo.

—Con lo que pretende disipar las dudas que ella pueda tener sobre sus motivos. Con lo que ambos se sumergen de lleno en su papel —Lally no podía apartar la mirada de él. En su rostro había esa inmovilidad que ocultaba cierta tensión y una indudable atracción.

Aunque sabía que no debía hacerlo, que había un millón de razones por las que no debía reaccionar de ese modo, Lally lo miró fijamente a los ojos y admitió, al menos ante sí misma, que también ella sentía esa atracción. Tenía que acabar con aquello cuanto antes; ambos tenían que limitarse a disfrutar de la investigación y olvidarse de aquellas reacciones tan poco apropiadas. Quizá la culpa de todo la tuviera el ambiente que ellos mismos estaban creando para la escena.

Lally consiguió superar la visita a la peluquería, para lo cual fue de gran ayuda que Cam se sentara en la zona de espera, con toda su atención puesta en una revista.

Media hora después, Lally se levantó de la silla con el pelo recogido en una coleta alta de la que se le escapaban algunos mechones que le caían por la espalda.

—Zapatos —murmuró Cameron mientras descansaba la mirada en su cuello.

—Tienes que elegir cómo es el pelo del personaje. Puede que rubio platino y liso, y apartado de su rostro de modelo —sugirió Lally.

—Sí, puede ser —respondió él mientras se encaminaban hacia la zapatería.

La transformación de Lally se completó con unas sandalias en las que se fijó nada más entrar a la tienda. Tenían que ser suyas.

Un tacón de más de quince centímetros, tiras doradas y negras en el empeine y alrededor del tobillo. Por un instante, Lally se olvidó de todo su sentido común; dejó de pensar en el motivo por el que estaban allí, se olvidó de todo excepto de Cam, pero incluso él ocupó un segundo lugar después de aquellas sandalias.

—Esto lo pago yo —dijo mientras se las probaba. Le quedaban como un guante; estaban hechas para ella.

Tanto su tarjeta de crédito como el dinero estaban en la bolsa en la que la dependienta de la *boutique* había metido su ropa, por lo que miró a Cam para que se la diera. En sus labios había una extraña sonrisa… ¿de fascinación?

No, claro que no. No podía ser.

—Dame la bolsa, por favor.

—No. Yo pago —y eso hizo.

—No lo entiendes —protestó ella, una vez fuera de la zapatería —. Tenía que comprármelas —¿cómo podía explicar la magia que sucedía cuando unos zapatos se convertían de pronto en los mejores amigos de una mujer? Y que eso significaba que no podía permitir que fuera él el que se los comprara.

—Habría pagado eso y mucho más por cualquier cosa que hubieses elegido —y con esas pocas palabras, Cam zanjó la cuestión con una mirada llena de sentido del humor que, sin embargo, daba a entender que de nada le serviría discutir con él. La agarró del brazo y la llevó hacia el restaurante del hotel—. Estás guapísima, Lally. Estás hecha para llevar colores vivos.

—Eso mismo dice mi madre —«¡trabajo, Lally!». Debía recordar que lo que estaban haciendo era una cuestión de trabajo, no importaba el modo en que él la mirara y que mientras caminaba a su lado Lally tuviera la sensación de que había encontrado su lugar en el mundo—. Durante la cena veremos qué ideas te ha dado todo esto para el personaje —declaró Lally con determinación.

Estaba increíble, pensó Cam una vez más mientras acompañaba a su ama de llaves hasta la mesa del restaurante. Estaba guapísima y caminaba con sorprendente facilidad subida a unos tacones que habrían acobardado a muchas mujeres.

Le había dicho que estaba hecha para llevar colores vivos, pero no que estaba hecha para todo aquello: el vestido, los zapatos, el peinado, el brillo que había en su mirada…

Sí, era cierto que necesitaba hacer aquella investigación para el libro. Al ver a Lally con aquella ropa había conseguido empezar a ver por fin a la heroína de la historia.

No era rubia platino, sería una mujer de treinta y tantos años, de aspecto elegante y cabello castaño. Una mujer vestida de negro clásico. Parecía que la estrategia de Lally funcionaba.

Él había creído que necesitaba un ama de llaves para tener más tiempo y así conseguir salir del bloqueo de inspiración en el que estaba atrapado.

Pero lo que necesitaba en realidad era la experiencia de esa noche.

El camarero los condujo a la mesa que Cam tenía reservada, pero antes detuvo su mirada en Lally durante unos segundos.

Cam lo comprendió.

—Me siento completamente distinta —admitió Lally una vez estuvieron solos de nuevo—. Como Cenicienta preparada para el baile,

pero sin zapatos de cristal —apretó los labios—. Bueno, pero no se trata de mí. ¿Qué llevará tu personaje? ¿Qué habría comprado ella en la *boutique*?

—Tus zapatos son mejores aún que si fueran de cristal —porque acentuaban la forma perfecta de sus piernas, la delicadeza de sus tobillos, pero eso no podía decírselo a su ama de llaves—. Mi heroína llevaría un vestido negro, largo y ajustado. Zapatos negros de tacón de aguja. Una gargantilla con diamantes, una pulsera ancha en la muñeca derecha y unos pendientes con un diamante.

—¡Sí que la estás viendo! Es genial —Lally miró al bolso que había elegido Cam—. Los adornos son increíbles, parecen diamantes de verdad.

Cam pensó esquivar su mirada, pero no pudo hacerlo, así que al menos esperó no parecer demasiado culpable.

—Son de verdad, pero no hay muchos y son muy pequeños. Casi cuesta lo mismo que los bolsos que llevan piedras falsas —hizo una pausa antes de añadir en tono profesional—: Además tiene el tamaño perfecto para un revólver pequeño de mujer.

Lally abrió los ojos de par en par y su rostro se llenó de interés.

—¿Es una asesina? ¿O una espía?

—Algo así —sabía que estaba siendo un poco misterioso, pero no podía resistir la tentación de despertar su curiosidad. Se fijó en su cabello y en la curva de su cuello y se olvidó de la novela y de los personajes.

Deseó besarla allí, en el cuello, sentir el aroma de su piel y acariciarla con los labios.

—No puedes decirle a nadie lo que tengo pensado para la protagonista —le pidió, orgulloso de haber sabido apartar la conversación del tema de los diamantes del bolso—. Tengo que mantener en secreto los detalles de la historia hasta que se publique el libro.

—No contaré nada —prometió—. Supongo que puedo confesar que me encantan el vestido y los zapatos. Nada más terminar el instituto tuve unos parecidos —admitió con culpabilidad—. Eran más baratos y no tan bonitos, pero hacían que me sintiera…

—¿Guapa? Lo estás.

Quizá no debería haberle dicho eso, probablemente no, pero las palabras ya habían salido de sus labios.

—Gracias —Lally hizo un esfuerzo para no dejarse afectar por lo que acababa de oír.

No pasaba nada por sentirse halagada. Un hombre encantador le decía a una chica que estaba guapa, ella agradecía el cumplido como lo que era, un simple cumplido. Lo mismo que podría haberle dicho a

cualquier otra mujer en un contexto laboral.

Pero lo cierto era que no solo se sentía halagada; sentía la atracción de Cam y la suya propia hacia él. Sentía la química que había entre ellos, que había estado ahí desde el comienzo de la noche, por mucho que se hubiesen empeñado en ocultarla con la excusa de la investigación.

Cam inclinó el cuerpo hacia delante como si quisiera eliminar la distancia que los separaba y darle un suave beso en los labios.

Ella también se echó hacia delante hasta que se obligó a controlarse y a poner la espalda recta de nuevo.

Tenía que recordar que Cameron Travers era su jefe, no un hombre al que podía desear besar y en cuyos brazos quería derretirse.

—Deberíamos pedir la cena —Lally clavó la mirada en la carta, aunque realmente no veía nada—. ¿Necesitas que elijamos algo en concreto?

—No. Pide lo que te apetezca —dijo él, centrándose también en la carta.

Perfecto. Ambos eran capaces de comportarse con sensatez.

Después de unos segundos, Lally consiguió ver los platos.

—Yo voy a pedir el caldo de verduras. Un plato sano y convencional, el tipo de comida que me gusta.

Porque ella era una chica sensata y convencional, por mucho que se hubiese dejado comprar un vestido bonito y unos zapatos impresionantes. Pero, al margen de eso, Lally ya había superado eso de dejarse llevar por las emociones, los caprichos o cualquier tipo de descontrol.

Eso era lo que Sam le había obligado a aprender; bueno, más bien había sido el dolor lo que le había obligado. Aquel recuerdo borró parte de su alegría.

—Lally, muchas gracias por todo lo que estás haciendo esta noche. Estoy pasándolo muy bien con esta investigación y no dejo de tener nuevas ideas. Me has ayudado a recuperar la inspiración.

—De nada. Es un verdadero placer —respondió ella, echando a un lado los recuerdos tristes.

Cameron volvió a mirar la carta, pero mantuvo una ligera sonrisa en los labios. Después comenzó a hablar del proyecto inmobiliario; quizá se había dado cuenta de que Lally necesitaba hablar de cosas menos conflictivas.

Enseguida llegó la comida y Lally pudo probar el caldo. Tenía trozos de cordero, verduras frescas y un delicioso toque de especias. Nada más llevarse la cuchara a la boca, cerró los ojos y se dejó llevar por el sabor.

—¿Qué tal está?

—Absolutamente delicioso —respondió con una sonrisa. Llevaba un vestido y unos tacones muy sexys, ¿qué problema había en que la comida también fuera emocionante y exótica?

Siguieron hablando de una cosa y de otra, de nada importante, y sin embargo el ambiente volvió a llenarse de tensión hasta que Lally se dio cuenta de que apenas podía respirar con normalidad. Fue entonces cuando descubrió también que ambos habían dejado de comer y estaban allí mirándose el uno al otro, sin decir nada.

Casi como… amantes.

«Como solías mirar a Sam, completamente fascinada y sin poder pensar en nada que no fueran sus palabras, sus sonrisas y la manera en que solía mirarme».

—¿Qué… qué haría tu heroína en este momento de la velada?

La llegada del camarero con el segundo plato impidió que Cam respondiera a la pregunta hasta que les hubo servido la comida y el vino.

—Estaría haciendo todo lo que estuviese en su mano para distraer al protagonista y que él no pudiera preguntarse qué pretendía —le dijo por fin—. Yo, por el momento, querría que me describieras el sabor del pescado que has pedido, para poder utilizar la información en el libro.

—Ah… muy bien. Está jugoso y la salsa es cremosa y acida al mismo tiempo —le explicó Lally lo mejor que pudo.

Tenía la sensación de que Cam estaba tomando nota mental de sus palabras y trató de convencerse de que había dejado atrás la tensión. Tenía que haber un modo de acabar con aquella sensación.

—¿Tienes intención de empezar algún otro proyecto inmobiliario en Adelaide? —perfecto, eso era una conversación de negocios perfectamente razonable… claro que también podía parecer que estaba pidiéndole que le asegurara que no iba a marcharse después de solo unas semanas.

—Háblame de tu familia. Ya has mencionado el restaurante y varios artistas —dijo Cam al mismo tiempo.

Los dos se quedaron callados.

Si Lally empezaba a hablar de su familia, seguirían allí cuando llegara la hora de cerrar. Además, quería saber qué planes de futuro tenía, aunque corriera el riesgo de parecer una entrometida.

—Puede que sí que emprenda algún otro proyecto —respondió Cam, sin dar demasiada importancia a la pregunta—. Hoy mismo he hecho una oferta para comprar un edificio de apartamentos que están muy deteriorados, pero que podrían venderse muy bien una vez arreglados.

Hablaba de aquello como si invertir esas cantidades de dinero no

fuera emocionante, claro que quizá para él no lo fuera. A ella sin embargo sí se lo parecía, casi tanto como el talento que tenía para crear historias. Tan fascinante como su mirada, o el hoyito que tenía en la barbilla…

«¡Todo eso no es fascinante, Lally!».

Bueno, quizá Cameron Travers fuera una persona interesante; un hombre complejo, siempre ocupado, casi adicto al trabajo. E insomne. Sí, por algún motivo, todo aquello le parecía fascinante, demasiado para su propio bien.

Durante el resto de la cena Cam tomó algunas notas en su libreta, pero Lally tuvo en todo momento la sensación de que no dejaba de prestarle atención, lo cual no tenía ningún sentido.

Por fin acabaron el café y el postre y entonces Cam la miró a los ojos.

—Son más de las once. ¿Estás dispuesta a dar el último paso de la noche?

Lo dijo con voz profunda, tratando de parece profesional, pero había algo…

—Para eso hemos venido —le recordó Lally a pesar de los nervios que sentía.

Aquello era peligroso, lo supo desde el momento que Cam la agarró del brazo para salir del restaurante y la aproximó contra sí. Lally sintió su cuerpo fuerte, su aroma, dos cosas en las que no debería fijarse porque necesitaba protegerse. No estaba preparada para meterse en una relación con otro hombre, pero aunque lo estuviese, ese hombre nunca podría ser un millonario famoso que además era su jefe. Cam estaba completamente fuera de su alcance.

¿Qué hacía entonces caminando junto a él, pegada a su cuerpo?

Se subieron a un ascensor que los llevó a la azotea del hotel.

—Solo son cinco pisos, pero de todos modos quiero subir —dijo Cameron, casi como si quisiese disculparse.

—Lo que necesites para la historia —respondió Lally, convencida de que había superado la crisis.

La convicción duró hasta que volvió a mirarlo a los ojos y se le aceleró el pulso. Aquello era absurdo. Estaba… nerviosa.

—Eso es exactamente lo que quería ver, Lally… ese gesto de cautela, aunque a estas alturas aún no creas que puedas estar en peligro. Pienso describir esa mirada en el libro.

El ascensor se detuvo.

—No tienes vértigo, ¿verdad? —le preguntó mientras la llevaba hacia el borde.

—No —no obstante, se dejó llevar e incluso se apoyó en él.

—Mira la caída que hay hasta el suelo —le pidió—. Y ahora

vamos a hacer como si…

De pronto, al verse mirando los cinco pisos de altura en mitad de la noche, la imaginación de Lally se disparó. ¿Qué pensaba escribir Cam sobre aquel lugar? ¿Qué quería que hiciese ella exactamente?

Lally miró a su jefe con nervios y emoción.

—El instinto me dice que va a ser emocionante. Tengo el corazón en la garganta y eso que aún no sé qué vamos a hacer.

—No sé qué pensarás —Cam la agarró aún con más fuerza—. Pero vamos a averiguarlo ahora mismo.

Capítulo 6

—No vas a correr ningún peligro, Lally, pero puede que en algún momento te sientas insegura.

—Estoy preparada, sea lo que sea —dijo Lally, tratando de no pensar en que tenía la voz entrecortada por los nervios.

Cam le puso una mano bajo el codo.

—Todo sucedería muy rápido. Ella no tendría tiempo para pensar, pero para probar la escena, yo voy a hablarte en todo momento. Quiero que pienses cómo crees que reaccionaría la protagonista.

De manera automática, Lally le puso las manos en el pecho.

—Creo que tu protagonista estaría nerviosa y se diría a sí misma que debía tener cuidado. Mucho cuidado.

Cameron la miró un segundo a la boca.

—No sabe si él va a besarla, a atacarla, a acusarla, a apuntarle con la pistola o a intentar tirarla por la azotea. ¿Habrá descubierto sus secretos?

—¿Y ella, ha descubierto los de él?

En cuanto Lally pronunció aquella pregunta, Cam la apartó un poco del borde y, en un movimiento muy rápido, la levantó en sus brazos. Su rostro quedó a solo unos centímetros del de ella.

Estaba a una distancia prudencial del borde de la azotea, pero en aquellos momentos Lally se sintió en peligro. Le faltaba la respiración. Le echó el brazo alrededor del cuello para agarrarse mejor.

—Tranquila —Cam dio dos pasos, no hacia el borde, sino en paralelo al mismo—. Lo siento, tengo que saber qué sentiría mi personaje teniéndola en sus brazos.

—Si lo hace para acercarla al borde, ella se revolvería. Lucharía para obligarlo a soltarla.

Ella estaba tensa, pero no luchaba. Cam sintió la caricia de su respiración en la mejilla.

Tenía que pensar en los personajes, en la investigación. Ahora podía verlo todo muy claro.

Era genial; estaba seguro de que no iba a tener ningún problema en escribir la escena. Por fin había definido el personaje femenino, sabía quién era y tenía la certeza de que iba a encajar en la historia a la perfección. Había resuelto el problema.

Lo que no había resuelto era el deseo que sentía por la mujer que tenía en brazos, un deseo que no había dejado de crecer durante toda la velada y que ahora estaba completamente fuera de su control. Quizá se debiera a la emoción que le había provocado preparar todo aquello.

—Sí, ella trataría de liberarse, pero eso ya me lo imaginaré solo o lo escenificaremos en otro lugar. Estamos lejos del borde, pero no quiero arriesgarme a tropezarme estando aquí —intentó parecer concentrado en la investigación y no tan distraído como estaba en realidad.

—Si intenta tirarla, lo mejor que puede hacer ella es agarrarse fuerte para que no pueda hacerlo, a menos que esté dispuesto a caer con ella —respondió Lally con la poca sensatez que le quedaba, pues le resultaba muy difícil pensar con claridad estando tan cerca de él—. A menos que él sepa dominarla de otra manera.

A la vez que hablaba, se agarró a su cuello con más fuerza.

—En la escena, ella intentaría soltar la mano que él le tiene agarrada.

—¿Así? —preguntó, echándosela también alrededor del cuello.

—Sí —Dios, su voz sonaba demasiado profunda y todo su cuerpo parecía centrado en lo que tenía en brazos.

En Lally Douglas. Sentía el roce del vestido y veía el gesto de incertidumbre y excitación que había en su rostro.

No era porque creyera estar en peligro, era otro tipo de incertidumbre, ésa que se sentía cuando uno se adentraba en un terreno desconocido con alguien por el que se sentía atraído.

«¿Eso es lo que siente ella, o tú, Travers?».

Cam dejó de caminar y murmuró:

—Probablemente intentaría sacar el revólver que lleva en el bolso.

—Sí —susurró ella, pero no se movió.

Cam no podía apartar la mirada de su cara… sus ojos, sus mejillas, su nariz y finalmente, sus labios. Sus ojos inundados de deseo y de algo quizá más profundo atrajeron la mirada de Lally. La oscuridad y el silencio relativo de la ciudad los envolvía.

En el momento en que sus miradas se encontraron, Lally se sintió completamente perdida.

—No debería haberte agarrado así —murmuró él, pero no la soltó.

En lugar de eso, la rodeó con más fuerza.

Inclinó la cabeza hacia ella.

—Dime que no…

—¿Que no…? —Lally sabía a qué se refería. Lo miró a los ojos y no pudo decir nada. ¿Cómo iba a decirle que no viendo el modo en que la miraba, el deseo que había en sus ojos?

Debería haberle dicho que no siguiera. Debía protegerse y no correr riesgos innecesarios, pero no pudo hacer otra cosa que esperar.

Hasta que sintió sus labios en la boca, ese beso que tanto había

deseado en secreto.

Sus labios sabían a café, eran firmes y suaves al mismo tiempo, la besaban como si dispusieran de todo el tiempo del mundo y aquello fuera todo lo que deseaba hacer.

Lally se había convencido a sí misma de que tenía la situación bajo control, que no había llegado a olvidar que estaban allí para escenificar una parte de su libro y nada más. Pero aquello no parecía una escenificación de nada, era algo muy real. Él la dejó suavemente en el suelo y la estrechó en sus brazos mientras dejaba que el beso los arrastrara, se intensificara.

Cam le puso una mano en la espalda mientras con la otra le agarraba el rostro. Lally respondió con el mismo deseo, tenía la sensación de estar a punto de derretirse en sus brazos. Si él hubiese querido, podría haber…

¿Podría haberla hecho suya allí mismo? ¿Podría haberle hecho daño porque ella aún no estaba preparada para volver a confiar en un hombre? Ni siquiera sabía si podía confiar en sí misma.

De pronto se dio cuenta de lo juntos que estaban, de la intimidad que estaban compartiendo, pegados desde el pecho a las rodillas. Cam le acariciaba los brazos, desnudos, y ella había sumergido los dedos en su cabello.

«Dios, Lally. ¿Qué estás haciendo?».

Se obligó a apartar la boca de él, a alejarse de su cuerpo. No debería sentir nada por Cam. Era su jefe. De pronto sintió pánico.

«Piensa en cómo te ha hecho reaccionar con un solo beso. Te ha hecho sentir como si fuera la primera vez que te besaban de verdad».

Sam también le había hecho sentirse así. Pero con Sam realmente había compartido su primer beso, su primer todo.

Pero eso no importaba ahora.

¿Qué era lo que importaba? No podía dejarse llevar de ese modo, no podía permitirse volver a sentir nada por un hombre…

Hizo un esfuerzo para mirarlo a los ojos y abrió la boca para decir algo con lo que intentar quitarle importancia a lo que acababa de ocurrir.

Cualquier cosa.

Pero aún le temblaban los labios y el cuerpo le pedía más.

Por fin encontró la fuerza para hablar.

—Yo no estoy buscando una relación. Tampoco estoy dando por hecho que tú sí. Esto… Se nos ha ido la cabeza por un momento. Es mejor que no le demos importancia, pero no debe volver a ocurrir; no tiene ningún sentido. Tú tienes muchas cosas en que pensar con tu trabajo, el libro, el insomnio… ¡Y yo trabajo para ti!

—Lo sé —dijo con evidente arrepentimiento—. Lo comprendo,

Lally. No debería haberte besado. Yo tampoco quiero una relación y, de todos modos, no es buena idea mezclar los negocios con el placer. Tienes razón. Tú jamás…

Fuera lo que fuera lo que iba a decir, no llegó a hacerlo. Pero el mensaje estaba claro; estaba de acuerdo con ella. No deberían haberse besado, deberían haber respetado los límites de la relación laboral que los unía. No la deseaba realmente. No de ese modo.

Lally respiró hondo antes de volver a hablar.

—No era mi intención provocar esto al sugerir que interpretáramos la escena.

—Lo sé —respondió—. Fue una estupenda idea para ayudarme a resolver el problema. Los dos nos hemos emocionado y eso ha hecho que, por un momento, nos hayamos olvidado de lo que estábamos haciendo aquí.

Al hacer tal resumen de lo ocurrido Cam no mencionó la tensión sexual que había ido en aumento desde el comienzo de la velada, pero Lally asintió.

—Es cierto. Me alegro de que estemos de acuerdo —dijo, con una sonrisa algo forzada—. Bueno, ¿ya hemos terminado? ¿Tienes todo lo que necesitabas para visualizar la escena? Quizá deberíamos volver a casa… a tu edificio, quiero decir.

—Sí, lo tengo todo.

Cam vio cómo las emociones se reflejaban en el rostro de Lally, las mismas emociones que a él lo quemaban por dentro. Había sido un beso increíble. Había sido sincero al decir que no debería haber ocurrido, pero eso no era todo. Nada de lo que había dicho explicaba lo que había sentido al besarla. Prefería no pensar en ello, pero no podía dejar de sentirlo.

La había besado con una suavidad que nunca antes había compartido con ninguna otra mujer. La había besado después de llevar toda la noche pensando que no debía hacerlo. La había besado como respuesta a su belleza y a lo encantadora que era. Lo había hecho porque había sentido la imperiosa necesidad de hacerlo.

No podía decirle nada de eso. Lally ya había dejado muy claro que no quería aquello y Cam la había visto asustada. Quizá tenía miedo de que le hiciera daño, pero lo último que Cam quería era hacer daño a aquella mujer.

Quería saber de dónde nacía ese temor, pero no era asunto suyo; solo era su jefe. Él tampoco deseaba ser nada más, pues sabía que solo serviría para acabar decepcionándola porque no era lo que ella necesitaba.

Era un novelista adicto al trabajo e insomne, incapaz de permanecer mucho tiempo en el lugar, incapaz de descansar y sin la

menor idea de lo que era una familia de verdad. Su madre nunca había querido estar con él y Cam se había acostumbrado a no sentirse querido.

Una vez, con veintitantos años, había intentado cambiarlo. Con Gillian….

Gillian había esperado mucho de él, pero finalmente se había dado cuenta de que Cam nunca podría darle lo que necesitaba. Había comprendido lo mucho que el pasado y el insomnio afectaban a su vida diaria y se había sentido defraudada y herida. Había hecho bien en abandonarlo porque merecía mucho más de lo que él podría darle.

Cam había aprendido la lección y no quería volver a hacer daño a ninguna mujer. Pero tampoco quería volver a sufrir de ese modo.

Sin embargo esa noche, por un momento, había llegado a olvidarse del pasado, de aquel error que había prometido no volver a cometer. Había besado a una mujer en una azotea y había encontrado tanta ternura y había reaccionado a ella de un modo inesperado y desconocido. De un modo en el que jamás había respondido con Gillian, ni con ninguna otra.

Se obligó a sí mismo a dar un paso atrás, a pesar de que tanto su cuerpo como su mente parecían resistirse a hacerlo. Si volvía a acercarse, sabía que no querría soltarla. La agarraría de la mano, se la llevaría a casa y la haría suya.

«Eso no va a ocurrir, Travers».

—Deberíamos irnos —anunció y acto seguido se dirigieron al ascensor.

Una vez dentro, Lally lo miró y le preguntó:

—¿Has conseguido lo que querías para el libro?

Cam sabía que solo pretendía hablar de algo que los distrajera de lo que acababa de suceder.

—Sí. He decidido que el personaje femenino va a ser un agente especial trabajando de incógnito, pero también ha sido asesina a sueldo… —siguió hablando de la historia hasta que hubieron salido del hotel y se encontraron a salvo en el coche.

El problema era que en el interior del coche Cam podía oír la respiración de Lally y sentir el aroma de su piel. Pero intentó no pensar en ello.

—Me alegro de que te haya servido para definir el personaje —dijo ella mientras tocaba el bolso—. Creo que no debería quedarme con nada de esto.

—Claro que sí. Quizá algún día vuelvas a ponerte esas cosas —«y pienses en mí». ¿Era eso lo que quería?

Cam la miró solo un momento. La brisa la había despeinado. Se imaginó sumergiendo los dedos en su cabello e inclinándole la cabeza

solo lo justo para besarla en el cuello y luego en los labios.

«No debes pensar en eso, acuérdate».

La velada había dado lugar a un beso que jamás deberían haber compartido, un beso que había hecho que Cam perdiera la cabeza, pero debía asegurarse de que no volviera a ocurrir, por muy tentadora que le resultara la idea y por mucho que Lally lo calmara.

Una mujer como ella merecía algo más que un insomne adicto al trabajo incapaz de responder a las necesidades de una mujer.

Así era. No había solución. Al menos ninguna que él conociera.

Capítulo 7

—Se presiona tanto, tía. Me gustaría mucho ayudarlo a dormir más. Creo que además del trabajo que hago, podría hacer eso por él.

Había pasado una semana desde la noche en la que Lally y Cam habían escenificado una parte de su libro y él había intentado «tirarla» de la azotea del hotel.

Lally había pensado en lo ocurrido más veces de las que quería admitir… bueno, en realidad solo había recordado aquel beso, que no había sido para nada una escenificación.

Cam había pegado sus labios a los de ella y había sido el beso más dulce del mundo; dulce, delicado y tierno. Un beso del que debía olvidarse. Sin duda debía de haberlo idealizado un poco desde que había ocurrido porque era imposible que sintiera algo tan intenso por algo que para él sin duda no había sido más que la consecuencia de un momento, un lugar y unas circunstancias.

No podía sentir nada por Cam.

Contuvo un suspiro.

—Es mi jefe —dijo en voz alta, poniendo un especial énfasis en la palabra «jefe» para no olvidarse de quién era.

Porque si pensaba en él como jefe, si hablaba de él como lo que era, tarde o temprano acabaría aceptando que para ella nunca podría ser nada más.

Lally miró a su alrededor. Hacía poco que había amanecido, pero el mercado estaba ya lleno de vida. Su madre estaba agarrada del otro brazo de su tía Edie. Eso era la familia, personas que cuidaban las unas de las otras.

Sintió una repentina emoción al pensar aquello. Durante los últimos seis años su vida había girado en torno a su familia, había consistido en ayudar a todo aquel que la necesitara.

—Os he echado de menos —les dijo—. No me habéis contado qué tal está Jodie. ¿Cómo no iba a preguntar por una de mis hermanas? Gracias por venir a tomar café conmigo y hablarme de todo el mundo —Lally les había pedido que fueran a verla con la excusa de que quería ayudar a su jefe. Ese había sido el motivo. Al menos el principal.

Las tres charlaron sin parar. Su madre y su tía la pusieron al día de todas las novedades de la familia, o de casi todas. Lally insistió en que podía recibir llamadas, que a su jefe no le importaría y, a pesar de que ambas parecieron comprenderlo, Lally siguió preguntándose si había algo más tras el hecho de que nadie de la familia la llamara. Quizá debería habérselo preguntado, pero a una parte de ella le asustaba lo que pudieran responder.

También era posible que su inquietud se debiera a todo lo que le pasaba por la cabeza con respecto a Cameron. Durante toda la semana él había hecho todo lo posible por evitarla, con lo cual solo habían hablado durante las comidas y lo indispensable para que le dijera lo que debía hacer.

«No ha estado evitándote, Latitia. Lo has visto a todas horas».

Lally frunció el ceño. Era cierto, sí que lo había visto, ¿entonces por qué casi tenía la sensación de echarlo de menos?

Si lo que realmente le ocurría era que deseaba volver a sentir los tiernos besos de Cam, tendría que dejar de desear cosas completamente imposibles. Estaba mejor sin aquellos deseos porque no estaba preparada para enfrentarse de nuevo al torbellino de emociones que eso le provocaría.

«No te mereces una relación de verdad después del daño que ocasionaste en el pasado».

Aquel pensamiento le provocó una punzada de dolor en el pecho.

—¿De qué estábamos hablando? —preguntó Lally.

—Estabas hablándonos de tu guapísimo jefe —respondió su tía con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Mi jefe padece insomnio —se apresuró a explicar Lally para acallar las especulaciones de su tía—. Anoche me desperté tres veces y la luz de su despacho siempre estaba encendida, lo que quiere decir que estaba trabajando.

Lally había estado muy inquieta la noche anterior. Para ser sincera llevaba así desde la noche del beso.

—El caso es que quería que me dijerais algún remedio natural que pudiera ayudar a dormir a Cam.

Notó que se le había suavizado la voz al pronunciar su nombre, lo que la delataba de tal modo que se le sonrojaron las mejillas. No quería provocar las sospechas de su madre y de su tía.

—Para empezar comer alimentos frescos, por supuesto —dijo su tía mientras la observaba.

—Sí, a Cam le vendrá muy bien —añadió su madre con gesto pícaro y un toque de satisfacción.

¿Sería posible que su familia se hubiese puesto de acuerdo para obligar a Lally a salir al mundo con la intención de que conociera a alguien?

—Debería seguir con las compras mientras hablamos —anunció de pronto, después de mirar el reloj.

Así además distraería un poco la atención de las dos señoras, para lo cual mencionó algo que llevaba pensando desde que se había levantado aquella mañana.

—Éste es el primer trabajo que tengo al margen de la familia y

quiero hacerlo bien, pero también quiero saber si podré volver a trabajar con la familia cuando haya terminado de ayudar a Cameron Travers. Volverán a necesitarme, ¿verdad?

—Claro que sí, pero, ¿no te está resultando divertido volar en libertad? —le preguntó su madre—. Has dicho que tu jefe te compró un vestido y un bolso y que lo ayudaste a hacer una investigación en la azotea de un hotel.

Sí, había sido emocionante, pero después se había convertido en una complicación.

—Sí, era para su nuevo libro… Pero el único motivo por el que os he hablado de él es porque quiero ayudarlo a dormir mejor. Parece tan cansado —se volvió hacia su tía—. ¿Se te ocurre alguna idea?

—Todo depende de lo que le ocasione el insomnio. ¿Ha ido al médico?

—Se lo pregunté el otro día y me dijo que ha visto a todo tipo de médicos y especialistas del sueño. Creo que lo ha intentado todo sin dar con ninguna solución —Lally hizo una pausa—. Eso no quiere decir que no esté perfectamente consciente por falta de sueño, es un hombre muy despierto e inteligente, lo que ocurre es que… Se presiona mucho a sí mismo, no puede relajarse y duerme lo mínimo que le permite el cuerpo.

Su tía asintió.

—¿Te acuerdas del anciano aborigen al que te llevé a ver cuando eras niña? —esperó a que Lally asintiera antes de continuar—. Tiene una tienda. Su mujer y él saben mucho sobre estas cosas. A lo mejor es buena idea hacerles una visita.

—Muchas gracias. Es exactamente lo que buscaba —había terminado de comprar y había llegado la hora de marcharse—. Ahora tengo que volver a trabajar.

Su madre le puso la mano en el brazo.

—Si te interesa tu jefe…

En su rostro había un gesto que parecía decir «el plan está funcionando».

Lally habló antes de pararse a pensar:

—Os pusisteis de acuerdo todos para no darme trabajo y obligarme a salir más, ¿verdad?

Quería enfadarse y preguntarles cómo habían podido hacer algo así.

Pero su madre asintió con gesto inocente y lo admitió sin rodeos.

—Queríamos que te divirtieras un poco, Lally. Quizá este jefe tuyo…

—La otra noche me besó, pero fue un error —tomó aire. Su madre parecía seguir teniendo la habilidad de hacerla confesar,

incluso cuando era ella la que debería estar confesando algo—. Lo único que quiero es ayudarlo con su insomnio. Yo soy así, me gusta ayudar a los demás, igual que hago con la familia —miró a su madre fijamente—. Incluso cuando me echan con una excusa inventada y sin darme ningún tipo de explicación.

—Sabes que todos te queremos mucho, Lally —le recordó su madre—. No te enfades, por favor. A lo mejor no deberíamos haberlo hecho, pero serán solo dos meses. Queríamos ayudarte, hacer que te divirtieras y quizá hacer nuevos amigos.

—¿O conocer a un hombre? —Lally meneó la cabeza—. Ojalá no lo hubierais hecho. No lo entiendes —no estaba enfadada y quiso demostrárselo a su madre dándole un abrazo—. Ya es tarde para cambiar nada, pero os agradecería que no volvierais a hacer nada parecido.

—Nos hemos entrometido demasiado. Lo siento, Lally —parecía sentirse realmente culpable.

—No te preocupes —le dijo Lally con una ligera sonrisa—. Estas intromisiones son normales en una familia tan grande como la nuestra —no podía explicarle por qué no quería que volviera a haber un hombre en su vida, así que se limitó a morderse el labio.

Su tía se había adelantado un poco mientras Lally hablaba con su madre, pero volvió pronto para preguntar si se marchaban ya. Lally se despidió de ellas con un abrazo y se dispuso a salir del mercado para ir caminando hacia el edificio de Cameron. Al menos ahora ya sabía por qué su familia se había comportado de un modo tan extraño; más les valía empezar a llamarla de nuevo, o tendría algo que decir al respecto.

Aún no había salido del mercado cuando se dio cuenta de que se le había olvidado comprar espinacas frescas para hacer una ensalada, así que se dio media vuelta y volvió al centro del mercado.

—Lally, espera, deja que te lleve la cesta —era la voz grave y profunda de Cam.

Lally se volvió a mirar y allí estaba, con la mirada clavada en ella mientras caminaba entre la multitud.

El corazón le dio un absurdo vuelco. De pronto todo le pareció más hermoso al ver la sonrisa que iluminó su rostro al mirarla.

«Lally, ¿eso es todo lo que puedes hacer para resistirte? ¿Es que quieres acabar otra vez igual? Ya te ha dejado muy claro que no le interesas».

Y ella no podía volver a fiarse de un hombre. Era demasiado arriesgado, así que tenía que concentrarse en hacer bien su trabajo y nada más.

—¿Otra vez no has podido dormir? —le preguntó al ver las

ojeras que tenía.

—No, siento si te he molestado —se pasó la mano por la barbilla, donde tenía barba de un par de días, lo que combinado con unos pantalones vaqueros gastados y una camiseta negra, le daba un aspecto peligroso y muy atractivo.

«¡No te fijes, Lally!».

—No me has molestado —se apresuró a decir—. Estaba despierta. Lamento que sigas sin poder dormir.

—Estoy acostumbrado —la agarró del brazo y comenzó a andar junto a ella—. ¿Dónde ibas? Cuando te he visto me ha dado la sensación de que ya habías terminado.

Había ido hasta allí a buscarla para llevarle la cesta.

—Sí, pero me he dado cuenta de que había olvidado comprar espinacas. Quiero hacer una ensalada para la comida —comida sana que quizá lo ayudara a dormir mejor. Al menos quería intentarlo—. ¿Has ido al médico hace poco? Puede que haya nuevos tratamientos.

—Voy un par de veces al año —dijo, encogiéndose de hombros —. Pero hasta ahora nada ha funcionado. Sé que es algo que la mayoría de la gente no soporta.

¿Qué quería decir con eso?

Esperó mientras ella compraba las espinacas y luego volvieron caminando a casa.

Lally tenía que dejar de pensar que aquélla era su casa; ni siquiera era la casa de nadie, solo era un edificio en obras, por el amor de Dios.

No comprendía qué había querido decir con que la gente no soportaba el insomnio, ¿sería algo importante? Ella solo podía intentar ayudarlo.

—He estado con mi madre y con mi tía y le he preguntado a mi tía si conocía algún remedio natural contra el insomnio. Quizá un cambio de dieta y algunas hierbas te ayuden… desde luego no te harán ningún daño, así que me gustaría probar.

—Por mí, encantado —dijo con evidente sinceridad—. Te agradezco mucho tu interés.

—Es un placer —respondió Lally, tratando de no pensar en el modo en que se le había acelerado el corazón. «No te permitas ser feliz a su lado, Lally. Es peligroso».

Pero miró al cielo y ahí estaba la felicidad.

—Me parece que hoy va a hacer bastante calor.

—Sí, no dudes en darte un baño en la piscina si te apetece. Yo lo he hecho antes de salir a buscarte y el agua estaba a la temperatura perfecta gracias al calentador.

—Puede que lo haga. Podríamos… quiero decir que yo podría…

—se detuvo antes de decir nada más. No debía siquiera contemplar la idea de bañarse junto a su jefe.

A medianoche, cuando todo estuviese en silencio y pudieran disfrutar de la tranquilidad de bañarse bajo la luna. Sería muy romántico.

¡Lo cual hacía que fuera una mala idea!

En cuanto a la felicidad que sentía, se debía sin duda a que ya no le preocupaba el comportamiento de su familia.

Desde luego, a eso se debía.

Cameron observó los cambios de expresión que sufrió el rostro de Lally, vio cómo el interés y la atracción que sentía por él peleaban contra el sentido común.

Había buscado ayuda para él. Cam no recordaba la última vez que alguien se había preocupado tanto por él; de hecho no recordaba que nadie lo hubiera hecho jamás. Desde luego su madre no lo había hecho demasiado y él se había marchado de casa en cuanto había tenido oportunidad.

Ahora su madre se dedicaba a ir de un lado a otro, sin siquiera intentar instalarse en alguna parte. Normalmente Cam no habría podido localizarla aunque lo hubiera intentado y lo cierto era que ya no lo intentaba. Fuera cual fuera el gen de la familia que le faltaba a su madre, también le faltaba a Cam, que había perdido las ganas de mantener el contacto con ella.

Sin embargo sí que le habría gustado conocer a la familia de Lally.

—Es una lástima no haber podido conocer a tu madre y a tu tía. Y gracias por querer ayudarme con el insomnio. Ya me estás ayudando mucho haciéndote cargo de tantas tareas… aunque no haya servido para dormir más.

Se volvió a mirarla con una sonrisa y se dio cuenta una vez más de lo encantadora que era, tenía una belleza que no había visto nunca en ninguna otra mujer. Una belleza que procedía del interior tanto como del exterior. Había querido verla con aquel vestido para rendir tributo a esa belleza, para verla brillar y que el mundo entero lo viera también.

Quizá aquella noche hubiera surgido como un intento por recuperar la inspiración, algo por lo que le estaba muy agradecido, pues desde entonces había avanzado mucho en el libro. Pero había sido un verdadero placer estar con Lally desde el principio.

Había visto el brillo en sus ojos al elegir los zapatos más sexys del mundo y andar con ellos como si hubiera nacido para llevar ese

tipo de cosas. Entonces había deseado estrecharla en sus brazos y besarla apasionadamente.

Justo lo que había hecho poco después. Desde entonces no había podido quitarse aquel beso de la cabeza. Por primera vez en su vida se encontraba ante un dilema: deseaba algo que sabía que no podía tener y no conseguía aplacar dicho deseo. Quería volver a sentirse cerca de Lally y llegar más allá, pero sabía que no sería capaz de hacerlo.

—La tía Edie conoce muchos remedios naturales que podrían ayudarte —le explicó ella con una mirada dulce y tierna.

¿Sabría que, por mucho que se esforzara en ocultarlo, Cam era consciente de su interés por él? Intentaba seguir hablando del insomnio, pero la expresión de su rostro revelaba otros sentimientos.

Unos sentimientos que Cam no debería querer ver…

Lally lo miró a los ojos y se quedó sin respiración durante un buen rato, pero siguió caminando hacia el edificio, cuyas obras ya se oían a lo lejos.

—No te preocupes que no voy a darte nada peligroso —le aseguró entonces—. Sé que puedo confiar plenamente en mi tía.

—¿A qué se dedica tu tía? ¿O está jubilada? —preguntó Cam para dejar de pensar en las ganas que tenía de abrazarla, pero enseguida se dio cuenta de que realmente le interesaba.

Lo cierto era que desde el día que la había conocido había sentido curiosidad por la familia de Lally, una curiosidad que había achacado a su naturaleza de escritor. Ahora sabía que lo que deseaba era conocer a fondo a Lally.

Ella lo había ayudado a visualizar el personaje femenino de su libro, ahora quería entenderla a ella.

—Es pintora y ceramista —dijo con orgullo—. Hace unas figuras de cerámica y unas esculturas realmente únicas. Tiene cincuenta y cinco años, pero no creo que tenga la menor intención de dejar de trabajar en un futuro cercano.

—Parece que hay mucho talento en tu familia —comentó Cam con admiración.

—Sí, yo me siento muy orgullosa de ellos —habían llegado al edificio y era el momento de hacer lo que tenía que hacer, concentrarse en el trabajo—. Gracias por traerme la cesta. Voy a poner una lavadora y luego prepararé el desayuno. Supongo que estarás muy ocupado, así que no te interrumpiré.

Se alejó de él sin mirarlo siquiera y centró sus pensamientos en la colada.

Eso era lo que hacían las amas de llaves y eso era ella, el ama de llaves.

Capítulo 8

—Tengo que averiguar qué es lo que le falta al jardín —Cam acababa de terminar una llamada telefónica que Lally le había pedido que atendiera y había vuelto a la cocina a devolverle el teléfono.

Lo habían llamado de la sede de la empresa en Sydney por una cuestión que Cam había resuelto de inmediato. Al volver a la cocina con Lally, había mirado al jardín y de nuevo había tenido la sensación de que le faltaba algo.

—Ya he hablado con el jefe de obra que quiero convertir el jardín en un elemento esencial de la propiedad. Él no está de acuerdo; dice que sería mejor hacer secciones más pequeñas, separadas las unas de las otras. Pero quizá la gente quiera tener un lugar donde reunirse.

—El edificio podría convertirse en una pequeña comunidad, casi como una familia —comentó Lally.

—¿Podría hablar un momento con usted, señor Travers? —era el jefe de obras, que había llamado a la puerta—. Han llegado los paneles que habíamos pedido y he pensado que querría verlos.

Así era. Lally se dio media vuelta para empezar a preparar la comida.

—Ahora vuelvo —dijo Cam antes de salir y pensó que quizá fuera mejor que los hubieran interrumpido porque no tenía ningún sentido contarle a Lally todas aquellas cosas que no podrían cambiar en nada su relación.

«Una relación que no tienes con ella… lo que quiere decir que tienes que dejar de pensar en besarla, de querer saberlo todo de ella y conocerla a fondo».

Lally Douglas era su ama de llaves y su ayudante, no tenía por qué saber nada de su pasado o de lo que la hacía vibrar.

Le sonó un mensaje en el teléfono móvil que llevaba en el bolsillo, pero le dio pereza mirarlo. De pronto ya no le atraía tanto la idea de pasarse el día haciendo una y mil cosas.

¿Cuándo había ocurrido aquel cambio?

—Vamos a ver esos paneles —caminó con decisión junto al jefe de obra. Al menos el libro y el edificio iban bien.

Dos días después, Cam y Lally estaban de pie en la piscina, descansando con los brazos apoyados en el borde. Era viernes por la tarde y había hecho un día bastante caluroso, por lo que ambos habían salido a refrescarse un poco. Lally lo había encontrado nadando y, en cuanto se había metido en el agua, Cam había tenido que hacer un esfuerzo para no pensar en sus esbeltas piernas

moviéndose bajo el agua. Llevaba un sencillo bañador de una pieza color verde azulado.

—Yo pondría un mosaico ahí —sugirió Lally señalando la parte central del patio—. Algún diseño relacionado con el agua que le diera al lugar un aspecto fresco y relajado durante todo el año. Utilizaría colores tierra y un estilo puntillista.

—¿Como en la pintura aborigen tradicional? —Cam hizo un esfuerzo por concentrarse en la idea—. Creo que quedaría muy bien, los colores encajarían con los adoquines del pavimento. ¿Sabes mucho de esa clase de trabajos?

Se volvió a mirarla y a punto estuvo de olvidar por completo de lo que estaban hablando. Lally estaba quitándose el agua del pelo, dándole la espalda. El bañador era sencillo, pero dejaba al descubierto gran parte de la espalda, los hombros ligeramente bronceados. Cam quiso ir allí donde el sol le había besado la piel, el espacio que había dejado a la vista al levantarse el pelo para recogérselo.

«Nada de tocar, nada de pensar siquiera en tocar y, desde luego, nada de recordar el beso o querer repetirlo».

—He hecho algunos mosaicos —respondió ella como si le faltara un poco la respiración, y no por el tema del que estaban hablando.

Bajó la mirada hasta el pecho desnudo de Cam y luego volvió a apartarla. Fue solo un segundo, solo una mirada y ya estaban de nuevo donde habían estado aquella noche en la que habían acabado besándose.

Cam había intentado no volver a pensar en ello y volvió a intentarlo en ese momento, pero no podía apartar la vista de ella, de sus rasgos, de sus ojos marrones, de aquellos labios que había probado y con los que no había dejado de soñar.

—¿Lally?

—Creo que elegiría una forma circular —siguió diciendo mientras Cam se inclinaba hacia ella y ella hacia él.

—Suena bien —era cierto, pero era mucho mejor mirarla. Más peligroso seguramente, pero mucho mejor.

—Con… —se detuvo y tomó aire—. Con un camino que llevara hasta el agua.

Cam levantó la mano, le rozó el hombro con los dedos. Quería estrecharla en sus brazos y besarla hasta saciarse de su sabor, del tacto suave de sus labios, pero se limitó a asentir.

—Con los colores y el diseño adecuados se podría conseguir un efecto increíble. Relajante e interesante al mismo tiempo.

Cam se aclaró la garganta y se dio cuenta de que había dejado la mano justo al lado de la de ella, en el borde de la piscina. Ni siquiera la tocaba, pero lo haría si se movía lo más mínimo.

—Eso creo yo —parecía tan distraída como él, como si estuviera haciendo un esfuerzo supremo para mantener la conversación—. En la parte del jardín que rodea el patio se podrían colocar flores de diferentes colores, que contrastarían con los tonos tierra del mosaico.

—Sí —susurró Cam sin pensar en su boca, sin pensarlo en absoluto—. Y el mosaico podría plasmar una historia, ¿no?

—Claro. Las piedras del centro podrían representar un lago o el mar —tomó aire antes de continuar—. También podría haber ríos con orillas de color arena.

Cam comenzó a imaginarlo con esfuerzo, pero le gustó.

—¿Estarías dispuesta a hacerlo tú?

Antes de verla bajar la mirada, Cam creyó oírle decir que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por él. Cuando volvió a mirarlo, en sus ojos había un claro gesto de determinación.

—Creo que debes saber que solo he hecho un par de mosaicos pequeños, pero estoy convencida de que podría hacer un buen trabajo.

Si ella decía que podía hacerlo, era porque podía.

—Tendríamos que ir a algunas playas para elegir los colores de las piedras.

—Había pensado encargarlas a alguna empresa, pero sin duda sería mucho más interesante recogerlas directamente en la playa —dijo Lally—. Le darían un aspecto más natural.

—No me habías dicho que eras artista como muchos otros miembros de tu familia —una de las personas que había incluido en sus referencias había dicho que debería dedicarse a la pintura, lo que quería decir que seguramente también pintaba bien.

Lally se apartó de él y se dirigió hacia la escalerilla para salir. Se agarró con una mano, pero se volvió a mirarlo.

—Me gustaría mucho aprender a pintar bien. Es todo un privilegio recibir la tradición pictórica y las historias de la familia. No sé por qué no lo he hecho hasta ahora —dijo, pero su mirada se ensombreció al admitir que había una faceta de su vida que no había explorado aún.

—¿Qué hay en tu pasado, Lally Douglas? —¿qué le habría sucedido para hacerle creer que no tenía derecho a disfrutar de ese privilegio que había mencionado? ¿Se habría privado de la pintura del mismo modo que se había impedido florecer con toda la intensidad de la que era capaz? ¿Qué era lo que hacía que se sintiera así?

—Nada —respondió.

Mientras ambos se secaban con una toalla, Cam pensó que había contestado demasiado rápido, como a la defensiva. La miró a los ojos y vio dolor en ellos.

—No pretendía entrometerme —le dijo con una mirada suave.

Habría querido abrazarla para disipar la tensión de sus hombros y de su rostro, para hacer que se sintiera completamente segura, a salvo.

Deseaba protegerla porque sabía que había algo que la asustaba, ahora lo veía con absoluta claridad. Quizá fuera por culpa de algún hombre. No quería ni pensar en que alguien le hubiera hecho daño.

«Entonces no te acerques a ella, Travers, porque no puedes darle esa ternura y esos abrazos. No le hagas daño atrayéndola si luego no vas a poder responder a sus expectativas».

Si se acercaba a ella, acabaría haciéndole daño.

Así pues, apartó la mirada y Lally hizo lo mismo.

—Creo que el mosaico quedaría muy bien en medio de este jardín —opinó ella con aparente optimismo—. Tiene mucho potencial, pero hay que cuidarlo un poco —se acercó a una planta de menta y le arrancó una hoja cuyo aroma invadió el aire—. El jardín resaltaría el mosaico y el mosaico mejoraría el aspecto general del jardín.

—Tienes toda la razón. Me has dado la solución que buscaba.

También le gustaba la idea que había mencionado Lally de crear una especie de comunidad, de familia. Eso era lo que quería Cam…

Lo quería para los inquilinos del edificio, aunque el jefe de obra no estuviese de acuerdo.

En cuanto a lo que sentía cuando estaba con Lally, Cam no comprendía ese conflicto de emociones que le provocaba, pero sabía que no debía explorarlo a fondo. Sabía que Lally tenía secretos, igual que los tenía él, por eso era tan importante que mantuvieran una relación estrictamente profesional.

Por el bien de ambos, por muchas razones.

—Mi madre me ha pedido que vaya a la costa a verla —Cam lo había visto en un mensaje de texto que de repente relacionó con la idea del mosaico—. Me ha invitado a cenar con ella mañana. Está en un pueblo un poco apartado, pero rodeado de magníficas playas.

Cam solía mantener informada a su madre de dónde estaba, normalmente ella no hacía lo mismo, pero de vez en cuando conseguían verse, casi siempre gracias a los esfuerzos de Cam.

—Seguro que te hace bien verla, aunque quizá el viaje te resulte cansado —comentó Lally mientras pensaba en el hecho de que iba a ir a ver a su madre, pues le había dicho que no lo hacía muy a menudo —. Ten cuidado en la carretera y no conduzcas si estás muy cansado.

—Podríamos aprovechar el viaje para buscar las piedras —sugirió él—. No creo que estemos con mi madre más de dos horas, así que podríamos visitar alguna playa antes de ir a verla mañana. Pasaríamos la noche en algún lugar e ir a más playas al día siguiente temprano. Me gustaría mucho que vinieras, Lally. Si tú quieres.

—Claro —a ella también le gustaba la idea, pero, ¿pasar la noche

con él?

Se dijo a sí misma que se trataba de un viaje práctico, de conseguir el material para el mosaico, nada más. Le había preguntado por su pasado, pero eso no tenía nada que ver con que quisiera que lo acompañara a cenar con su madre.

—También me gustaría mucho que conocieras a mi madre —murmuró Cam y luego se mostró sorprendido ante sus propias palabras.

A Lally también la sorprendieron y de pronto se dio cuenta de que conocería al único pariente de su jefe. ¿Qué pensaría su madre de ella? Lally quería causarle una buena impresión.

—Tengo que pensar qué voy a ponerme —dijo sin pensar y sintió que le ardían las mejillas. Sí, quería causar una buena impresión, pero solo como empleada de Cam—. Quiero decir que estaría bien saber dónde vamos a ir para saber si es algo informal. Desde luego no voy a ponerme el vestido que compramos para tu investigación, sería demasiado.

También era demasiado la verborrea que parecía haberla poseído.

Apretó los dientes para no decir nada más.

Cam se limitó a sonreír.

—Por lo que conozco a mi madre, puedo decirte que no será un lugar formal, así que podemos ir con la ropa con la que vayamos a la playa.

Lally agradeció que hablara en plural, como si a ambos les preocupara qué ponerse. Cameron Travers era sin duda un hombre amable y generoso, que dejaba de sonreír en el momento que mencionaba a su madre. A Lally le pareció muy triste, pues estaba segura de que no eran imaginaciones suyas.

—Me vendrá bien ir a ver a mi madre acompañado.

Con esas simples palabras hizo que Lally sintiera que la necesitaba y que agradecía su presencia; la idea de ir con él de viaje de pronto no le pareció tan poco apropiada, a pesar de todo lo que había pensado.

Por mucho que se empeñara en que no fuera así, Cameron había despertado un profundo interés en ella y le provocaba reacciones que no alcanzaba a comprender. Valoraba su inteligencia y su imaginación. Sentía la necesidad de protegerlo y le preocupaba la relación que tenía con su madre.

Sin embargo no quería hacerle un hueco en su vida privada, ni en su pasado.

—¿Entonces vienes conmigo? —le preguntó él, rozándole el brazo suavemente—. ¿Te parece que nos vayamos mañana a primera

hora?

—Sí —fue todo lo que puedo decir Lally mientras se le estremecía la piel.

Si iba a pasar dos días con él, tendría que ser fuerte.

Mucho más fuerte.

—Será mejor que vaya a ver qué me llevo —dijo a modo de excusa para volver al apartamento.

No estaba huyendo de la tentación, Lally Douglas era perfectamente capaz de controlar sus pensamientos, sus reacciones y sus emociones.

¡Por supuesto!

Capítulo 9

—Tenía intención de haber mirado el pronóstico del tiempo para los próximos dos días —dijo Cam al salir del coche, frente a la playa desierta.

Era media tarde y, después del largo viaje, era una maravilla ver un paisaje tan hermoso. El mar estaba demasiado revuelto como para nadar, pero sí podían disfrutar de la arena, el olor del agua salada, un cielo magnífico y un mar que se extendía hasta fundirse con el horizonte.

Lally parecía contenta y relajada y, al salir del coche y respirar hondo, en su rostro apareció una clara expresión de placer.

Cam se conminó a no observar demasiado aquella expresión, a centrarse en el propósito de aquel viaje, que era recoger el material para el mosaico.

—Normalmente no se me olvidan estas cosas, pero esta vez ni pensé en el tiempo.

Sí que había pensado en el trabajo, había estado escribiendo y había dejado instrucciones al jefe de obra por si acaso Lally y él no habían vuelto el lunes por la tarde cuando él llegara. El libro estaba avanzando, por lo que ahora ya no tendría problema para cumplir la fecha de entrega.

Quizá no había pensado en el tiempo que iba a hacerles porque no había querido pensar demasiado en el viaje para no volver a preguntarse una vez más si era sensato llevarse a Lally consigo. Apenas le había tocado el brazo el día anterior, solo eso, y todo su cuerpo se había vuelto loco. No podía permitirse dejarse afectar de ese modo. Tenía que resistirse a aquel deseo.

En lo que se refería a Lally, tenía que centrarse en lo exclusivamente profesional; no podía tratar de comprenderla, de conocerla mejor y de descubrir sus secretos.

—No creo que tengamos ningún problema con el tiempo —aseguró Lally después de mirar al cielo.

—Espero que tengas razón. De todas maneras, no le voy a quitar la capota al coche, por si acaso; no me fío del clima de la costa —Cam sacó dos cubos del maletero para meter las piedras, convencido de que si se comportaba con normalidad, todo acabaría resultando normal. Pero mejor si se acercaba a ella lo menos posible—. Veamos si encontramos material para tu mosaico. No sé si podré ayudarte o tendré que limitarme a hacer de porteador.

—Hasta que no vea lo que quiera no podré decidir, pero entonces sí podrás ayudarme a encontrar piedrecitas que sean parecidas.

Lally quería hacer aquel mosaico por Cam, y quizá también un poco por sí misma. Quizá su familia tuviese razón y hubiera llegado el momento de que explorara un poco su faceta artística.

Lo cierto era que estaba contenta e impaciente. Por el trabajo; no tenía nada que ver con el hecho de visitar playas paradisíacas con un hombre guapísimo. Un hombre capaz de hacerla derretir solo con mirarla a los ojos.

«¡Dios, Lally, ésa no es la clase de pensamientos que deberías tener!».

—¿Estás seguro de que te gusta la idea que te he propuesto para el mosaico? —la noche anterior se había quedado despierta hasta tarde pensando en el diseño. Había oído que Cam también estaba despierto, aunque, como de costumbre, había tenido mucho cuidado de no hacer ruido para no molestarla.

Había hecho un boceto del dibujo en el que especificaba los colores que utilizaría en cada parte y se lo había enseñado a Cam por la mañana.

—Me gusta mucho. Tú eres la artista, Lally. Lo que tú decidas estará bien.

Sabiendo que contaba con su apoyo, Lally comenzó a caminar por la playa en busca de piedras. Sin pararse a pensar en ningún momento en lo guapo que estaba Cam con aquellos pantalones cortos, la camiseta y las deportivas. Ni una sola vez.

Ella se había puesto unos pantalones pirata y una blusa de manga corta roja. Últimamente se decantaba a menudo por los colores más vivos de su vestuario.

«Como el del vestido que me compró Cam aquella noche».

Bueno, tenía derecho a llevar los colores que quisiera.

«¿De verdad? ¿No será que pretendes atraer la atención de Cam del mismo modo que atrajiste la de Sam hace seis años?».

¿Qué tendría que ver una cosa con la otra? Pensó Lally frunciendo el ceño.

—¿Ésa te parece bien, o no? —le preguntó Cam al ver el tiempo que llevaba observando una piedra.

—Pues… —Lally volvió a mirar la piedra y luego lo miró a él. No se había afeitado. Sin darse cuenta, se encontró imaginando el tacto de aquella incipiente barba.

Si la besaba, sentiría el cosquilleo en la barbilla. Quizá no fuera muy sensato, pero deseaba tanto aquel beso. Al volver a mirarlo a los ojos, vio reflejado en ellos el mismo deseo.

¿Por qué no dejarse llevar y disfrutar de nuevo de un beso maravilloso, mejor que el mismísimo paraíso?

¿Cómo era posible que echara de menos los besos de un nombre

que solo la había besado una vez? Buscó la respuesta en su rostro, pero ni siquiera estaba segura de querer encontrarla.

Así que optó por pensar en otra cosa.

—Es suave, redondeada y tiene el color perfecto… Creo que sí, me la quedo —decidió y la puso en el cubo.

Siguieron buscando piedras. Al principio Lally estuvo algo inquieta, pero Cam fue de gran ayuda; se quedaba a su lado, esperando pacientemente mientras ella decidía o buscaba otros ejemplares parecidos a los que ella había elegido. Poco a poco fue relajándose.

—¿Alguna vez has ido a clase de pintura? —le preguntó Cam mientras ella observaba un puñado de piedrecitas.

—En el instituto, pero se trataba de pintar cuencos con fruta y cosas así. Después no hice nada más —dejó algunas de las piedras en el cubo y se agachó a seguir buscando.

Cam se agachó al mismo tiempo y se rozaron las manos. El ruido de las olas golpeando contra la orilla de pronto se hizo mucho más intenso porque Lally dejó de respirar por un momento. Miró a Cam a la cara y se perdió en la profundidad de sus ojos verdes.

—Perdona.

—Mejor míralas tú primero.

Los dos se incorporaron, momento en el que a Lally se le hundió la zapatilla en la arena húmeda.

—¿Sabes? Hace siglos que no camino descalza por la playa —dijo con una leve sonrisa en los labios—. Me apetece sentir la arena en los pies.

—Descálzate y aprovecha la oportunidad —le recomendó Cam en tono provocador.

¿Acaso no era eso lo que había hecho en el pasado, comportarse como una hedonista que se limitaba a disfrutar de lo que deseaba en cada momento sin pararse a pensar en los problemas que eso podría acarrearle?

«No es lo mismo, Lally. Solo vas a caminar descalza por la playa».

Ambos se quitaron los zapatos.

¿Qué peligro podía haber?

—Déjalos ahí —le dijo él, refiriéndose a los dos pares de deportivas—. No hay nadie que pueda llevárselos.

Tenía razón. Entonces él dejó también uno de los cubos y le tendió una mano que Lally aceptó con un escalofrío. La llevó hasta el borde del agua para poder mojarse los pies.

—Me encanta cuando la ola se retira y los pies se hunden en la arena —levantó la mirada hacia Cam y sonrió—. Es incómoda y

maravillosa al mismo tiempo.

Cam se echó a reír, sin apartar la mirada de sus ojos. Le apretó la mano y Lally se dio cuenta de que debería soltarla, pero no quería hacerlo.

Tenía que hacerlo, especialmente si la miraba de ese modo.

—Será mejor que sigamos buscando, que es a lo que hemos venido. Quiero hacer un buen trabajo.

Mientras examinaba las piedras, Lally miró a Cam y deseó que la vida fuera más sencilla, pero las heridas del pasado seguían abiertas.

—¿Qué te parecen éstas? —le preguntó, mostrándole unas piedrecitas blancas.

Al sentir de nuevo su mirada, a Lally se le aceleró el pulso. Aquella mirada y aquella sonrisa eran el sueño de cualquier mujer. Podría haberse derretido allí mismo, bajo su mirada.

—Me gustan. Sí, ponlas con las demás —comenzó a caminar un poco más rápido—. Voy… voy a ir a ver por allí —señaló un lugar al azar, solo para alejarse de él.

Fue una suerte que la dejara marcharse. ¿Desde cuándo no podía siquiera mirarlo sin desear abrazarlo?

—Deberíamos ir pensando en marcharnos para llegar a tiempo a la cita con mi madre —anunció Cam un rato más tarde, cuando fue en su busca.

Lally levantó la mirada y volvió a ocurrirle, el corazón le revoloteó dentro del pecho como si tratara de escapar. Se repitió una y otra vez que no podía permitir que él se diera cuenta.

—Muy bien. Creo que ya tengo todos los colores que se pueden encontrar en esta playa —al mirar al cubo, no se fijó en dónde ponía el pie y sintió un intenso pinchazo—. ¡Ay!

—Déjame ver —Cam dejó de inmediato el cubo y se agachó para verle el pie—. Te has cortado un poco con una roca. No parece muy profundo, pero habría que limpiar la herida y vendártela. Vamos al coche para que te pueda curar.

—Creo que necesito apoyarme para… —fue todo lo que pudo decir antes de que él la levantara en brazos y ella dejara de pensar por completo.

Se olvidó del dolor del pie y solo pudo sentir el calor de su cuerpo. Ya había estado así una vez, la noche del beso. Esa vez no podía agarrarse a su cuello ni hacer nada que le revelara lo que sentía.

«¿Y no se habrá dado cuenta ya por el modo en que me he derretido entre sus brazos?».

Cam la llevó hasta el coche y la sentó en el asiento del conductor, donde tuvo que soltarla a pesar de que no parecía querer hacerlo. Se arrodilló frente a ella y volvió a observarle el pie.

—Tengo un botiquín en el maletero.

—Ya casi no me duele. Seguro que basta con que me pongas una tirita —Lally se sentía tonta con el pie entre sus manos—. No es más que un corte —se inclinó para hacerlo ella misma.

Cam se lo agarró con fuerza.

—Yo lo haré, así que quédate quietecita que estás muy guapa —le ordenó.

Ella obedeció, dejó que le curara la herida con total delicadeza y luego lo esperó mientras iba a buscar los zapatos. De nuevo se arrodilló frente a ella para ayudarla a calzarse, para seguir cuidándola. De pronto levantó la mirada y la descubrió observándola. Sus ojos se oscurecieron de nuevo, pero esa vez Lally no podía huir. Él se puso en pie y apoyó una mano a cada lado de sus piernas, en el asiento.

—No me gusta que te hagas daño —murmuró, con la mirada clavada en sus labios.

—Estoy bien —le había dicho que se quedara quieta, que estaba muy guapa y Lally se dio cuenta de pronto de que hacía mucho tiempo que no se sentía así, atractiva, guapa y deseada.

Algo dentro de ella, algo que la había tenido presa durante seis años, comenzó a resquebrajarse.

—Lally —susurró él y se acercó un poco más.

Oyó su nombre y fue como si estuviera pidiéndole ayuda, como si quisiera que no le dejara continuar.

Pero lo único que pudo hacer Lally fue dejarse llevar, inclinarse hacia delante solo unos milímetros, hasta que pudo sentir el aroma de su piel.

Olía tan bien, solo quería sentir aquel delicioso aroma.

—Dios, Lally, cuando me miras así… —dejó de hablar y acabó con la poca distancia que los separaba.

Capítulo 10

Lally sintió el roce de sus labios. Deseaba y necesitaba aquel beso con todas sus fuerzas. La besó en la mejilla, donde le salía un hoyito cuando sonreía. Le besó la comisura de los labios suavemente y entonces ella se movió solo un poco, lo justo para encontrarse de lleno con su boca. Cerró los ojos y se entregó a la delicia de sus besos.

Las olas se estrellaban contra la playa a solo unos metros, se oyó el graznido de una gaviota.

Sus manos la agarraron por los hombros y luego le acariciaron la espalda suavemente. Los dedos de Cam se deleitaron en la suavidad de su piel y de sus labios salió una especie de suspiro, como si acabara de encontrar justo lo que buscaba.

Aquellas tiernas atenciones cautivaron a Lally más que ninguna otra cosa. Era como si el tiempo se hubiese parado para que pudieran disfrutar del momento.

Lally abrió la boca porque se sentía completamente a salvo, sentía que aquello estaba bien.

Se obligó a abrir los ojos para buscar los de él. Parecía tan en calma y, por algún motivo, aquella expresión de paz hizo que Lally se sintiera poderosa.

—Lally —susurró mientras sumergía los dedos en su cabello antes de intensificar un poco más el contacto de sus bocas.

Sus lenguas se encontraron.

Lally no sabía cómo lo hacía, pero lo cierto era que con su ternura, Cam la impulsaba a aceptar todo lo que él pudiera darle. Le ofreció su lengua y ella la tomó en su boca al tiempo que se abrazaban.

Era una maravillosa sensación. Lally se relajó aún más.

No habría sabido decir en qué momento el beso cambió de tierno en apasionado y la calma dejó paso al deseo; simplemente ocurrió. Ambos estaban centrados únicamente en la unión de sus bocas, en las sensaciones.

Incluso mientras subía las manos hasta su pecho, Lally sabía que aquel beso era distinto a cualquier otro. El que la besaba no era Sam, no era un hombre que sabía que con sus encantos podría conseguir que hiciera todo lo que él deseara, que haría que ella no pensara ni sospechara de sus motivos.

Pero tampoco era como el otro beso que le había dado Cam, aunque hubiera sido magnífico. Aquello era mucho más, tanto que Lally no recordaba por qué no habría de hacerlo. Necesitaba sentirlo, tenía que hacerlo. Sentía algo por Cam, lo admiraba, no solo la atraía físicamente, también se sentía atraída por su creatividad, por su

inteligencia, por su ambición, por su capacidad emprendedora, por el entusiasmo con el que afrontaba su trabajo, por su imaginación…

¿Cómo podría luchar contra esa clase de atracción? Nunca había sentido nada semejante por ningún hombre, ni siquiera por Sam.

Aquello le hizo preguntarse, ¿qué ocurriría si dejaba que continuara? ¿Cómo era posible que alguien fuera más importante de lo que había sido Sam en su vida? Sam la había cambiado irrevocablemente.

Tenía que ponerle fin. Por mucho que su mente se lo dijera, sus labios seguían donde estaban, unidos a los de Cam. Deslizó las manos por sus brazos para comenzar a alejarse de él, pero al final entrelazó los dedos con los suyos.

Fue Cam el que dejó de besarla y buscó sus ojos con la mirada. Ambos encontraron lo mismo en la mirada del otro.

Deseo y precaución, pasión y la necesidad de frenar.

—Lally, tenemos que…

—Tenemos que parar… —Lally recordó que debía protegerse, evitar que le hicieran daño, no podía entregar sus sentimientos a un hombre que no los valorara, no podía cometer de nuevo el mismo error y luego sentirse culpable… eran tantas cosas.

Cam era su jefe, era rico, famoso e increíble. Ella solo era su ama de llaves y ayudante temporal. Él estaba completamente fuera de su alcance, tanto como debería haberlo estado Sam, aunque por otros motivos. Ahora Sam era uno de los motivos por los que debía poner fin a aquella locura, era su oscuro pasado.

La resignación que vio en los ojos de Cam le dio a entender que él también pensaba que aquello no podía continuar. ¿Qué razones tendría él?

—Deberíamos irnos. ¿Te duele el pie? —Cam se puso los zapatos mientras ella se acomodaba en su asiento.

—No, está mucho mejor ahora que está limpio y vendado. Además, no queremos llegar tarde a la cena con tu madre —dijo Lally, con los labios aún sensibles por sus besos y con el sabor de su boca en sus labios, intentando parecer tranquila a pesar de que apenas podía pensar.

Cam la miró a los ojos unos segundos antes de subirse al coche.

—¿Quieres que vuelva a bajar la capota? —le preguntó, ya al volante.

Ella asintió de inmediato.

No le importaba despeinarse, ya se arreglaría después. Quizá el viento se llevara de su cabeza esa momentánea pérdida de control.

—Lally…

—No —lo interrumpió Lally de inmediato—. Por favor. Tenemos

que ver a tu madre. ¿Podemos… limitarnos a hacer eso?

Y eso hicieron.

* * *

—Aquí estamos —Cam detuvo el coche en el pequeño aparcamiento de un restaurante—. Esperemos que mi madre esté ya aquí y no haya cambiado de planes sin comunicármelo.

—¿Es que suele hacerlo? —le preguntó Lally mientras se encaminaban hacia el restaurante.

—De vez en cuando —la madre de Cam hacía muchas cosas que no siempre le gustaban a su hijo—. ¿Qué tal tienes el pie? Si te duele, puedo ayudarte a caminar.

—No, no te preocupes, estoy bien… No me gustaría que tu madre pensara que… —no terminó la frase.

Pero antes de eso Cam vio reflejado en su rostro el recuerdo de sus besos. Quizá Lally fuera a decir que no quería que su madre pensara que no podía valérselas por sí misma, o algo parecido, pero solo con empezar a hablar, sus pensamientos se habían desviado.

Cam lo comprendía perfectamente porque todo lo que le pasaba por la cabeza acababa conduciéndolo al mismo lugar.

Y ese lugar era Lally y sus besos. Parecía que en lo que se refería a ella, Cam carecía por completo de autocontrol, algo de lo que no se enorgullecía en absoluto, pero sin embargo no podía arrepentirse de lo que habían hecho.

—Entonces mejor no te llevaré en brazos —dijo con una sonrisa que al principio le costó esbozar, pero entonces pensó en que su madre se quedaría boquiabierta si lo veía entrar con Lally pegada a su pecho y sonrió con más naturalidad—. Hay alrededor de un ochenta por ciento de posibilidades de que mi madre esté acompañada —le advirtió mientras pensaba en que, incluso cojeando un poco, Lally estaba encantadora.

Seguramente su madre estaría con algún amigo, uno más. Por su parte, Cam quería presumir de Lally y eso era la primera vez que le pasaba.

«Como empleada. Quieres presumir de ella como empleada. Por supuesto».

Claro. Eso era lo que quería. Eso era lo que lo había impulsado a besarla en la playa y a perder el control por completo.

Cam no estaba seguro de querer analizar los motivos por los que le ocurría aquello. Lo único que sabía era que, fuera lo que fuera, estaba relacionado con algo que ya creía solucionado. ¡Y ya estaba

solucionado!

—Se podría decir que mi madre es un espíritu libre. Las cosas no suelen durarle demasiado, pero en lo que se refiere a los hombres, definitivamente no aprende la lección. No deja de empezar y terminar relaciones.

Lally asintió lentamente.

—Tengo una prima mayor que yo a la que le ocurre lo mismo. La verdad es que no sé cómo soporta la presión que supone, aunque ahora que lo pienso, da la sensación de que siempre sale ilesa de todos sus romances. Yo no podría —después de decir eso, se calló de golpe.

Cam tenía la sensación de que los dos se habían dado cuenta al mismo tiempo de que no se encontraban en la mejor posición para hablar de ello objetivamente.

—No podemos…

—Aquí estás. Cameron, ven a conocer a Tom; es un encanto. No sé dónde estaría si no fuera por él —su madre se acercó a él sin dejar de hablar, abrazó a Cam y dio un paso atrás.

Ya había cumplido con la obligación de abrazarlo hasta el año siguiente y había sido tan rápido que Cam prácticamente ni lo había notado.

Se suponía que lo hombres no echaban de menos ese tipo de cosas, ¿no? Sin embargo, Cam empezaba a darse cuenta de que a lo largo de su vida había echado de menos muchos abrazos y muestras de cariño sinceras. Lally jamás abrazaría a alguien con tan poco sentimiento. Él mismo lo había comprobado las veces que lo había abrazado; todas esas veces había hecho que se sintiera relajado y en paz.

No lo comprendía bien y ni siquiera lo había relacionado con Lally hasta ese momento, pero lo cierto era que ella hacía que se sintiera así. Era como si, por algún motivo, estar con ella lo ayudara a sentirse en paz.

«¿Qué pasa, Travers, ahora eres una especie de alma atormentada? ¡Por el amor de Dios!».

Cam miró a su madre.

—Hola, mamá. Ésta es Lally. Lally, te presento a mi madre, Dana —al mismo tiempo, él le estrechó la mano a… ¿John? No, ése era el anterior—. Hola, Tom.

—¿Qué has estado haciendo, Cameron? Supongo que los negocios y los libros te tienen muy ocupado —su madre abrió la carta y comenzó a mirarla—. Deberías descansar más. El cansancio no es bueno, deberías saberlo.

—El insomnio no es exactamente lo mismo que el cansancio, madre. Siempre intento descansar —dijo Cam amablemente, aunque

no esperaba que Dana lo escuchara realmente. Respiró hondo y se dispuso a cambiar de tema.

—A mí me parece que Cam lleva bastante bien su insomnio —las palabras de Lally se abrieron paso suavemente en la conversación—. No debe de ser fácil pasar tantas horas sabiendo que no puedes descansar lo que te gustaría.

La intervención de Lally fue una sorpresa para Cam. La miró a los ojos y de pronto sintió que desaparecía gran parte de la tensión que le ocasionaba el ver a su madre. Con solo unas palabras, Lally había hecho que se sintiera mucho mejor. A cambio quería asegurarse de que su ama de llaves y ayudante también estuviera cómoda porque, a pesar de su actitud, en su rostro había un cierto aire de tristeza que Cam sospechaba estaba relacionada con él.

Mientras su madre hablaba en voz baja con Tom, él aprovechó para dirigirse a Lally, tocándole la mano por debajo de la mesa.

—Gracias —murmuró de manera que solo ella pudiera oírlo—. Mi madre y yo no estamos muy unidos, pero no lo dice con mala intención. De todos modos, a mí sigue gustándome verla de vez en cuando. Es la única familia que tengo.

¿Podría entenderlo una mujer cuya vida parecía girar sobre todo en torno a su enorme familia? En cualquier caso, en aquel momento no podían hablar más de ello.

—Deberías tomar pastillas para dormir, Cameron —dijo su madre.

Dana le dio la solución fácil y rápida; algo que solía hacer olvidándose del origen del problema. No parecía darse cuenta de que había cosas para las que no había una solución fácil y rápida.

—Estoy segura de que tu cuerpo no tardaría en recuperarse —insistió.

—Lally está intentando ayudarme con unos remedios naturales —le contó Cam con una sonrisa—. Y lo cierto es que últimamente me encuentro más relajado —lo que, en su opinión, se debía a la propia Lally, pero eso no lo dijo.

Definitivamente, quería cambiar de tema.

—Comprendo —murmuró su madre y volvió a mirar la carta, no sin antes comprobar qué hora era—. Deberíamos pedir la comida.

Lally parpadeó solo una vez antes de bajar la vista hasta la carta.

Cam sintió la necesidad de volver a tocarle la mano por debajo de la mesa, pero esa vez mantenerla agarrada, pero en lugar de hacerlo, trató de elegir lo que quería comer.

Tom fue el siguiente en hablar y lo hizo sobre pesca y coches.

—¿Qué coche tienes, Cameron? —le preguntó.

Cam le dijo la marca y el modelo de su descapotable.

—Me gusta…

—El aire fresco —Lally lo miró y sonrió—. Esta mañana ha sido muy agradable, ¿verdad? La carretera junto a la costa y la brisa del mar.

—¿Qué relación tienes exactamente con Cameron, Lally? —le preguntó de pronto su madre.

Cam abrió la boca para responder, en un gesto de protección. Cuando había invitado a Lally a acompañarlo no había pensado en la tendencia que tenía su madre a entrometerse en la vida privada de los demás. Debería haberlo tenido en cuenta.

Pero Lally se le adelantó.

—Soy su ama de llaves mientras está en Adelaide —dijo y sonrió —. También voy a hacer un mosaico para él en su nuevo edificio mientras él escribe una novela que los lectores no podrán dejar de leer.

—Vaya —Dana parecía haberse quedado sin palabras—. ¿Así que eres una especie de chica para todo? No hay muchas mujeres que se dediquen a la construcción.

—Bueno, hacer mosaicos no es exactamente lo mismo que dedicarse a la construcción —matizó Lally de inmediato—. En cualquier caso, estoy deseando hacerlo.

—Y yo estoy deseando ver el resultado —admitió Cam al tiempo que cerraba la carta. No quería que su madre se pasara toda la comida interrogando a Lally—. Yo voy a pedir el pescado del día. No hay nada mejor que el pescado fresco, ¿no crees, Tom?

Hablaron de pesca y de propiedades inmobiliarias durante un buen rato. En cuanto había reunido el dinero necesario, Cam le había comprado a su madre una casa en Sydney, donde la había invitado a que se instalase con la esperanza de tenerla más cerca y poder verla más. Su madre, sin embargo, había alquilado la casa y había seguido viajando felizmente, mientras nadie le pidiera que echara raíces en ninguna parte.

—Ya sabes que la casa siempre está disponible para ti, mamá — dijo sin saber muy bien por qué.

Dana lo miró con gesto atónito.

—Por supuesto. Es la compensación por todos los años que sacrifiqué para criarte. Merezco el alquiler de esa casa que me permite viajar cuanto quiero en mi autocaravana.

—Algo que podrías dejar de hacer por el hombre adecuado… podrías instalarte en una casa de verdad —murmuró Tom y luego esbozó una sonrisa, pero luego frunció el ceño y apartó su plato.

Cam miró la hora. Habían pasado poco más de treinta minutos desde que se habían sentado a la mesa, pero parecía mucho más.

Lally intentó animar la conversación hablando de la familia que tenía en Queensland y en las islas Torres Strait.

«Pobre Lally. No te molestes, no merece la pena».

Aquello dio lugar a una conversación sobre plantas medicinales y cocina que se prolongó durante el resto de la cena. Una vez terminaron y la madre de Cam propuso tomar café, él negó con la cabeza y se puso en pie.

—Nosotros deberíamos irnos. Tenemos que encontrar un lugar donde pasar la noche. Me… alegro de veros —ni siquiera se molestó en darle un beso a su madre, que no se había levantado ni parecía tener intención de hacerlo.

Así pues, Cam se despidió de ambos con un leve movimiento de cabeza, agarró del brazo a Lally y salieron del restaurante.

—Tu madre parece muy… independiente —comentó Lally, muy diplomáticamente.

Cam apreció su esfuerzo y decidió tomárselo con alegría, pues no merecía la pena estropear el resto de la velada.

—Siempre ha sido así. Yo intento mantener el contacto con ella.

Realmente lo intentaba, pero Dana no siempre respondía.

—¿Alguna vez te llevó al médico cuando eras pequeño para que estudiaran tu insomnio? —le preguntó Lally, frunciendo el ceño.

—Para ella no era más que la manía infantil de un niño que no quería dormir —entretanto, Cam había pasado muchas noches en vela, siempre en distintos lugares.

Lally guardó silencio durante unos segundos, luego respiró hondo y habló:

—Probablemente el origen de tu insomnio fue el que te llevara de un sitio a otro todo el tiempo. Si entonces hubieras recibido la atención adecuada…

—De eso hace mucho tiempo, pero no creo que fuera ése el motivo —aunque lo cierto era que había comenzado a sufrir insomnio de niño. Entonces había dado por hecho que sería una herencia genética de su padre, fuera quien fuera, no algo provocado por las circunstancias—. Hace ya mucho que no vivo en ese ambiente.

—Pero sí que has seguido yendo de un lado a otro, igual que tu madre —Lally lo miró a los ojos—. No estoy diciendo que no debas viajar, si eso te hace feliz, pero a lo mejor no has tenido oportunidad de encontrar la paz que necesitas para descansar como deberías.

Cam abrió la boca para decir que ir de un lado a otro era tan necesario para él como lo era para su madre, pero volvió a cerrarla porque realmente no estaba seguro de que fuera tan necesario como siempre había pensado.

Pero, si no lo era, ¿por qué se pasaba la vida viajando, buscando

un nuevo desafío, un nuevo negocio o una idea para el siguiente libro?

No tenía una respuesta para aquella pregunta y eso hizo que se sintiera inseguro.

—Vamos a buscar un lugar agradable donde pasar la noche.

—Buena idea —Lally no insistió, se limitó a respirar hondo y sonreír.

Una vez en marcha, Cam se olvidó de que había estado con su madre y aprovechó la oportunidad para preguntar a Lally por su familia, a quien parecía necesitar mucho. Cam deseaba comprender de qué modo repercutía en ella dicha necesidad, quería comprender si tenía algo que ver con la tristeza que veía de vez en cuando en sus ojos.

—Estoy deseando volver a trabajar para ellos —dijo ella y lo miró—. También me gusta trabajar para ti, pero necesito ayudar a mi familia. Es más seguro… —dejó la frase a medias y frunció el ceño.

Continuaron por la carretera hasta el siguiente pueblo, donde Cam sabía que había un lugar que, por Internet, le había parecido agradable.

Lally apoyó la cabeza en el respaldo y guardó silencio. Unos minutos después se quedó dormida.

Capítulo 11

Cam sacó en brazos del coche a su ama de llaves y la llevó a la única habitación que quedaba libre en el pequeño hotel.

Acababa de dejar de llover después de una hora en la que Cam había tenido que conducir muy despacio, después se había quedado unos minutos sentado en el coche frente al hotel, con Lally dormida a su lado. Dormía con tanta placidez que Cam no pudo evitar sentir cierta envidia.

Debía de estar agotada y Cam era en parte responsable de dicho cansancio, pues seguramente la despertaba todas las noches con su ir y venir por el apartamento, a pesar de que intentaba no hacer ruido.

Quizá debería alojarla en cualquier otro apartamento del edificio. No tardaría nada en amueblarlo lo suficiente para que estuviese cómoda. No, mejor sería más silencioso en el futuro para no despertarla. No quería que se fuese del apartamento.

—¿Ya hemos llegado? —murmuró ella, adormilada, y entonces debió de darse cuenta de que estaba en sus brazos.

Parpadeó varias veces y lo miró con confusión, aunque su expresión se suavizó cuando se encontraron sus miradas.

Solo una mirada, solo ver aquellos ojos castaños y Cam comenzaba a desear…

Debía olvidarse de lo que deseaba porque no podía tenerlo. Quizá se hubiese permitido soñar, pero el encuentro con su madre le había abierto los ojos al hecho de que jamás podría tener nada con Lally.

Ella merecía algo más que un hombre que se pasaba la vida yendo de un lado a otro, incapaz de echar raíces con ella; él no quería una casita llena de niños. Y, aunque lo hubiera deseado, no habría sabido cómo dárselo.

«Podrías tener hijos, un jardín y una vieja casa familiar que ahora estás convirtiendo en apartamentos. Sabes perfectamente que sería una magnífica vivienda familiar».

¿Cuándo había empezado a pensar en aquel viejo edificio como casa familiar en lugar de como una inversión? Echar raíces en un lugar no estaba en sus planes, no lo estaba en absoluto.

Dejó a Lally en la pequeña zona de estar de la habitación.

—Te has quedado dormida en el coche. Estaba lloviendo mucho, así que he parado en este hotel. Solo tenían esta habitación y me han dicho que los demás lugares de la zona están llenos. Supongo que el mal tiempo ha pillado por sorpresa a muchos viajeros —se pasó la mano por la nuca antes de añadir—: Así que, yo puedo dormir en el coche.

Lally parpadeó varias veces y miró a su alrededor, a la cama doble.

—Pues…

—Voy a buscar las cosas. Al menos podré darme una ducha caliente —se dio media vuelta y salió de la habitación.

En cuanto estuvo sola, Lally tomó aire y trató de calmarse. No estaba nerviosa, pero tenía la sensación de ir a estarlo en cualquier momento. Solo intentaba recuperarse de la sensación de despertarse en sus brazos. ¿Y si había hablado en sueños? ¿O roncado? ¿Y si lo había besado?

Por el amor de Dios, solo había dado una cabezadita.

Eso sí, ni siquiera se había enterado de la tormenta, ni de que Cam la había llevado en sus brazos. Debía de tener mucha paciencia.

No podía dormir, así que seguramente estaba acostumbrado a ser paciente durante las largas horas en las que los demás dormían y él no podía ni pegar ojo.

Y seguramente ella estaba dejando que su mente divagara solo para no tener que pensar en la posibilidad de compartir habitación con su jefe.

—Servicio de habitaciones —bromeó Cam antes de entrar con las bolsas. La miró a la cara y hundió ambas manos en los bolsillos del pantalón—. Ya te he dicho que yo duermo en el coche.

—No puedo permitirlo, estarías muy incómodo. Es un coche estupendo, pero no está pensado para dormir. ¿No podemos ir a ningún otro sitio a pasar la noche?

—No hay ningún otro hotel cerca y se espera que haya una segunda tormenta.

—No sé por qué me he quedado dormida. Supongo que ha sido el aire fresco y el paseo por la playa.

—Es el efecto que tienen en mucha gente el aire fresco y el ejercicio —hizo una pausa—. Quieres bajar a tomar algo caliente a la cafetería.

Lally asintió.

—Deja que me peine un poco.

Al menos tenían baño dentro de la habitación. Lally agarró la bolsa que le había subido Cam y fue a lavarse la cara. Tenía el pelo alborotado, pero no podía peinárselo porque se le erizaría aún más, así que se lo recogió en un moño para controlárselo mínimamente, se puso un poco de pintalabios y una gota de perfume.

—Estoy lista.

—Estás preciosa —murmuró Cam, después la agarró del brazo y salieron de la habitación—. Vamos a ver qué nos ofrecen.

Lally intentó asimilar el cumplido sin sonrojarse. Pero se habría

sonrojado si se lo hubiese dicho cualquier otro hombre, no tenía nada que ver que lo hubiera hecho Cam. Dios, cuánto le habría gustado que sus pensamientos no la traicionaran continuamente y pudiera pensar en cada momento lo que más le conviniese, en lugar de tener que enfrentarse a la verdad.

«Y la verdad es que esta noche vas a tener que compartir habitación con él».

Quizá debiera ser ella la que durmiera en el coche. Pero Lally sabía que Cam no se lo permitiría.

—Esa mesa está libre —Cam la condujo hasta una pequeña mesa situada en un rincón del local, junto a la ventana, por donde vieron que había comenzado a llover de nuevo.

—Pensé que tendríamos que sentarnos en una mesa enorme junto a todos los demás clientes —observó Lally.

«¿Desde cuándo eres una ermitaña, Lally Douglas? Normalmente te encanta estar con mucha gente».

Pero eso era cuando estaba con su familia, ahora era diferente. No quería admitir que quería estar a solas con Cam.

Aún debía de estar medio dormida y por eso no pensaba con claridad.*

—No es que me hubiera importado —aseguró con demasiado énfasis y sintió cómo un delator rubor se apoderaba de sus mejillas—. Me habría encantado charlar con otros clientes del hotel. Pero bueno, esta mesa es muy agradable, ¿no crees?

Lally se dijo a sí misma que la vela que lucía en medio de la mesa no era romántica en absoluto. También intentó no fijarse en la media sonrisa de Cam, una de esas sonrisas que ponía uno cuando oía parlotear a alguien.

El camarero no tardó en acudir a atenderlos.

—No tenemos una carta muy amplia —les dijo con una amable sonrisa—. Pero sí tenemos una deliciosa sopa casera, algunas tartas, té, café o chocolate —y describió cada una de esas cosas.

A Lally le sorprendió darse cuenta de que tenía hambre, por lo que pidió una sopa. Cam hizo lo mismo.

Así pasaría un poco de tiempo antes de que tuvieran que volver a la habitación a dormir. Bueno, ella dormiría porque no creía que Cam pudiera hacerlo sin siquiera poder disfrutar de su propia cama.

Pensar en la cama no era una buena idea mientras estaba sentada frente a él, en una romántica mesa.

—No es romántica —murmuró para sí.

—¿Agua? —Cam obvió su comentario y les sirvió agua a ambos.

Lally lo vio beber y pensó que incluso entonces resultaba atractivo.

«No pienses en eso. Es tu jefe. ¿El jefe y el ama de llaves? ¡Genial!».

Quizá pudieran dividir la cama con unas almohadas de manera que sus cuerpos no se rozaran siquiera.

Llegó la sopa y ambos la probaron.

—Mmm, creo que tiene champiñones, ternera y tomate, y me parece notar cierto sabor a lentejas. Albahaca, zanahoria y nabo. No sé qué más.

«Muy bien, Lally. A lo mejor podrías seguir hablando de la sopa y aburrirlo mortalmente en solo cinco minutos».

—Pasta y guisantes —añadió él mirándola—. Y no sé si es boniato o calabaza. Por algo se dice que una buena sopa es una comida completa.

—Está deliciosa —comentó ella con admiración hacia aquel humilde local—. Me encantaría saber cómo la hacen.

—¿Quieres que te consiga la receta?

A Lally no le extrañaría que lograra que el dueño de la cafetería o el cocinero le dieran la receta.

—Solo si surge la oportunidad. A mi hermana Tammy le encantaría.

Después guardaron silencio durante unos minutos y se limitaron a disfrutar de la sopa.

—Me cuesta imaginar lo que debe de ser tener solo un pariente y no verla apenas —dijo entonces Lally.

El camarero les retiró los platos de sopa y les ofreció varios postres, una vez hubieron elegido, volvió a dejarlos solos. En el exterior la lluvia se había intensificado, Lally se alegró de estar a cubierto. De repente le vino a la cabeza el recuerdo del beso de esa mañana e intentó apartarlo de su mente. Se sentía demasiado vulnerable como para recordar.

Cam miró hacia la ventana y luego a ella. Sus ojos verdes parecían especialmente profundos a la luz de la vela.

—Veo a mi madre cuando puede hacerme un hueco en su agenda. Normalmente eso sucede un par de veces al año. Yo intento mantener el contacto con ella mandándole mensajes de texto y, para serte sincero, eso me basta.

Porque, las veces que se veían, su madre tampoco le prestaba demasiada atención. No escuchaba lo que Cam le contaba pues estaba mucho más interesada en sí misma que él. Lally sospechaba que Dana Travers seguramente no se molestaba siquiera en responder a los intentos de su hijo por mantener el contacto.

Aquella mujer se había comportado como si mereciera una casa de regalo como compensación por haber criado a su propio hijo.

—¿Tu madre siempre fue…?

—¿Como la has visto hoy? —se encogió de hombros—. Yo sabía que nunca quiso la responsabilidad que conllevaba tener un hijo, pero aun así me mantuvo a su lado. Aunque lo hizo a su manera.

—Viajando de un lado a otro todo el tiempo —Lally frunció el ceño. Intentaba no juzgar a aquella mujer, pero le resultaba muy difícil—. Debías de ser muy bueno en los estudios para tener éxito incluso con tanta inestabilidad.

—Los libros me ayudaban mucho —respondió Cam antes de llevarse a la boca una cucharada de *mousse* de limón—. Allá donde fuéramos, yo leía todos los libros de la biblioteca que podía antes de volver a mudarnos. Supongo que eso me ayudó en los estudios. Eso y unos cuantos profesores comprensivos. Yo pasaba mucho tiempo solo mientras mi madre…

—¿No estaba contigo?

—No mucho. Viajábamos y vivíamos en una autocaravana y yo pensaba que todos los niños se quedaban solos como yo —explicó quitándole importancia.

Lally tuvo la sensación de que no hablaba a menudo de aquello. Aquel hombre tan extraordinario no había recibido ningún tipo de afecto durante la infancia, sino que había llegado a la edad adulta completamente ignorado por su madre. Era algo tan cruel. ¿En qué habría estado pensando esa Dana Travers? Seguramente en sí misma y no en cómo afectaría su comportamiento a su hijo.

«¿Quién eres tú para juzgar a nadie, Lally? Tú alejaste de su madre no a un niño, sino a tres».

—Supongo que hubo muchas noches en las que te fuiste a dormir preguntándote dónde estarías al día siguiente —dijo Lally, tragándose el sentimiento de culpa.

—Sí, pero la ventaja es que conocí muchos lugares —bromeó Cam y luego se quedó callado unos segundos, con expresión pensativa—. ¿Qué tal está el postre?

—Muy rico. Me alegro de haber elegido también la *mousse*. Aunque debe de tener un millón de calorías y me refiero a cada cucharada.

Cam se echó a reír, como Lally esperaba que hiciera. Terminaron el postre en silencio y luego, durante el café, charlaron de fútbol e incluso de economía. Fue una conversación distendida e interesante. Más relajada, Lally se descubrió mirándolo a los ojos por el simple placer de ver la expresión casi somnolienta que había en ellos.

Una expresión tras la que se apreciaba cierto poder contenido y un claro interés por ella que también trataba de esconder. Al darse cuenta, Lally sintió que volvía a surgir entre ellos una tensión sexual

que no hacía sino aumentar con cada mirada y con cada pausa de la conversación.

—¿Quieres otra taza de café? —le preguntó él, a pesar de que la mayoría de los clientes se habían ido ya.

—Creo que ya he tomado suficiente. Espero poder dormir —se mordió el labio, pues aquella simple frase denotaba demasiada intimidad.

—Entonces subamos —sugirió él, como si fuera inevitable.

¿O era todo imaginaciones suyas?

Subieron las escaleras en silencio. Arriba se oía con más fuerza el sonido de la lluvia.

—Me va a encantar escuchar la tormenta durante la noche —dijo Cam mientras abría la puerta de la habitación.

La habitación de ambos, ésa en la que Cam estaría despierto mientras ella dormía.

—Espero no roncar ni hablar en sueños —«ni acurrucarme junto a ti», añadió Lally para sí.

—Creo que esas cosas serían la menor de nuestras preocupaciones —murmuró él. Cerró los ojos y volvió a abrirlos para preguntarle—: ¿Quieres pasar al baño primero?

—Sí, gracias —Lally agarró sus cosas, se metió al baño y aprovechó la ducha para intentar recobrar la compostura.

Cuando salió con la ropa con la que iba a dormir, unos pantaloncitos cortos de chico y una camisola, Cam la miró.

Bajó la vista hasta sus piernas solo un segundo antes de encerrarse en el baño.

No había sido tan horrible, pensó Lally mientras se metía en la cama. Se había preocupado sin motivo.

Cam se quedó en la ducha hasta que no pudo retrasar más el momento de salir. Se secó mientras intentaba no sentir el aroma de Lally, que aún flotaba en el ambiente como una tentación, y después se puso los calzoncillos. Consideró la idea de ponerse también una camiseta, pero ya le costaba bastante dormir sin la molestia de llevar ropa. Además, Lally ya lo había visto con tan poca ropa las veces que se habían bañado juntos en la piscina y, de todas formas, seguramente ya estaría en la cama con la luz apagada, con lo cual ni siquiera lo vería.

La habitación estaba bastante oscura, afortunadamente. Cam apartó las sábanas, se acostó y respiró hondo.

Sentía el dulce aroma de Lally y el calor de su cuerpo muy cerca de él.

—Buenas noches, Cam. Espero que puedas dormir un poco y que mi presencia no suponga un problema añadido.

Parecía preocupada y hablaba como si le faltara la respiración.

Cam se moría de ganas de estrecharla en sus brazos y besarla hasta que le faltara la respiración por otros motivos. Sabía que si la besaba, ocurriría algo más.

«No pienses en besarla. Imagina que estás fuera, bajo la lluvia, pasando frío».

—Buenas noches, Lally —dudaba mucho de que fuera a pegar ojo siquiera, pero no era necesario que ella lo supiese—. Relájate y duerme cuanto puedas. Yo voy a estar muy a gusto aquí, escuchando la lluvia y quizá ideando una escena para el libro en la que los protagonistas pasan la noche en un modesto hotel.

—Debe de ser muy interesante utilizar tus propias experiencias en lo que escribes —dijo ella con voz suave.

—Sí, pero no creas que las cosas sangrientas que aparecen en mis novelas son experiencias propias —respondió él, riéndose. Entonces se dio cuenta de que veía el contorno de su rostro y el brillo de sus ojos.

La vista se le había acostumbrado a la oscuridad, lo que quería decir que Lally lo había estado viendo desde el momento que había salido del baño.

«Deja de pensar en eso».

—¿Quieres que mañana vayamos a buscar más piedrecitas? Hoy no nos ha ido nada mal, ¿verdad? —era una extraña conversación, pero era mejor que abrazarla y besarla hasta que la necesidad le hiciese perder el control.

¿La necesidad, o el deseo? Sin duda sería deseo porque no podía sentir otra cosa.

—Espero que deje de llover antes de que nos levantemos por la mañana —Lally bostezó y se arropó bien. Bajo las sábanas, rozó la pierna de Cam al cambiar de postura—. Perdón —la apartó de inmediato—. Esta cama no es muy grande para ser doble.

—No, no mucho —cuánto deseaba entrelazar su pierna con las suyas—. Buenas noches —dijo y se dio media vuelta hacia el otro lado, dándole la espalda. Era curioso que le hubiese costado tanto esfuerzo hacer ese simple movimiento.

Lally se quedó dormida un par de minutos después. La lluvia seguía cayendo con fuerza. Una media hora más tarde, Cam se dio media vuelta de nuevo y se permitió el lujo de observar su rostro en la penumbra. Respiró hondo y bostezó.

Era extraño, pero sentía el cuerpo relajado a pesar de lo consciente que era de su presencia. Era un hombre, estaba en la cama con una mujer hermosa que le gustaba mucho y cuyos besos eran una

auténtica delicia.

Volvió a imaginarse empapándose bajo la lluvia. Seguramente no llegaría a relajarse del todo, pero lo cierto era que se sentía en calma. Satisfecho. Era como se sentía cuando estaba tan exhausto que acababa quedándose dormido. Tenía la sensación de flotar. Ya pensaría en la historia más tarde. Bostezó de nuevo, tenía ganas de cerrar los ojos un rato.

Y así, se quedó dormido.

Capítulo 12

Lally se despertó con el ruido de la tormenta. Aún no había amanecido, pero ya había algo de luz.

Después notó todo lo demás: la proximidad de un cuerpo masculino junto al suyo. Cam. Su aroma mezclado con la calidez del lecho. El latido de su corazón en los dedos, que tenía apoyados en su pecho desnudo. Unos brazos fuertes que la rodeaban.

Estaba acurrucada contra él, como si él la hubiese abrazado y no hubiese querido soltarla.

Se le cortó la respiración y el deseo invadió todo su cuerpo al tiempo que se apoderaban de ella todas las emociones que le provocaba el estar en sus brazos. Sentimientos encontrados que no había previsto.

¿Y si había sido ella la que se había pegado a él y se había acurrucado junto a su cuerpo de la manera más atrevida? ¿Y si lo había hecho estando él despierto y Cam lo había consentido solo para no despertarla? Solo esperaba no haber pronunciado el nombre de Sam en sueños.

Lally estaba segura de que eso no lo había hecho porque no era Sam el que reinaba en sus pensamientos desde el día que había conocido a Cameron. Hacía ya mucho tiempo que no pensaba en Sam salvo para sentirse culpable.

Cam hizo un ruido de satisfacción y la estrechó aún con más fuerza. La preocupación de Lally dejó paso a otras respuestas más inmediatas y menos racionales.

Deseaba sus besos, deseaba que la amara; entregarle su cuerpo, pero también su alma. Deseaba demasiado a Cameron como para estar a salvo.

—Tranquila, Lally —susurró él acariciándole la espalda, más dormido que despierto—. No es más que lluvia. No hay peligro. Sabemos dónde estamos.

Aquellas palabras decían tanto sobre su miedo a despertar en un lugar desconocido.

—Yo no… —«estaba preocupada por eso»—. Sé que estamos en un hotel después de haber estado recogiendo piedras en la playa y de cenar con tu madre.

Lo dijo por si acaso era necesario recordárselo para que no se sintiera desorientado.

—¿Has podido dormir algo?

Hubo un breve silencio.

—Por lo menos seis horas —dijo él con evidente sorpresa—. Y seguiría durmiendo si no te hubieras despertado tú. Pero no me

molesta.

Además de la sorpresa que le provocaba el haber dormido también, era evidente también que no le importaba nada que ella se hubiese despertado.

Lally estaba emocionada por haberlo ayudado a dormir. Qué tontería. Probablemente había dormido por cualquier otro motivo; quizá gracias al sonido de la lluvia.

Cam le puso la mano en el hombro suavemente, pero todo el cuerpo de Lally reaccionó de inmediato. No tenía ningún sentido, pero sus palabras le parecían lo más sensual que había oído en su vida y el roce de su mano, una invitación, una promesa.

Intentó pensar con claridad, pero todo lo que fue capaz de decir fue:

—Si me dices que he roncado, me moriré de vergüenza —arqueó el cuerpo contra el suyo, muy a su pesar.

—Respiras como un gatito —dijo él con voz profunda—. Haces unos ruiditos como ronroneos que son muy… sexys.

Sus palabras la envolvieron e hicieron que se sintiera hermosa y seductora.

¿Cuándo había dejado de sentirse así? ¿Por qué? Todos aquellos pensamientos desaparecieron al sentir el deseo de Cam, un deseo que se mezclaba con la ternura de sus dedos mientras le acariciaban la espalda. Fue acercándose hasta dejar los labios a solo unos milímetros de los de ella.

—¿Puedo?

¿Besarla? ¿Amarla? ¿Hacer lo que quisiera con ella y no parar nunca?

—Sí —susurró ella.

Lally se dijo a sí misma que solo era un beso, un solo beso mientras la lluvia golpeaba el cristal de la ventana. Siempre había un momento en el que se tomaba la decisión de parar o de seguir, un punto en el que uno podía echarse atrás: Lally y Cam se saltaron ese punto con un solo beso. Él abrió la boca y le ofreció la lengua, ella la aceptó.

—Eres tan hermosa —susurró Cam, apretándose contra ella—. No quiero hacerte daño, Lally. Yo… hay cosas que no puedo darte, ya lo he comprobado otras veces. Esto no puede ser…

—Lo sé —lo sabía muy bien.

Si había algo de lo que era consciente era de que ninguno de los dos quería meterse en algo de lo que luego no pudieran salir y si le resultaba doloroso pensarlo probablemente era porque en otro tiempo había tenido más esperanza en su capacidad para tener una relación.

Pero eso era el pasado y ahora estaban en el presente. Le gustaba

pensar que Cam y ella eran amigos; ¿acaso no era eso más estable y más especial que muchas otras posibles relaciones? Los dos tenían historias que los bloqueaban emocionalmente, pero no importaba; quizá eso significaba que aquello estaba bien. No habría falsas expectativas, ni sorpresas.

—No quiero nada más que esto —solo quería vivir el presente, sin más complicaciones, se dijo Lally a sí misma sin querer hacer caso de una presión en el pecho que pedía mucho más—. Solo somos dos amigos que se desean. Eso es todo.

Así era más seguro. No era como pensar que se había enamorado locamente para luego descubrir que el hombre de sus sueños la había engañado y que, por culpa de su relación, se había estropeado un matrimonio.

Entonces había creído estar enamorada, pero las consecuencias habían sido más serias que el fracaso de un matrimonio.

Cam la miró a los ojos y ella miró a los de él, aunque no sabía qué estaba buscando ni qué encontraría él.

Después de unos segundos, él le acarició la mejilla.

Lally dejó de pensar porque comenzó a besarla lentamente y a acariciarla. Se entregó a aquellos besos y a aquellas caricias. No habría sabido decir cuándo las caricias se convirtieron en pasión y la pasión se descontroló.

Cam liberó partes de ella que había olvidado que existían y que jamás habría imaginado que le entregaría. Habían establecido unas reglas: nada de sentimientos. Sin embargo Lally sintió cómo dichos sentimientos luchaban por salir.

Podría haber sentido pánico, pero no tuvo tiempo.

Cam le apartó el pelo de la cara. Ambos estaban ya desnudos y él la miraba con ardor. Siguió besándola mientras se sumergía en ella.

—Lally —susurró dulcemente.

Lally cerró los ojos mientras su cuerpo se ajustaba a él. No tenía ningún sentido, pero de pronto sintió que sus cuerpos estaban hechos el uno para el otro, que aquello estaba bien. Lo miró a los ojos sin comprender por qué necesitaba aquello de tal manera, pero lo único que podía hacer era sentir.

—¿Estás bien? —le preguntó, sin moverse.

—Sí —dijo ella—. Sí —tuvo la completa certeza de que estaba bien, así que se olvidó de las preocupaciones.

Cam la amó con suavidad y ternura, la ayudó a llegar a lo más alto y clavó la mirada en sus ojos mientras le entregaba todo el placer que era capaz de dar. La besó sin parar mientras ella se deshacía en sus brazos y luego él hizo lo mismo.

Cuando Lally pensaba que eso era todo, él comenzó a besarle el

cuello y los hombros, le acarició la espalda y las caderas hasta que ella levantó la pelvis. Susurró su nombre e hicieron el amor de nuevo.

El amanecer pasó mientras ambos disfrutaban de aquella sensación de placidez y satisfacción y se dejaban arrastrar por el sueño. Los pensamientos no existían, Lally solo podía sentir sus caricias y oír su respiración.

Cam la abrazó mientras dormía y de pronto tuvo la sensación de tener en sus brazos el mayor tesoro del mundo, un tesoro que no quería perder.

¿Había cometido un error? Al despertar abrazado a ella, le había resultado imposible no dejarse llevar por lo que ambos deseaban. Pero quizá no había sido lo mejor para Lally. ¿Y para él? Le dio un beso en la frente. ¿De dónde salía tanta ternura? Él nunca había sido tan tierno con nadie; jamás había deseado abrazar de ese modo a una mujer y acurrucarla contra sí.

No comprendía aquellos sentimientos ni sabía muy bien qué hacer con ellos. Lally era su empleada, su ama de llaves temporal. Ni siquiera aquel trabajo iba a durar demasiado. Como tampoco duraría su relación porque Cam no era capaz de echar raíces y comprometerse con nadie.

Pasaba la mayor parte del tiempo luchando contra el insomnio y llenaba sus horas de trabajo para que los días pasaran más deprisa. Sin embargo, aquella noche había dormido como un niño, abrazándola. Probablemente había una razón lógica; quizá no había sido más que puro agotamiento.

Cam conocía sus limitaciones y sabía que no debería haber permitido que ocurriera aquello, pero lo había hecho. ¿Qué iban a hacer ahora?

Se apartó de ella con un suspiro de resignación y fue a darse una ducha con la esperanza de que eso lo ayudara a pensar con más claridad.

Lally había dicho que no esperaba nada más que lo que había ocurrido. Cam tenía la sensación de que habían compartido mucho más de lo que él esperaba. Pero, ¿qué era exactamente lo que habían compartido? ¿Qué era lo que hacía que aquella experiencia fuera más profunda e intensa que cualquier otra? ¿Qué debía hacer él con todo aquello?

No tenía respuesta para ninguna de esas preguntas.

Capítulo 13

—Lally, sobre lo de anoche…

—Fue muy especial; como un regalo. Quiero verlo como un regalo —afirmó Lally con determinación.

No llegó a mirarlo a los ojos directamente.

Cam no la culpó por ello. Admiraba su fuerza porque él se sentía inseguro e incómodo. Aunque debajo de su aparente control, ella también parecía insegura.

Debería darle las gracias por aquel regalo que no se parecía a nada que él hubiera vivido antes. Lally le había dado paz, descanso y la experiencia más íntima e intensa que había tenido en su vida.

—No sé qué decirte. Fue… yo nunca; no puedo explicarlo.

—No tienes que hacerlo, Cam. No tienes que explicar nada —dijo, mirando al frente.

Estaban en el coche, rumbo a la primera playa del día. Por una parte, Cam habría querido cancelar los planes y volver directamente a Adelaide, pero, ¿qué habría solucionado con eso? Nada.

No podía explicar lo que sentía, así que mencionó algo de lo que deberían haber hablado la noche anterior… antes de hacer el amor.

—¿Hay alguna posibilidad de que te hayas quedado…?

—No —se apresuró a responder Lally, algo ruborizada—. Tomo la píldora, tengo unos periodos muy irregulares.

Bien. Entonces no había peligro de que estuviera embarazada. Cam respiró hondo, seguramente con alivio, aunque no comprendía por qué dicho alivio iba acompañado de una cierta presión en el pecho.

—Ahí está la playa.

Así pasaron toda la mañana, yendo de una playa a otra y recogiendo piedrecitas para el mosaico. Ambos estaban incómodos en compañía del otro, como si lo que había sucedido entre ellos flotara permanentemente en el aire. No hablaban de ello, pero lo que no decían estaba ahí.

Por fin terminaron de reunir piedrecitas y condujeron hasta el siguiente pueblo, donde compraron unos sándwiches de gambas que se comieron en un parque.

—Vamos a llegar temprano a Adelaide —dijo Lally, levantándose del banco en el que se habían sentado a comer.

Cam se puso en pie también y frunció el ceño al ver las sombras que Lally tenía bajo los ojos. Unas sombras que podían deberse tanto a la tristeza como al cansancio.

Lally lo miró como si estuviera impaciente por meterse en el coche y poder marcharse. Él la miró también, buscando algo que

decir; luchó contra el impulso de abrazarla y lo invadió una oleada de emoción.

—Sí, vamos a llegar muy bien —respondió Cam.

Lally respiró hondo y comenzó a caminar hacia el coche con un alivio que impidió que Cam dijera nada más. No podía hablar viéndola tan frágil.

Y sin saber qué decir.

—Le diré al proveedor que no vamos a necesitar los adoquines nuevos —Jordán, el jefe de obra, se encogió de hombros—. Sigo opinando lo mismo. Estoy seguro de que el mosaico quedará muy bien y voy a ayudar en todo lo que sea necesario, pero debo decirle que los adoquines antiguos van a darle un aspecto demasiado familiar al patio; como si fuera una gran vivienda en lugar de un complejo de apartamentos recién remodelado.

—Respeto tu opinión, pero quiero seguir adelante con el plan del mosaico y dejar los viejos adoquines —Cam se pasó la mano por el pelo—. Tengo que hacer caso a mis instintos y creo que es lo que necesita esta parte del jardín.

Lally estaba junto a Cam. Nada más llegar al edificio Jordán le había preguntado a Cam si podía hablar con él unos minutos.

—Lally va a hacer el mosaico mientras tú sigues con los arreglos en el jardín —continuó diciendo Cam.

—Como quiera.

Así acabó la conversación y el jefe de obras se alejó sin ningún tipo de resentimiento.

Cam y Lally volvieron a quedarse solos, con un coche lleno de piedrecitas, cosas que se habían dicho y otras que no. Cosas como los sentimientos que Lally no sabía si quería examinar siquiera y las emociones que había despertado en ella el tiempo que había estado en sus brazos.

Habría querido marcharse de allí y no volver jamás, echar a correr y no parar. Al mismo tiempo, deseaba abrazarse a Cam, aferrarse a él y no soltarlo nunca más. Pero no había podido hablar de ello.

Había hecho exactamente lo que se había prometido que no haría; había dejado que los sentimientos la controlaran y ahora tenía que controlarlos ella de alguna manera. Pero no sabía cómo.

No tenía la menor idea de cómo iba a aguantar el tiempo que le quedaba allí con él. El hacer el amor con Cam había despertado cosas muy profundas dentro de ella, pero no podía permitirse pensar en ellas si quería seguir adelante. Como en el pasado, había disfrutado de

algo a lo que no tenía derecho y no podía quitárselo de la cabeza.

—Lally —murmuró Cam después de aclararse la garganta.

—No hay nada que decir, Cam. ¿Podemos olvidarlo, por favor?

—Yo no sé si puedo olvidarlo —titubeó un segundo antes de añadir—. Me quedé dormido contigo y no pensé que fuera capaz de hacer algo así. Quizá fuera una casualidad —dijo con evidentes dudas —. Yo no puedo echar raíces, nunca podré establecerme en un solo lugar. No sé cómo tener una relación normal. Lo intenté una vez y fue un desastre. Mi madre…

—Tú no eres el culpable de que tu madre sea incapaz de echar raíces —Lally no creía que Cam fuera como su madre—. Si no puedes dormir, no puedes dormir. Cualquier persona que te conozca y te quie… tenga cariño, comprenderá lo difícil que es para ti.

Lally consiguió poner fin a aquel torrente de palabras, pero lo que había estado a punto de decir se había abierto paso hasta su corazón.

Se había enamorado de Cam. De pronto tuvo la absoluta certeza de que lo quería. Lo amaba desde antes incluso de hacer el amor con él y debería haberse dado cuenta de ello.

¿Por qué si no habría tenido esa necesidad de acercarse a él para expresar lo que su alma sentía por él?

«Dios, Lally. ¿Cómo has podido enamorarte de él? ¿Cómo vas a protegerte ahora?».

Nunca había sentido aquello por nadie. Ni siquiera por Sam. Se sorprendió al darse cuenta pues creía haber querido mucho a Sam. Y Cam había dicho que había intentado amar y había fracasado. Ése era su secreto… había amado a alguien.

«Pero no esperes que te ame a ti, Lally. No lo esperes».

—Solo quiero hacer el mosaico para ti —por él y por ella misma, para dejar algo suyo en aquella propiedad que podría haber sido una maravillosa casa para una gran familia. Pero no lo sería para Cam, puesto que apenas tenía familia ni quería crear una; solo había comprado aquel lugar a modo de inversión.

Aunque Lally estaba convencida de que Cam podría ser muy feliz formando parte de una familia. Para eso no sería necesario que se instalara en un solo lugar; si necesitaba viajar, podría hacerlo acompañado.

«¿Ah, sí, Lally? ¿Crees que te elegiría a ti para que lo acompañaras? ¿A una mujer que rompió un matrimonio? ¿Que tuvo una aventura con un hombre casado, que envió a una mujer a un centro de atención médica y a sus hijos a uno de acogida?».

Lally no había podido hacer nada para ayudarlos. Debería haberlo hecho Sam, pero en lugar de eso se había largado. Aquel

recuerdo hizo que dejara de soñar; ya no tenía derecho a hacerlo. Debía concentrarse en el trabajo y quizá así pudiera aguantar el tiempo que le quedaba de trabajar para Cam sin que se diera cuenta de que se había enamorado de él.

No quería que lo supiera porque sabía que no cambiaría nada.

—No tardaré mucho en hacer el mosaico. Estaré encantada de recibir ayuda de Jordán.

—Aún te quedan ocho semanas —dijo Cam como si tuviera que asegurarse de que era así.

Era la oportunidad perfecta para decir que no, que se iría en cuanto terminara el mosaico.

Pero no pudo hacerlo.

Lally no tenía las fuerzas necesarias para renunciar al tiempo que le quedaba de estar con él. Quizá fuera algo masoquista.

—Sí. Seguiré encargándome de las tareas de la casa, haré el mosaico y atenderé tus llamadas. Tú no tienes por qué perder tiempo en ayudarme con el mosaico; lo haré bien sola —tenía que decirlo. Haría el mosaico, lo dejaría allí como regalo y se iría para siempre—. Será mejor así.

Cam la miró a los ojos fijamente. Lally deseaba dar rienda suelta a todas sus emociones, echarse en sus brazos y rezar para que ocurriera un milagro, para que lo suyo funcionara.

Pero la vida no era tan sencilla. Cam no sentía por ella lo mismo que ella por él y, aunque lo hiciera, Lally habría tenido que hablarle de su pasado… y no podría enfrentarse a cómo reaccionaría al enterarse.

—Entonces me iré al despacho —anunció Cam—. Voy a escribir un poco y a ponerme al día con los negocios de Sydney.

—Muy bien.

Habían vivido una noche especial. Habían hecho el amor. Lally se había enamorado de su jefe, pero eso no significaba que de pronto él fuera a sentir lo mismo. Nada había cambiado entre ellos, excepto que ahora se sentían incómodos en compañía del otro.

Tenía que terminar su trabajo sin dejar que dichos sentimientos se interpusieran. Tenía que hacerlo e iba a hacerlo.

—Yo también tengo que ponerme a trabajar. Voy a preparar la cena y luego haré algunos bocetos para el mosaico —por mucho que deseara terminar el mosaico cuanto antes, lo primero seguía siendo cuidar de Cam.

Porque Cameron era su jefe. Quizá a veces le pidiera cosas poco usuales, debido probablemente al tema de sus libros, pero seguía siendo su jefe.

Y nunca habría otra cosa entre ellos. Él no le había ofrecido nada

más y Lally debía convencerse de que ella no quería ni necesitaba más. La vida tenía sus limitaciones y, en el caso de Cam y Lally, la limitación era que nunca podrían estar juntos excepto como jefe y empleada, e incluso eso era temporal.



Lally no estaba segura de poder perder lo poco que tenía, al menos todavía. En realidad no sabía cómo sería capaz de hacerlo en el futuro. Así pues, durante los siguientes cinco días se concentró únicamente en hacer el mosaico y en cuidar de Cam. Su jefe pasaba muchas horas en el despacho, trabajando. A veces lo oía por la noche nadando en la piscina. Ella también salía a nadar, pero nunca volvió a hacerlo al mismo tiempo que él.

Lally dejó a un lado sus emociones y trabajó con ahínco. A pesar de todo, o quizá gracias a ello, el mosaico quedó precioso. El viernes por la noche dio un paso atrás, se limpió las manos en los pantalones y trató de evaluarlo con objetividad. ¿Era bueno de verdad? ¿O simplemente deseaba que lo fuera y por eso era así como lo veía?

Lally admitió que no solo quería que el resultado fuera bueno, más bien lo necesitaba, pues quería que fuera su regalo para Cameron. Era lo único que podía darle y que él aceptaría.

Dios. ¿Cómo podría marcharse de su lado? Tenía el corazón tan lleno de amor por él que le dolía.

—Es magnífico —la voz de Cam sonó a su espalda con suavidad y ternura.

Allí estaba. Lally debía comportarse con normalidad por mucho que tuviera la sensación de que el corazón estaba a punto de partírsele en dos. Sí, podría regalarle el mosaico, pero sentía que había perdido su única oportunidad de entregarle su amor. La había perdido demasiado rápido.

En su mente surgieron mil y una palabras que tuvo que detener antes de que salieran por su boca.

«No quiero dejarte. No sé si podré dejar de amarte. ¿Es que no tenemos ninguna oportunidad? ¿No puedes quererme lo suficiente como para superar tus dudas sobre el compromiso? ¿No puedo ocultarte mi pasado, mantenerlo en secreto y amarte?».

Nada de eso era posible.

Lally se dio media vuelta y trató de parecer contenta.

—Gracias. Acabo de terminarlo y estaba mirándolo, tratando de ser objetiva. ¿De verdad te gusta?

Cam apartó la mirada del mosaico y se centró en ella.

—Has hecho un trabajo increíble. Tienes mucho talento, Lally. Creo que, si quisieras, podrías ganarte la vida haciendo mosaicos.

—Gracias —Lally esperaba no llevar escrito en la cara todo lo que sentía. Solo pudo esbozar una temblorosa sonrisa—. Me parece que queda muy bien con el entorno. Tu jefe de obra me ha ayudado mucho.

Cam relajó el rostro con algo parecido a una sonrisa.

—Es un buen profesional. Me encantará trabajar con él la próxima vez. No he conseguido la otra obra a la que optaba aquí en la ciudad, pero si surge cualquier otra cosa…

—Supongo que también a él le gustará trabajar contigo —¿y si ahora le decía que su trabajo también había terminado y que podía marcharse?

Lally pensó de inmediato en su familia. En todos sus tíos y tías, sus primos, sus hermanos y sus padres. Los había echado de menos y deseaba volver a trabajar con ellos. Sin embargo…

—Sé que es un poco extraño, pero esperaba poder convencerte de que salieras a cenar conmigo esta noche en lugar de cocinar —titubeó unos segundos—. Has trabajado mucho y he pensado que podríamos ir a comer una hamburguesa o algo así. ¿Te apetece comida rápida?

—No tienes por qué hacerlo —no quería que se sintiera obligado—. Me ha encantado hacer el mosaico para ti.

El rostro de Cam se suavizó. Lally quería creer que se había suavizado por el amor que sentía por ella, pero sabía que era solo agradecimiento.

—Lo sé. ¿Quieres venir a cenar comida basura conmigo… hamburguesa y patatas fritas? ¿Y quizá también un refresco sin ningún tipo de contenido nutritivo?

—Sí —la respuesta salió de sus labios por su cuenta, pero Lally se dio cuenta enseguida de que era eso lo que quería decir.

Si Cam quería estar con ella durante una hora, quería aprovecharlo. No habría más recuerdos, así que mejor aferrarse a los que aún pudiera crear.

—Estupendo —dijo y volvió a mirarla antes de darse media vuelta—. ¿Con treinta minutos tendrás tiempo para ducharte y cambiarte?

—Sí —respondió Lally y se encaminó hacia casa.

La casa de Cam, donde ella no era más que una empleada temporal.

Capítulo 14

Cam esperaba a Lally de pie en el salón del apartamento. No comprendía qué era lo que le hacía estar tan inquieto. No, no era cierto. Claro que sabía el motivo de su inquietud. Llevaba así desde que Lally y él habían vuelto del viaje que habían hecho para reunir piedras para el mosaico. Llevaba inquieto desde que habían hecho el amor.

Los dos habían reconocido que no podía volver a ocurrir. Cam no sabía cuáles eran las razones de Lally y era extraño porque en todo lo demás era una persona muy abierta. Cam sentía la necesidad de saberlo todo de ella, de comprender sus motivos ya que a sí mismo no conseguía comprenderse.

¿Le había afectado tanto el acostarse con ella porque había ocurrido después de haber dormido a su lado, abrazándola? No había dormido con ninguna mujer en toda su vida. Sin embargo, con Lally lo había hecho sin ningún problema: había dormido más y mejor de lo que lo hacía solo. Se había relajado a pesar de estar deseando hacerle el amor.

Después lo había hecho. Y ahora sentía la necesidad de asegurarse de que no se marchara de su lado, tenía que encontrar la manera de hacer que siguiera con él. Pero no podían ser amantes; había sido un error que ocurriese. Si ella se quedaba más tiempo, ¿serían capaces de volver a estar cómodos el uno con el otro y mantener una relación puramente platónica, de jefe y empleada?

Pero el sentido común le decía que cuando acabaran las obras en el edificio, para lo cual quedaban solo unas semanas, tendría que dejarla marchar, decirle adiós, seguir con su vida y olvidarla. Eso era lo más sensato.

¿Entonces por qué le había pedido que saliera a cenar con él?

«Porque llevas días echándola de menos y sabiendo que estaba aquí».

—Espero no haberte hecho esperar mucho —dijo Lally a su espalda, con un tono de voz cautelosamente neutro.

Cam se volvió hacia ella. En la siguiente hora solo podrían concentrarse el uno en el otro y él estaba deseando concentrarse en ella sin por ello quedar en una situación peor de la que estaban ahora.

—Me gusta mucho cómo te queda el rojo —le dijo con una mirada intensa que no supo controlar—. Es tan brillante como tú.

Lally había elegido un atuendo informal, una falda negra con florecitas rojas, unas sandalias que mostraban sus preciosos pies y una blusa sin mangas de un rojo intenso que le marcaba las curvas y acentuaba su cintura. Llevaba el pelo recogido en una coleta y unos

pendientes dorados.

Todo el cuerpo de Cam reaccionó ante aquella visión, pero fue algo mucho más profundo lo que le hizo mirarla a los ojos y no apartar la mirada de ellos. Algo que procedía de su interior y lo llenaba de placer al ver que ella había permitido salir todo su brillo.

—Estás preciosa —dijo sin pensar.

Lally se ruborizó y bajó la mirada.

—Gracias. Esta blusa me la compré en un puesto del mercado hace unos días, me llamó la atención —parecía sorprendida, desconcertada.

—Te van muy bien los colores vivos —ya se lo había dicho antes, pero esa vez Lally lo miró y en sus ojos había cientos de preguntas.

Pero solo dijo:

—Gracias —y propuso que se pusieran en marcha.

Fueron en coche hasta el restaurante, a unos veinte minutos del edificio.

—Uno de los obreros mencionó este lugar y dijo que la comida estaba bien —comentó él al llegar. Era una conversación superficial, pero quizá fuera un buen comienzo para que se relajaran.

—Había oído hablar de él, pero no he estado nunca. Pero creo que es algo más lujoso que un local de comida rápida —ella también parecía estar intentándolo.

Cam esperaba que deseara aquella velada tanto como la deseaba él.

—Me basta con que la comida sea pesada y no muy sana. Con eso estaré contento —bromeó y trató de sonreír con naturalidad—. Hay días…

—En que uno necesita ese tipo de comida —ella también sonrió; al principio tímidamente y luego con total sinceridad.

Lally lo miró y desapareció parte de la tensión. No comprendía cómo había podido relajarse y al mismo tiempo sentir tal dolor en el alma. Lo cierto era que prefería estar allí con él que en ninguna otra parte del mundo y se alegraba de que la hubiera invitado a salir.

El restaurante estaba prácticamente lleno y había todo tipo de gente; familias, solteros, hombres y mujeres de negocios y turistas. Lally miró a su alrededor y se confesó a sí misma que llevaba días sin sentirse tan feliz.

Solo un rato con él y ya se sentía así. Quizá después fuera mucho peor, pero por el momento iba a aprovechar lo que tenía.

Una mujer que debía de tener más o menos la edad que Lally los acompañó a una mesa situada en un rincón del local. Una vez se hubieron sentado, se quedó mirando a Cam y dijo:

—¿No es usted Cameron Travers, el escritor de novelas de

misterio? Me encantan sus libros. ¿Podría darme su autógrafo?

Cam estampó su firma en una de las cartas del restaurante y luego se despidió de la mujer con una sonrisa y un ligero rubor en las mejillas.

Lally lo miró encantada y se echó a reír.

—¿Te sucede a menudo?

—No, no mucho —murmuró antes de esconderse detrás de la otra carta—. Ahora nos falta una carta —bajó la que tenía él y la dejó sobre la mesa para que pudieran verla los dos.

Al ver la incomodidad que le provocaba que lo reconocieran como si fuera una estrella, Lally se relajó y pudo limitarse a disfrutar de la velada.

Estaba cansada de intentar comprender lo que ocurría en su mente y en su alma. Amaba a Cameron con todo su corazón; no podía evitarlo, ni luchar contra ello. Iba a sufrir cuando tuviera que separarse de él, pero hasta entonces, quería disfrutar de estar con él. ¿Era una estupidez o una locura? Probablemente.

Pidieron la hamburguesa especial de la casa, hecha con pan casero, y una ración de patatas fritas. Lally renunció a tratar de comportarse como una dama, agarró la hamburguesa con las manos y le dio un buen mordisco.

La mezcla de sabores explotó en su boca: la ternura de la carne, la frescura de la lechuga, la remolacha y un tomate suculento, y una salsa barbacoa para morirse. Observó el rostro de Cam al probar su hamburguesa.

En sus preciosos ojos verdes apareció una sonrisa que le iluminó la cara.

—¿Crees que ha merecido la pena venir hasta aquí?

—Sí —habría respondido lo mismo aunque la comida no hubiera sido tan rica—. Y eso que aún no hemos probado las patatas —echó mano al cuenco al mismo tiempo que Cam. Sus dedos se rozaron.

Él levantó la mirada hasta sus ojos y durante un instante, le acarició los dedos.

—También están deliciosas —se apresuró a decir ella, con cierta torpeza.

—En la carta decía que están hechas al horno, pero están tan ricas que estoy dispuesto a olvidarme de que no engordan.

Lally se echó a reír, a lo cual siguió un breve silencio durante el que ambos prestaron atención a la comida. No fue un silencio tenso ni incómodo, todo lo contrario. Lally se negó a pensar en nada que no fuera aquel momento.

Justo cuando ellos terminaron las hamburguesas y las patatas llegaron los postres a la mesa de al lado. Lally miró con evidente

deseo, pero luego meneó la cabeza.

—Si quieres podemos pedir una selección de postres y llevárnosla a casa para más tarde.

Solo era un detalle, pero demostraba tal amabilidad que Lally se sintió deliciosamente mimada y cuidada. O quizá fuera la expresión tierna de sus ojos al mirarla mientras esperaba una respuesta.

—Es tentador, pero no creo que pueda comer nada hasta mañana —dijo, tratando de no pensar—. Pero te lo agradezco.

Cam pagó la cuenta y unos segundos después salieron a la calle, rumbo al coche.

—Gracias por acompañarme esta noche —le dijo él.

—Gracias por pedírmelo —Lally buscó algo superficial que decir —. A lo mejor puedes utilizarlo en la novela de alguna manera.

Cam se quedó pensando un momento.

—Tiene posibilidades: el aroma de las patatas conduce a mi detective hasta las respuestas que busca…

Aún estaban riéndose cuando Cam abrió el coche. Lally estaba rodeándolo para ir hasta la puerta del conductor cuando oyó una voz de mujer.

—Vamos a ir a la tienda de deportes, Danny, pero no quiero ir caminando; iremos en coche.

Entonces intervino otra de hombre.

—Y después compraremos un helado para cada uno, así que no le protestes a tu madre, ¿de acuerdo?

—Perdona, mami —respondió el adolescente—. Sabes que te quiero mucho aunque me queje.

Todos se echaron a reír al unísono.

Lally conocía aquella voz de mujer; no podría olvidarla nunca. De pronto la invadieron los recuerdos y el sentimiento de culpa. No quería mirar, pero tenía que hacerlo. Se dio la vuelta hacia el grupo de personas que se disponían a meterse en el coche que había detrás del descapotable de Cam.

El hombre debía de tener unos cuarenta años. Había tres muchachos de distintas edades, pero el más pequeño entonces habría tenido menos de dos años. Todos se parecían mucho a Sam, pensó Lally mientras los observaba discretamente.

Y la mujer era Julie Delahunty. Allí estaba con sus tres hijos. Parecían una familia feliz.

En ese momento Julie levantó la vista, reconoció a Lally y apretó los labios al tiempo que se quedaba completamente lívida. Automáticamente rodeó con los brazos a los dos niños que tenía cerca, como si necesitara protegerlos de ella, para que no se los arrebatara.

«Lo siento mucho».

Aquellas palabras habían quedado atrapadas en su mente, en su corazón. Se las había dicho por escrito hacía ya mucho tiempo; su terapeuta la había ayudado a escribirlo y a mandárselo a Julie. Nunca había recibido respuesta alguna, ni tampoco la había esperado. Pero algo en el rostro de Julie le dijo en ese momento que había recibido aquellas líneas y las había leído, así que al menos sabía que Lally lamentaba tremendamente lo ocurrido.

«¡Pero eso no cambia nada, Lally!».

Levantó la mano en un gesto de silenciosa súplica. Abrió la boca, pero no consiguió emitir ni una palabra. La culpa y el remordimiento le encogían el corazón.

—¿Lally? —oyó la voz de Cam—. ¿Qué ocurre?

Sintió su mano en el brazo, su cuerpo protegiéndola como un escudo.

Durante todo lo que había pasado entre Cam y Lally, ella había conseguido apartar esa parte de su pasado. No se había permitido reconocer hasta qué punto se interponía en sus esperanzas de ser feliz. No merecía ser feliz y eso no cambiaría nunca.

La mujer metió a sus hijos en el coche. El hombre le habló en voz baja, miró a Lally y también apretó los labios.

Lally deseaba darse media vuelta, esconderse tras Cam y esperar que todo desapareciera, pero la vergüenza le impedía hacerlo. Había deseado tanto amar a Cam y que él la amara a ella, pero, ¿cómo había podido esperar tal cosa?

Si Cam supiera.

La familia desapareció de su vista unos segundos después, su coche se confundió entre el tráfico de la ciudad. Pero Lally no podía borrarse de la cabeza la expresión del rostro de Julie, el modo en que había protegido a sus hijos.

Lally dejó que Cam la metiera en el coche y la llevara a…

No a casa, al edificio de Cam.

—¿Quiénes eran, Lally? —le preguntó con una firmeza que jamás había oído en su voz—. Es evidente que te ha afectado mucho verlos. Quiero… necesito saber por qué. Si tienes algún problema, yo te ayudaré y cuidaré de ti.

—La mujer era Julie Delahunty —no quería hablar de ello, pero no podía dejar que Cam se preocupara por su culpa.

Le contaría lo mismo que le había contado a su familia.

—Hace seis años tuve una aventura con su marido —dijo en un tono completamente falto de expresión—. Sus tres hijos eran entonces muy pequeños y, obviamente, dependían mucho de ella. Cuando Julie se enteró de la infidelidad de su marido, le afectó mucho. Sam se largó, sin preocuparse por ella ni por sus hijos —como tampoco le

había importado Lally, pero eso no importaba lo más mínimo en comparación.

Ya había dicho más de lo que habría deseado. Lo que le había contado era más de lo que le había dicho a su familia seis años antes.

Cam mantuvo las manos en el volante, solo la miró un segundo antes de volver a poner toda la atención en la carretera, pero Lally vio la compasión en sus ojos. No la juzgaba.

—¿Entonces el hombre que iba ahora con ella no era su marido? —le preguntó.

—No. No sé quién sería —respondió mientras buscaba una manera de acabar con la conversación—. Por favor, Cam.

¿Qué pensaba de ella ahora que sabía que había tenido una aventura con un hombre casado? No importaba lo que pensara. Nunca podrían estar juntos. Lo demás daba igual.

—Yo quiero mucho a mi familia —dijo con voz temblorosa, de un modo que la exponía y revelaba la culpa y el dolor que tanto tiempo llevaba ocultando—. Desde entonces he intentado…

—¿Compensarles por lo ocurrido?

Habían llegado al apartamento. Cam dejó las llaves en la mesita de la entrada y llevó a Lally hasta el sofá del salón. Una vez sentados, le tomó una mano entre las suyas y la miró. Lally no merecía su ternura, pero tampoco podía rechazarla.

Quería salir corriendo, pero una parte de ella deseaba confesarle cosas que no había confesado jamás, excepto a aquel terapeuta que no la había juzgado, ni castigado, ni perdonado, solo la había escuchado y orientado para que resolviera sus problemas.

Unos problemas que no podían resolverse. Lally se había encerrado en sí misma y sí, se había escondido entre su familia porque había necesitado sentirse a salvo.

—¿No quieres contármelo? Quizá pueda ayudarte de algún modo —Cam miró a sus hermosos ojos castaños y afloraron de pronto pensamientos y emociones que había intentado acallar desde el día que había hecho el amor con ella—. Tú has hecho tanto para intentar ayudarme.

Era evidente que llevaba mucho tiempo castigándose. Era algo que Cam ya había intuido por su manera de actuar y había supuesto que tendría algo que ver con un hombre, pero no había imaginado que se sintiera tan culpable.

Se había castigado vistiéndose de colores apagados, se había dedicado a servir a su familia, apartándose del mundo. Seguramente había creído incluso que ayudando a los suyos podría redimirse de lo que consideraba un pecado. ¿Vería el pasado con objetividad, o teñido por la culpa y los recuerdos que nunca había conseguido superar?

—¿Qué edad tienes ahora, Lally? —le preguntó mientras le acariciaba la mano.

Ella había relajado la mano, pero Cam sospechaba que lo había hecho sin darse cuenta. Quería ayudarla, pero también quería que confiara en él plenamente. Algo que prefirió no analizar.

—Veinticuatro años —murmuró—. Aparecía en mi *curriculum*.

—Es cierto. Eso quiere decir que cuando estuviste con el marido de esa mujer tenías dieciocho años, ¿no? ¿Qué edad tenía él?

—Diez años más que yo —se mordió el labio—. Sabía que no era buena idea salir con alguien tan mayor.

Cam deseó ir en busca de aquel tipo y hacerle pagar por el daño que le había hecho a Lally.

—¿Tú sabías entonces que estaba casado?

Ella lo miró a los ojos.

—No. No lo sabía.

—¿Qué ocurrió?

Lally respiró hondo y las palabras comenzaron a fluir.

—Me conquistó con su amabilidad y sus cumplidos. Decía que le encantaba que llevara colores tan vivos. A veces, cuando pienso en ello… —dejó de hablar, tragó saliva y meneó la cabeza.

—Eras muy joven y te dejaste seducir por un hombre que debería haber sido más sensato.

«No es culpa tuya, Lally. Piénsalo con objetividad y encuentra el perdón que no has sabido encontrar en todo este tiempo».

—Mi familia me dijo que no había sido culpa mía —continuó, apretándole la mano—. Pero ellos no sabían… Estuve yendo a un terapeuta y no les conté nada más.

—No fue culpa tuya —le dijo también él—. Supongo que te culpas de haber roto su matrimonio, pero no deberías hacerlo. Lo que acabó con el matrimonio fue lo que hizo él, no tú.

—No lo entiendes —volvió a menear la cabeza, con expresión torturada—. Cuando su mujer se enteró, tuvo un ataque de nervios. Sam se largó, a ella la internaron y los niños acabaron en un centro de acogida —respiró hondo—. Yo no pude hacer nada. Destrocé una familia, hice daño a unos niños inocentes y a una mujer…

Ya lo había dicho, había confesado todas sus culpas. Cam estaba furioso, frustrado por no poder volver atrás y librarla de todo aquel dolor. Deseaba curarla como ella había intentado curarlo del insomnio y ayudarlo en todo lo que había podido.

—Hoy la has visto con sus hijos —le dijo con una ternura que no sabía bien cómo identificar—. Parecían felices y el hombre parecía ser su compañero.

—Sí —Lally frunció el ceño—. Es cierto que Julie parecía feliz…

hasta que me ha visto.

—Ya no puedes cambiar el pasado —admitió Cam—. Pero no puedes seguir culpándote por ello, Lally. Alégrate de haberla visto hoy y de saber que está bien, acompañada de sus hijos. Tienes que superarlo para poder seguir adelante con tu vida.

Lally lo miró a los ojos y apenas pudo creer que se lo hubiera contado todo. Sentía que se había quitado un peso de encima. Eso no quería decir que todo estuviese bien de pronto, pero Cam parecía haberlo aceptado sin juzgarla.

—¿Cómo es que no te parezco un monstruo? —eso era lo que no comprendía. Se alegraba mucho de haber visto que Julie estaba bien, pero eso no cambiaba el pasado.

Y pensara lo que pensara Cam al respecto, tampoco cambiaba el hecho de que no la amaba. Era amable y comprensivo, pero no la amaba. ¿Qué había cambiado entonces?

—Tengo que irme a la cama —Lally no podía más, no podía seguir pensando, ni hacer nada. Solo quería huir—. Gracias… por la cena y por… esto. Ahora si me disculpas.

Se puso en pie y no esperó a ver qué sucedía. No podía pasar nada porque entre Cam y ella no había nada.

Capítulo 15

—Gracias otra vez por acceder a verme. Sé que quizá me estoy excediendo, pero espero que lo comprenda. Tiene que hablar con su hija y ayudarla a superar todo aquello para que deje de castigarse.

Lally oyó la voz de Cameron con absoluta claridad al dar la vuelta a un puesto del mercado.

Habían pasado dos días desde que se habían encontrado con la ex mujer de Sam y su nueva familia, y desde que Lally se lo había confesado todo a Cam. Desde entonces Lally había guardado silencio y se había apartado de él. No había podido dejar de pensar en lo que le había dicho, pero sabía que aquellas palabras no cambiaban nada.

—Debería haber sabido que había algo más —dijo la voz de su madre—. Me siento fatal. Todos pensábamos que Lally solo necesitaba un pequeño empujón para volver a disfrutar de la vida, así que hicimos que creyera que nadie necesitaba su ayuda por un tiempo. Nos limitamos a quitarle la seguridad que necesitaba. Cuando ocurrió aquello, todos nos lamentamos de no haberlo sabido antes para haber podido protegerla de Sam Delahunty. Teníamos la sensación de haberle fallado. Pero no sabíamos… el restó.

La sorpresa hizo que Lally diera un paso adelante hasta colocarse delante de ellos. Allí estaban Cam y su madre. De pronto Lally se encontró en los brazos de su madre, haciendo un esfuerzo por no llorar delante de él.

—Lally, no sabes cuánto lo siento.

La voz de su madre la arropó tanto como sus brazos, protegiendo una parte de ella que Lally ni siquiera sabía que estuviera tan destrozada. En ese momento no le importó que Cam se hubiese puesto en contacto con su madre, ni que hubiesen estado hablando a sus espaldas de algo tan personal para ella.

Hundió el rostro en el cuello de su madre y respiró hondo durante un largo rato. Finalmente su madre la apartó lo necesario para poder mirarla a la cara con todo su amor.

—Debería haber hablado más contigo, Lally. No me di cuenta…

—Yo no debería haberme dejado arrastrar por la culpa de ese modo —admitió Lally por fin.

Ella jamás había pretendido hacer daño a Julie o a sus hijos. La habían engañado y, aunque había cometido algunos errores, no había hecho nada con mala intención. Jamás podría haber imaginado lo que iba a suceder.

—No me arrepiento de haber hablado de esto —dijo Cam con voz tranquila y amable—. Pensé que tu madre debía saberlo.

Así era. Lally apartó la vista de su madre y miró a Cam, llevaba

una bolsa en la mano.

—Busqué su número en la guía. Ha traído material de pintura. Parece ser que una de tus tías no deja de insistir en que vuelvas a pintar —entonces se quedó callado y meneó la cabeza—. ¿Qué estoy diciendo? Todo eso puede esperar —parecía no saber qué hacer ni qué decir.

Lally sintió que se le encogía el corazón porque, fuera lo que fuera lo siguiente, era evidente que le preocupaba.

Ambos se miraron a los ojos fijamente. ¿Cómo podía responder a tanta amabilidad, a todo lo que había hecho por ella? ¿Qué debía hacer con todo lo que sentía? ¿Con las emociones que le había provocado el ver a Julie y a los niños, pero sobre todo, con lo que sentía por Cameron? Era un verdadero lío que debía desentrañar de algún modo. Debía aceptar el pasado y dejar que formara parte de ella sin hacerle daño.

Pero eso no cambiaría nada respecto a Cameron porque él no la amaba. Era un hombre especial y maravilloso, pero no debía engañarse creyendo que su amabilidad significara algo más.

¿Y si pudiera convencerlo de que podía comprometerse con alguien? ¿Hacerle ver que el insomnio no tenía por qué interponerse en su relación, que el hecho de que hubiese fracasado una vez no significaba que tuviera que volver a hacerlo? ¿Que debía aceptar que su madre no había cuidado de él como debería haberlo hecho y que no tenía por qué seguir esforzándose en mantener el contacto con ella? Cuánto deseaba hacerle ver lo mucho que valía tal y como era. Pero, ¿en qué estaba pensando? Nada de eso cambiaba las cosas, sus limitaciones.

—Lally, cariño —le dijo su madre—. Tenemos que hablar, pero supongo que podemos hacerlo en otro momento —no miró a Cam, pero en los ojos de su madre había mucha comprensión. Amor y comprensión, dos cosas que Lally siempre había encontrado en ella.

—Sí, ya hablaremos, mamá —respondió Lally con el mismo amor —. Estoy deseándolo. Y quiero aprender a pintar.

—Me alegro mucho, Lally. Te hará muy bien. Te quiero, hija — añadió antes de darse media vuelta y desaparecer entre la gente.

Lally se volvió hacia Cam. Había miles de cosas que quería decirle, pero no encontraba las palabras para hacerlo.

—Vi la nota en la que decías que habías venido a comprar al mercado.

Había acudido en su busca con la excusa de ayudarlo. No había querido hablar más de su pasado, pero se moría de ganas de estar con él.

—Ya he hecho la compra —dijo, señalando la bolsa que había a

sus pies—. ¿Estás enfadada, Lally? —la miró a los ojos—. ¿Te molesta que me haya entrometido en tus cosas? Después de hablar contigo el otro día, yo… tenía la sensación de que no te había ayudado a dejar de sentirte culpable. Y pensé que tu madre pudiera hacerlo.

La miró a la cara a la espera de una respuesta y por fin lo comprendió.

Se había enamorado de Lally. En realidad era muy sencillo, ni siquiera comprendía cómo había podido no darse cuenta antes. La necesitaba más que al aire que respiraba, necesitaba amarla, cuidar de ella, ayudarla a resolver sus problemas, estar a su lado, protegerla y darle fuerzas.

¿Qué debía hacer con esos sentimientos?

—No, no estoy enfadada. Querías ayudarme —Lally empezó a darse la vuelta.

—Espera —le pidió Cam sin saber lo que iba a decir, pero seguro de que no quería que pasara el momento—. ¿Quieres venir al parque conmigo? Está cerca de aquí.

—Bueno —Lally no sabía qué pretendía.

El sentido común le decía que debía marcharse antes de que las cosas se complicaran aún más. Pero llevaba demasiado tiempo huyendo de las cosas. Si Cam quería ir al parque, eso harían.

Caminó en silencio junto a él hasta que llegaron al parque. Cam siguió andando y Lally empezó a preguntarse si pensaba volver a hablar. Pero ella también tenía cosas que decir.

—Dijiste que habías tenido una relación y que había sido un fracaso. Tengo la sensación de que crees que tuviste la culpa de dicho fracaso.

—Así es —Cam la llevó hasta el embarcadero y dejó las bolsas en el suelo. Llevaba un rato tratando de ordenar sus pensamientos, pero no estaba seguro de haberlo conseguido.

Solo sabía que necesitaba expresar lo que sentía. Necesitaba tanto a Lally que no podía alejarse de ella si había la menor oportunidad de poder estar juntos.

—Me acuerdo del día que me entrevistaste en el lago —dijo ella —. Estaba muy nerviosa aquella mañana.

—Yo estoy nervioso ahora.

Se sentaron al borde del embarcadero, con los pies colgando sobre el agua, pero sin tocarla. Cam se volvió a mirarla y sintió que el amor lo invadía por dentro.

—¿Por qué ibas a estar nervioso? —preguntó Lally y meneó la cabeza sin comprender—. Soy yo la que tiene un pasado horrible y lleva seis años sin querer afrontarlo. Me alegro de que mi madre lo sepa todo. No quería ocultárselo a mi familia, pero lo hice y luego

nunca he podido confesárselo. Puede que ahora mi madre me ayude a superarlo —bajó la cabeza antes de volver a mirarlo—. A lo mejor te parece una tontería, pero mi madre tiene un lado espiritual que me ayuda mucho.

—No creo que sea una tontería, me parece magnífico —Cam ni siquiera parpadeó, simplemente le ofreció todo su apoyo.

Lally lo observó unos segundos antes de decir:

—Tu madre no te trata como debería. Siento mucho que te haya faltado esa relación con tu madre toda tu vida.

—Un día dijiste que viajábamos tanto que era probable que la mitad de las veces ni siquiera supiera dónde estaba al despertar —en aquel momento no le había dado importancia, pero se había dado cuenta de que la tenía—. Hace mucho tiempo de eso, pero creo que desde entonces he tenido miedo a quedarme dormido. Temía despertar y que mi madre se hubiese ido sin mí. Ahora suena tan ridículo. No había vuelto a pensar en ello hasta la noche que… que me acosté contigo.

—Te acostumbraste a no dormir.

—Ni esperaba volver a hacerlo a menos que me sintiera completamente a salvo y feliz —que era como se había sentido abrazando a Lally aquella noche. No era de extrañar que al despertar hubiese necesitado demostrarle aquellos sentimientos—. Tú me hiciste sentir así y mucho más.

Pero lo importante no era que hubiese dormido y necesitaba hacérselo entender.

—No me estoy expresando muy bien. No necesito ninguna cura mágica para el insomnio. Iré de nuevo a algún especialista y, si puede curarme sabiendo que tiene que ver con ciertos traumas de la infancia, será estupendo. Pero si no… —hizo una pausa para tomar aire y reunir fuerzas—. No puedo dejar que el insomnio, los problemas de la infancia o la relación que tengo con mi madre me impidan intentar tener una relación con alguien que me importa —tragó saliva—. Creo que cuando dos personas se quieren de verdad, se puede solucionar casi cualquier cosa, ¿no te parece?

La miró a los ojos y no supo bien qué había en ellos. ¿Brillaban de ternura? Cam solo quería que Lally le hiciese un hueco en su corazón.

Le tomó las manos entre las suyas.

—Yo pensaba que nunca podría tener una relación y culpaba de ello al insomnio y a mi adicción al trabajo. Creía que no tenía nada que ofrecer a una mujer porque ya había fracasado una vez. Pero me he dado cuenta de que nunca amé a Gillian —de nuevo tomó aire—. Y no creo que tampoco ella me amara a mí —pero eso ya no importaba

—. Me he enamorado de ti, Lally. No soporto la idea de perderte y no dejo de buscar excusas para que no tengas que irte. Se me ocurrió pedirte que siguieras siendo mi ayudante y vinieras conmigo allá donde vaya. Pero no quiero solo eso. Te quiero a ti —eso era lo que necesitaba decirle.

—No comprendo —por mucho que lo intentara, no lo entendía —. Conoces mi pasado.

—Y tú el mío. Quiero que nos demos la oportunidad de ser felices juntos. Tenemos que olvidarnos del pasado, Lally. Lo que nos haya sucedido debe hacernos más fuertes, pero no podemos aferrarnos a ello.

Necesitaba que ella se diera cuenta también.

Lally miró a Cam. ¿Quería que fuera feliz con él? ¿Había dicho que la amaba? ¿Sería posible? Tenía que serlo porque Cam no lo habría dicho si no lo sintiera realmente.

Un rayo de esperanza surgió por fin en su interior. Lo miró a los ojos y supo que debía abrirse plenamente a él.

—Yo también me he enamorado de ti. Me di cuenta la noche que hicimos el amor. Entonces no lo comprendí, ni sabía qué hacer con lo que sentía porque estaba seguro de que nunca podrías sentir lo mismo por mí.

—¿Tú me amas? —preguntó Cam y la estrechó en sus brazos—. Dímelo otra vez.

—Te amo —dijo ella y se sintió bien al admitirlo—. ¿De verdad crees que tenemos futuro? —se atrevió a preguntarle.

Se atrevió a hacerlo porque deseaba que fuera así. Si había alguna posibilidad de que estuvieran juntos, quería aprovecharla. Por primera vez en seis años, tenía esperanza en el futuro.

—Sí. Sí, Lally —aseguró él con toda la sinceridad del mundo—. Quiero pasar la vida entera contigo y creo que podemos ser felices si lo intentamos.

Lally asintió.

—Si nos amamos y nos aceptamos. Yo seré comprensiva con tu insomnio y comprenderé también que tengas que dedicar horas y horas al trabajo cuando te acompañen las musas.

Cam se echó a reír.

—Sigo teniendo una fecha de entrega que respetar, pero debo admitir que desde que hicimos el amor, la novela no me ha preocupado demasiado. Seguía escribiendo, pero solo podía pensar en ti —tomó aire—. Gillian decía que no podía soportar mi adicción al trabajo y mi insomnio, así que pensé que no tenía nada que ofrecerte. Yo no tengo buena relación con mi madre y tú tienes una familia enorme. No sé si encajaré.

Lally sonrió dulcemente.

—Parece que con mi madre te llevas muy bien.

Él asintió.

—Tu madre es amable, generosa y comprensiva… como tú.

Aquellas palabras llegaron directamente al corazón de Lally.

—Solo tienes que multiplicar por cien a mi madre y ya tienes a toda la familia —le dijo, bromeando—. Eres un hombre increíble, Cam, así que no creo que tengas ningún problema para encajar.

De pronto se dio cuenta de que estaban hablando de estar juntos para siempre. ¿Acaso Cam quería…?

—Me encantaría formar parte de tu familia —confesó con amor, esperanza y necesidad—. Y me gustaría tener hijos contigo para formar nuestra propia familia cuando estemos preparados para ello.

En ese momento, Lally se entregó por completo a aquel hombre que había sido su jefe, su amante, su amigo y que iba a serlo todo para ella. La idea de tener un hijo la llenó de un amor que ni siquiera alcanzaba a explicar.

Se abrazó a él y lo besó en los labios.

—¿Quieres casarte conmigo, Lally? ¿Dejarás que te abrace por la noche, que te ame y que esté a tu lado dormido o despierto, pero feliz de estar contigo? —titubeó unos segundos antes de continuar—: No sé si podré establecerme en un solo lugar. Nunca lo he intentado, pero llevo un tiempo pensando que el edificio podría convertirse en una magnífica casa familiar, así que podríamos intentarlo…

—Sí —sí a todo lo que había dicho—. Sé que podremos solucionarlo todo. Los dos tendremos que adaptarnos a ciertas cosas y comprender al otro —Lally iría a cualquier lugar con él, pero también sería maravilloso poder estar cerca de su familia.

—No voy a apartarte de ellos, Lally —prometió, como si le hubiera leído la mente.

—Podemos viajar y volver con la familia siempre que podamos. Si no necesitas vivir en Sydney por los negocios.

—Me he acostumbrado a llevar los negocios a distancia y no veo por qué no voy a poder seguir haciéndolo —Cam sonrió y la abrazó—. Sé que voy a querer mucho a tu familia, pero sobre todo voy a quererte a ti. Sé que lo conseguiremos, Lally.

Ella asintió.

—El pasado nos ha hecho como somos, pero el futuro lo haremos juntos.

—Sí —asintió él con voz profunda—. Sí, Lally.

Y allí, en el pequeño embarcadero del parque, Cam le explicó a Lally la alegría que sentía al pensar en compartir el futuro con ella. Lally escuchó cada palabra mientras el sol se levantaba sobre el lago y

lo inundaba todo con su brillo.

—Estoy impaciente por casarme contigo, por verte caminar hacia mí, sabiendo que podré amarte y cuidarte para siempre.

—Yo también lo estoy deseando —respondió ella con el corazón lleno de amor por él.

Se fundieron en un beso apasionado.

—Nuestro futuro empieza ahora —dijo él poco después—. Quiero compartirlo todo contigo, Lally. Quiero que aprendas a pintar y animarte a que sigas haciendo mosaicos.

—Mientras podemos viajar por toda Australia haciendo mosaicos con piedrecitas de playa.

Cam la miró a los ojos y le entregó su corazón.

—Siempre que volvamos a nuestra casa y nos instalemos en ella. Habrá habitaciones de sobra para que venga a vernos toda tu familia y mi madre, si alguna vez consigo convencerla.

—Puede que lo consigamos algún día —en aquel momento, Lally creía que cualquier cosa era posible.

Un hogar, una familia, un futuro y la felicidad. Y, aunque siguieron viajando, fue eso exactamente lo que consiguieron.

Fin